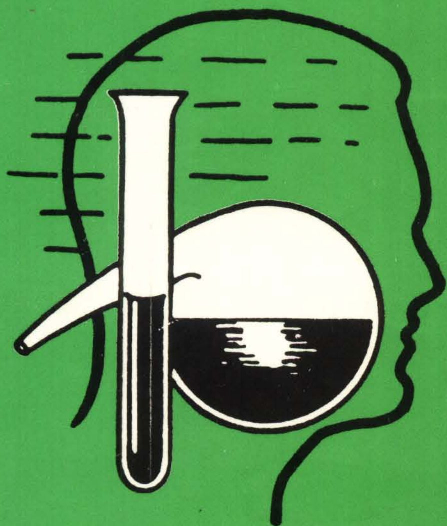
Alquimia Mental



ANTIGUA Y MISTICA ORDEN
ROSAE CRUCIS
A.M.O.R.C

ACTIVIDADES MUNDIALES

Países del Mundo Donde Hay Filiales de A.M.O.R.C. denominadas: Logias, Capítulos y Pronaoi Rosacruces

* Alemania
* Alto Volta
* Argentina
* Australia
* Austria
* Barbados
* Bélgica
* Benin
* Bolivia
* Brasil
* Camerún
* Canadá
* Colombia
* Costa Rica
* Cuba
* Chile
* Dahomey
* Dinamarca
* Ecuador
* El Salvador
* Escocia
* España
* Estados Unidos
* Filipinas
* Finlandia
* Francia
* Gabón
* Gales
* Ghana
* Grecia
* Granada
* Guadalupe
* Guatemala
* Guayana Francesa
* Haití
* Holanda
* Honduras
* Indias Occidentales
* Holandesas
* Inglaterra
* Israel
* Italia
* Jamaica
* Japón
* Líbano
* Malasia
* Martinica
* Mauritania
* México
* Nicaragua
* Nigeria
* Noruega
* Nueva Caledonia
* Nueva Zelandia
* Panamá
* Perú
* República del Congo
* República de la Costa de Marfil
* República de Togo
* República Dominicana
* Rodesia
* Senegal
* Sierra Leona
* Singapur
* Srí Lanka
* Sudáfrica
* Suecia
* Suiza
* Suriname
* Tahití
* Trinidad–Tobago
* Uruguay
* Venezuela
* Zaire
* Zimbabwe

Los Organismos afiliados a A.M.O.R.C. en la República Mexicana a esta fecha son:
"LOS ROSACRUZ, AMORC":

1. LOGIA Quetzacoatl, A. C. Calle 4 No. 35 Tel: 516-27-07
Col. San Pedro de los Pinos. Méx. D. F. C. P. C. P. 03800.

2. LOGIA Cosmos, A. C. Ave. de los Olivos No. 4. Tel: 86-1186.
Col. Neidhart. Tijuana, Baja California. C. P.

3. LOGIA Monterrey, A. C. Félix V. Gómez No. 333 Norte.
Monterrey, Nuevo León. C. P. 64310.

4. LOGIA Alpha Omega, A. C. Calzada Cortés No. 1145.
Ensenada, Baja Califronia. C. P. 22905.

5. LOGIA Guadalajara, A. C. Nicolás Romero No. 1366.
Col. Chapultepec Country. Guadalajara. Jalisco. C. P. 44100.

6.	ACAPULCO, Guerrero	Capítulo Acapulco.
7.	AGUASCALIENTES, AGSC.. . .	Pronaos Aguascalientes.
8.	CIUDAD AZTECA, Edo. de Méx.	Capítulo Ecatepec.
9.	CIUDAD CONSTITUCION,B.C.S.	Pronaos Cd. Constitución.
10.	CIUDAD JUAREZ, Chihuahua	Capítulo Juárez.
11.	CIUDAD VICTORIA, Tamps.	Pronaos Victoria.
12.	COYOACAN, D. F.	Capítulo Coyoacán
13.	CUERNAVACA, Morelos	Capítulo Xochicalco.
14.	CULIACAN, Sinaloa	Pronaos Culiacán.
15.	CHIHUAHUA, CHIH.	Capítulo iluminación.
16.	DURANGO, Durango	Pronaos Durango.
17.	GOMEZ PALACIO, Durango	Pronaos del Silencio.
18.	HERMOSILLO, Sonora	Pronaos Hermosillo.
19.	IRAPUATO, Guanajuato	Pronaos Irapuato.
20.	LA PAZ, B. C. Sur	Pronaos La Paz.
21.	LEON, Guanajuato	Capítulo Guanajuato.
22.	MATAMOROS, Tamaulipas	Capítulo Aristóteles.
23.	MAZATLAN, Sinaloa	Pronaos Mazatlán.
24.	MERIDA, Yucatán	Pronaos Mérida.
25.	MEXICALI, Baja California	Capítulo Chichen Itzá.

26. MONCLOVA, Coahuila . . . . . . Capítulo Monclova.
27. MORELIA, Michoacán . . . . . . Pronaos Tzintzún.
28. NUEVA ROSITA, Coahuila Pronaos Rosita.
29. NUEVO LAREDO, Tamps. Capítulo Nuevo Laredo.
30. POZA RICA, Veracruz . . . . . . Pronaos El Tajín.
31. PUEBLA, Puebla . . . . Capítulo Tonatiuh.
32. PUEBLA, Puebla . . . . Capítulo Puebla.
33. PUERTO VALLARTA, Jalisco Pronaos Puerto Vallarta.
34. QUERETARO, Querétaro . . . . Pronaos Querétaro.
35. REYNOSA, Tamaulipas . . . . . . Capítulo Reynosa.
36. SALTILLO, Coahuila . . . . Pronaos Saltillo.
37. SAN LUIS POTOSI, S. L. P. Pronaos Evolución.
38. TAMPICO, Tamaulipas . . . . . . Capítulo Tampico.
39. VALLE HERMOSO, Tamps. Pronaos Valle Hermoso.
40. VERACRUZ, Veracruz . . . . . . Capítulo Zoroastro.
41. VILLAHERMOSA, Tabasco Capítulo Tabasco.
42. XICOTENCATL, Tamps. . . . . . Pronaos Xicoténcatl.
43. CIUDAD SATELITE, Edo. Mex. Pronaos Ciudad Satélite.

Si Usted desea información sobre A.M.O.R.C. o quiere recibir gratuitamente el libro "EL DOMINIO DE LA VIDA", diríjase a cualquier de las Logias aquí mencionadas o por escrito, o a Distribuidora Lemuria S. A

EDITADO EN MEXICO bajo Licencia por:
Distribuidora Lemuria, S. A. José Ma. Izazaga 158-2.
Centro. México, D. F. C. P. 06090.

Impreso en México.

¿QUIENES Y QUE SON LOS ROSACRUCES?

Son

* Una organización filosófica y cultural de gran antigüedad.
* Activos en más de 90 países.
* Estudiantes de enseñanzas poco comunes y esotéricas.
* Hombres y mujeres que están descubriendo los horizontes ilimitados de la intuición, meditación, los estados alterados de la consciencia y la imaginación.

No son una religión. Los Rosacruces incluyen a miembros de todas las religiones.

No son una organización ocultista. Los Rosacruces no enseñan o practican cómo decir la buena ventura, magia o cualesquiera prácticas supersticiosas o pseudocientíficas.

No están afiliados con ningunas otras organizaciones. Los Rosacruces son independientes en sus actividades y no están asociados con ningún movimiento de cualquier especie.

Los Rosacruces pueden ayudarlo a *usted* a encontrar paz, prosperidad y felicidad en su vida. Para mayor información escriba pidiendo el librito gratis, el *Dominio de la Vida.* Este librito ha cambiado las vidas de miles.

Escriba a: Distribuidora Lemuria, S. A.
J. M. Izazaga No. 158 Alt. 2
Código Postal 06090 México, D. F.

Esta edición consta de 1000 ejemplares
Se terminó de imprimir el 31 de marzo de 1986
en los Talleres de Editorial Fem de México, s.a.
Buena Suerte 429-D Bis
Col. Los Olivos C.P. 13210

ALQUIMIA MENTAL

ALQUIMIA MENTAL

por

RALPH M. LEWIS, F.R.C.
Imperator de la Orden Rosacruz, AMORC

Biblioteca Rosacruz

GRAN LOGIA SUPREMA DE AMORC, INC.
Departamento de Publicaciones
San José, California

Editado en México con Autorización
Por Distribuidora Lemuria, S. A.
J. Ma. Izazaga 158 C. P. 06090

DEDICATORIA

A

MI ESPOSA

Cuyo estímulo y apoyo

hicieron posible esta obra

R.M.L.

RECONOCIMIENTO

Estoy profundamente agradecido por la preparación de este trabajo y a la espléndida organización y asistencia de mis secretarias, Alene Simonich, Anita Prater y Michelle Ziebel.

También expreso mi agradecimiento por las sugestiones de Ruth Phelps.

RALPH M. LEWIS

Abril 1978

INDICE

CAPITULO **PAGINA**

LIBROS EN ESPAÑOL DE LA BIBLIOTECA ROSACRUZ

1.- Alquimia Mental
2.- Ansiedades que perjudican
3.- Antiguos Símbolos Sagrados
4.- Arte de Curación a Distancia, El
5.- Ayer tiene mucho que decir, El
6.- Constitución y Estatutos
7.- Doctrinas Secretas de Jesús
8.- Dominio del Destino con los Ciclos de la Vida, El
9.- Ensayos de un Místico Moderno
10.- Envenenamiento Mental
11.- En Vos Confío
12.- Frutos Eternos del Saber, Los
13.- Glándulas, N. Guardianes I., Las
14.- Glosario Rosacruz
15.- Interludio Consciente
16.- Lecturas para las Horas de D. "A"
17.- Lecturas para las Horas de D. "B"
18.- Lemuria, El Continente Perdido
19.- Llave al Arte de Concentrar y M.
20.- Mansiones del Alma, Las
21.- Manual Rosacruz
22.- Mensajes del Sanctum Celestial
23.- Mil años Pasados
24.- Misión Cósmica Cumplida
25.- Místicos en Oración
26.- Preguntas y Respuestas R. C.
27.- Principios R. C. para el Hogar y los Negocios
28.- Procesos de las Iniciaciones en el Antiguo Egipto, El
29.- Profecías Simbólicoas de la Gran Pirámide, Las
30.- Santuario del Ser, El
31.- Susurros del Ser
32.- Vida Mística de Jesús
33.- A través del Ojo de la Mente
34.- La Tecnica del Maestro
35.- Encuentros con lo insólito, 1a. Parte
"Los Dirigentes Ocultos del Mundo"
"Los Druzos"
36.- Encuentros con lo Insólito, 2a. Parte
"El Jorobado de Amsterdam"
"Ahmed, de la Corporación de los Ladrones"

INTRODUCCION

¿QUE ES LA VIDA realmente? ¿Qué es lo real, cuáles de nuestros pensamientos son una realidad? Nuestras mentes pasan siempre a través de un proceso de *alquimia mental.* Nuestras experiencias están transformando constantemente las ideas precedentes, en conceptos nuevos. Pero, ¿cuáles son las guías verdaderas en la vida, las viejas creencias, las ideas tradicionales, o las nuevas conclusiones a las que arribamos personalmente? En el análisis final, nuestra perspectiva de la vida, lo que esperamos de ella, es una disposición personal. Tenemos una oportunidad mejor para amoldar nuestra existencia dentro de un estado de felicidad, si no tratamos de eludir los problemas enigmáticos que la vida nos presenta. ¿Cómo deberíamos afrontar estos misterios del *ser* y la relación que tienen estos con todo lo demás que el ser confronta?

Lo que *creemos* es un factor impulsor tan importante en el curso de nuestras vidas, como lo es todo lo que conocemos. De hecho, muchos de

los conceptos por medio de los cuales modelamos nuestras vidas, son abstractos. Son lo que nosotros creemos, pero que aún no ha sido experimentado, y quizás nunca lo será. Lo que se presenta en los capítulos siguientes, son las ideas que en alguna forma atraen eventualmente la atención de la mayoría. La presentación puede no contar con la aceptación del lector, pero esperamos que al menos lo induzca a pensar seriamente en los llamados "misterios de la vida". Aceptando sólo las explicaciones tradicionales, a menudo limitamos nuestros pensamientos y tenemos conceptos equivocados que nos guían hacia las trampas del error y a sus consecuencias adversas.

Sin embargo, ¿la confianza que tenemos en nuestras creencias, siempre está justificada? ¿Recurrimos a las creencias como una substitución para el conocimiento? Es importante que prestemos atención, especialmente en estos días y época, a la *naturaleza* de las creencias. Deberíamos aprender acerca de la diferencia que puede existir entre las creencias y los puntos de conocimiento. Por ejemplo, ¿por qué decimos "yo creo en la vida después de la muerte", en lugar de declarar "yo sé que hay una vida después de ésta"? De hecho, ¿por qué decimos que creemos en algo, en lugar de afirmar nuestro conocimiento de ello?

Creer, es una *suposición* del conocimiento. El

conocimiento, en contraste a la creencia, significa experiencia. El conocimiento es comprendido empíricamente, es decir, es percibido objetivamente. Por ejemplo, si escuchamos un ruido ligero sobre los vidrios de una ventana, podemos decir: "creo que está lloviendo". Decimos *creo,* porque no hemos observado directamente la lluvia. Una experiencia previa nos sugiere que el ruido que escuchamos podría tener otros orígenes, así que decimos "creo". En esta forma, estamos suponiendo un conocimiento.

¿Vamos a dar por sentado, entonces, que el conocimiento es sólo aquello que se experimenta a través de nuestros sentidos receptores? Supongamos que tenemos un problema, el cual consiste de varios elementos. Los elementos del problema son sucesos: estos son aquello que ha sido experimentado: por lo tanto, les llamamos puntos de conocimiento. Sin embargo, es necesario que los relacionemos dentro de un orden satisfactorio y útil. En la mente, damos vuelta a nuestras ideas una y otra vez, buscando una solución. Al hacerlo así, ejercitamos nuestro razonamiento y finalmente llegamos a una conclusión: parece que el problema será resuelto, así que éste nos parece autoevidente. No tenemos más dudas acerca de ello.

Mas, ¿podemos llamar *conocimiento* a la

solución a la que llegamos? O, ¿las conclusiones de nuestro razonamiento no equivalen a lo que experimentamos objetivamente? La gran mayoría de nuestros pensamientos, el resultado de nuestro razonamiento, llegamos a relacionarlo con *nuestras creencias*. Esto se debe a que llegamos a comprender que nuestros propios juicios son de naturaleza subjetiva, en contraste con la experiencia. En otras palabras, distinguimos entre las ideas que formamos, y nuestro conocimiento perceptible —el resultado de nuestros sentidos. Los conceptos del razonamiento, por supuesto, son algo que es conocido por nosotros. Las ideas existen en la consciencia, pero no tienen ninguna contraparte, nada que pueda representarlas exactamente en el exterior de nuestra mente. El conocimiento perceptible, sin embargo, es aquello que puede ser percibido por los sentidos de todos. Cualquiera puede ver, oír, sentir, gustar y oler, lo que es un conocimiento perceptible. Es algo que puede ser comprendido *inmediatamente*, sin que se razone acerca de ello.

A fin de lograr una mejor comprensión acerca de esto, usemos una analogía. Por largo tiempo, la gente pensó que un objeto pesado caía más rápidamente que uno liviano. La mayoría pensaba sin duda que una roca siempre caía más rápido que una pluma. Esta idea era aceptada como

conocimiento. Correspondió a Galileo demostrar que los objetos caen con la misma rapidez, cuando no son obstaculizados por el aire. De hecho, una pluma y una pelotilla de plomo caerán igual en un vacío. La demostración de Galileo constituyó un conocimiento *perceptible*. Fue un asunto de observación común, que podía ser comprobado por todos.

Considero que convenimos en que el valor del conocimiento puede ser transmitido. Por esto queremos decir que estamos capacitados para transmitirlo a la mente de otros, por medio del habla, de la escritura o mediante gestos. En realidad, algo que fuera conocido por todos separada y diferentemente, no tendría ninguna universalidad: tal conocimiento no sería un bien común. No obstante, una idea puede ser ineficaz. Puede ser muy comprensible para una persona, y, sin embargo, ella no puede hacer que otra la comprenda al comunicársela.

El razonamiento y la imaginación varían entre los individuos. Una idea a la que alguien arriba, puede no tener ningún significado para la mente de otro —puede no ser un conocimiento para todas las personas. Por lo tanto, para que nuestras ideas lleguen a ser un conocimiento aceptado universalmente, deben ser *objetivizadas*. Se les debe dar existencia en el exterior de la mente. Tenemos que ser capaces de establecer

condiciones y cosas que los sentidos receptores de otras personas puedan experimentar individualmente.

Regresemos a la analogía de Galileo. El no hubiera podido lograr que todas las personas aceptaran su conocimiento de la caída de los objetos, dando discursos, explicando los principios acerca de ello, nunca hubiera sacado a la gente de la errónea creencia sostenida generalmente sobre este asunto. Tuvo que demostrarlo, tuvo que hacer experimentos que pudieran ser observados por los demás. Entonces, se convirtió en un conocimiento personal perceptible. Esto fue establecido como algo objetivo, independientemente del razonamiento de Galileo —del proceso subjetivo.

¿Significa esto, entonces, que debemos fiarnos totalmente de lo que se percibe objetivamente? A través de la experiencia, hemos aprendido que nuestros sentidos pueden engañarnos: que algo que una vez nos pareció una realidad, quizás podría revelarse después como falso. ¿Cómo aprendemos que una experiencia de los sentidos es falsa? Es sólo mediante otra experiencia subsecuente, que, posteriormente, parece tener una verdad más consistente que la anterior.

Existe otra razón muy importante del por qué todo lo que concebimos que es un conocimiento, eventualmente debe ser transformado en algo que

los sentidos puedan discernir. Vivimos en un universo físico. Existimos en un verdadero océano de energía y masas de materia. No podemos negar la existencia de este universo físico, porque nuestro organismo es parte de él. Estamos obligados a relacionarnos con él, es decir, a adaptarnos a las influencias que éste tiene sobre nosotros. De hecho, es por esa razón por la que hemos desarrollado los cinco sentidos receptores. Estos nos son necesarios para determinar qué es lo que necesitamos de todo lo que nos rodea.

Uno puede estar pensando ahora: ¿qué hay en cuanto a nuestras impresiones *psíquicas,* o a lo que llamamos impresiones intuitivas y espirituales? Como impresiones internas, como sensaciones, lo síquico puede ser una experiencia tan precisa, como cualquier cosa que percibimos externamente. En verdad, el sentimiento de los místicos acerca de su unión con el Absoluto, tiene una realidad para ellos. La idea religiosa de la unión con Dios es una experiencia tan potente para el devoto, como ninguna otra que haya percibido objetivamente. Pero, ¿podemos confiar en tales experiencias? ¿Podemos llamarles un conocimiento equivalente a lo que experimentamos objetivamente?

Hay una prueba para saber si nuestra interpretación es correcta, y también hace posible que determinemos si una experiencia psíquica

tiene la validez del conocimiento. Sencillamente, la prueba es esta: ¿puede hacerse pragmática la experiencia psíquica? ¿Puede reducirse a una aplicación práctica para nuestras vidas? ¿Podemos transformar la experiencia interna que tenemos, en alguna condición de naturaleza objetiva? Ahora bien, esto no quiere decir que la experiencia necesariamente debe ser reducida a una cosa material, tal como un objeto. Sin embargo, debe producir efectos secundarios tales, que puedan ser percibidos por otros para que se convierta en conocimiento para ellos.

Tomemos como ejemplo las vidas de algunos de los grandes fundadores de las religiones como Zoroastro, Moisés, Buda, Cristo y Mahoma. Ellos tuvieron experiencias psíquicas y emocionales intensas. Para ellos, la experiencia contenía una virtud positiva. Mas, ¿fueron conocimientos verdaderos de valor moral, guiándolos a la bondad que ellos tenían, o sólo eran *creencias*? Primero tuvieron que ser transformadas en un código moral. Esto tuvo que ser desarrollado dentro de una forma de instrucción, que otros hombres podrían percibir con sus oídos y con sus ojos. Si, eventualmente, otros hombres llegaran a tener los mismos sentimientos espirituales obtenidos del código moral que leyeron o escucharon y que poseyeron los fundadores originales, entonces se convertiría en conocimiento verdadero.

Con frecuencia se ha dicho que una experiencia que se tiene en un plano de consciencia, no puede ser probada en otro plano. Tal afirmación, sin embargo, es una verosimilitud —una verdad a medias. Por ejemplo, desde luego es cierto que no podemos tomar una cosa como la emoción y colocarla bajo un microscopio. Tampoco podemos pesar un sentimiento en una balanza. No obstante, una experiencia de un plano de consciencia, si es comprendida personalmente, debería poderse transformar a otro plano. Cuando han sido transformadas, las experiencias deberían ser tan vívidas, tan reales, en ese plano particular de consciencia, como lo fueron en el plano original.

Un plano de consciencia debería poder establecer un símbolo que pudiera ser comprendido con una significación similar. Por ejemplo, no podemos comunicar a otro el concepto subjetivo personal que tenemos acerca de la belleza, ni expresar con palabras nuestro sentimiento particular de ella, para que otra persona pueda estar consciente exactamente de la misma sensación. Sin embargo, con frecuencia podemos crear un símbolo físico que represente adecuadamente a otros nuestra idea de la belleza. El símbolo percibido objetivamente en una forma visual o auditiva, despertará los sentidos estéticos de los demás.

Para comprender mejor esta transformación de la experiencia, piensen en una de éstas en un plano de consciencia, como una nota musical. Sabemos que cada nota tiene armonías, ya sea en octavas más altas o más bajas. En la misma forma, cada experiencia de nuestro ser psíquico puede manifestarse en un plano de consciencia elevado, o en uno bajo. Sin embargo, la forma en que se manifieste puede ser completamente diferente. No podemos esperar que un fenómeno físico tenga un carácter subjetivo similar, pero podemos relacionar lo psíquico con algún comportamiento, con alguna condición que lo simbolizará objetivamente. Por ejemplo, piensen en las cosas que perciben en el mundo de sus eventos diarios, que hacen que ustedes tengan sentimientos de amor, compasión, reverencia y humildad. Ellos son causados por una transformación de su experiencia sensitiva —quizás algo que han visto o escuchado— en las emociones y sentimientos más elevados que se derivan de ella.

Hemos dicho que nuestras creencias son como una suposición de conocimiento. Ellas no son verdadero conocimiento, hasta que pueden ser objetivizadas. Todas las creencias que no se pueden traer dentro de lo objetivo, ¿deberían ser rechazadas por nosotros? O, ¿hay un cierto tipo de creencia que debería retenerse siempre? Todas las creencias que se dan por sentadas, es decir, que

establecen una probabilidad, deberían aceptarse. La creencia en una probabilidad, es una conclusión que es inspirada por el conocimiento de la experiencia. Otra forma de decir esto, es que una creencia de probabilidad, es una suposición racional, que cierra el vacío entre los puntos reales de conocimiento.

Como analogía, sabemos que varias islas y porciones de tierra se hunden en el mar, debido a profundos disturbios subterráneos. Este fenómeno está siendo experimentado constantemente alrededor del mundo. En consecuencia, constituye un punto de conocimiento. De este punto de conocimiento se deriva la *creencia probable* de que este proceso de sumergimiento ha existido durante millones de años, y que, además, a causa de esto se han extinguido muchas civilizaciones. Usemos una analogía más: la ciencia demuestra que la materia y la energía nunca se pierden, sino que siempre están en constante transformación. Así pues, es una creencia de probabilidad que la personalidad humana, o el ser, no se pierde cuando el cuerpo pasa por la transición.

Tales creencias de probabilidad deberían ser sólo substitutos *temporales* para nosotros, entre las experiencias verdaderas. Deberían servirnos sólo para sugerirnos un curso para llevar adelante una mayor investigación. Nunca deberían ser

aceptadas en forma decisiva. John Locke, el filósofo inglés, llamó la atención en contra de las creencias basadas en la probabilidad, diciendo: "Cuando los hombres encontraban que algunas proposiciones generales eran comprendidas inmediatamente y sin duda, la forma más breve y fácil era concluir que eran innatas. Al hacerlas aceptables, libraban al perezoso de la ardua labor de la investigación. . ." Nunca deberíamos confundir una creencia de probabilidad con una superstición. Una probabilidad, aunque se pruebe después que es un error, siempre es deducida racionalmente de lo que es conocido.

Uno puede preguntar: ¿Qué hay en cuanto a las *creencias abstractas*? Las creencias abstractas incluyen cosas tales como nuestros conceptos acerca de la verdad, de la bondad, la maldad y de la libertad. Muchas creencias metafísicas son también abstractas. Por ejemplo, nuestras nociones de la naturaleza del ser y el tema de si el universo es finito o infinito, son abstractas. Nuestras creencias abstractas son para nosotros un conocimiento personal. Sin embargo, como ideas, pueden ser tan fuertes como cualquier cosa que hayamos experimentado objetivamente. Pero esas creencias abstractas son totalmente personales: no tienen contraparte fuera de nuestras mentes. En otras palabras, nunca las hemos experimentado en una forma física.

Además, esas creencias abstractas son con frecuencia aquellas que no podemos probar o demostrar a otras personas. Por ejemplo, podemos demostrar algo que todos aceptarían fácilmente como verdadero. Sin embargo, no podemos demostrar la verdad *en sí misma* como una forma clara. La razón de ello es que la verdad no es sino una idea abstracta; es un valor subjetivo dentro de la mente de cada persona. La verdad difiere de acuerdo con el razonamiento del individuo.

Continuamente surgen en nuestras mentes estas creencias abstractas: son el producto de la inteligencia activa normal y de la razón. Aunque no pueden ser transformadas en un conocimiento que todos los hombres aceptaran universalmente, no deben rechazarse. Puesto que son abstractas, pueden ser tanto aprobadas, como desaprobadas.

Nuestras creencias abstractas encierran un mundo mental de gran realidad. Vivimos en este mundo de creencias abstractas, tanto como lo hacemos en el que nos presentan nuestros sentidos. El mundo que vemos, oímos, sentimos, etc., nos deja muchas cosas que no podemos explicarnos. Lo que vemos u oímos puede ser muy concreto, podemos reconocer sus cualidades físicas, mas, ¿cuál es su valor real para nosotros como humanos? No nos estamos refiriendo a su valor en el sentido material. Además, ¿cómo

puede cada experiencia objetiva conferir sobre nosotros más realidad?, es decir, ¿cómo puede hacer que tengamos un conocimiento más profundo acerca de nosotros mismos?

La experiencia individual que tenemos de *este mundo*, no satisface nuestro apremio de ser parte de algo mayor que esta vida. No hay nada en este mundo que dé origen a la idea de perfección que tenemos. La perfección es una noción abstracta, por medio de la cual medimos el valor que tiene el mundo para nosotros. Nuestras experiencias objetivas tienen una función dual. Actúan sobre nuestros seres psíquicos, así como también nos advierten de aquello que parece ser una realidad externa. Estas experiencias despiertan una serie de valores internos: la perfección es uno de ellos. Es esto lo que cuenta para la mayoría de nuestras creencias abstractas que llegan a formar la estructura de nuestro mundo psíquico individual. Aunque tales creencias permanecen sin esencia o sin signficado para otros, son reconocidas *personalmente* por cada uno de nosotros.

—*Ralph M. Lewis.*

Habiéndose encontrado consigo mismo, que el hombre reflexione quién es, comparando con lo que es: dejen que se considere como un errante en este remoto lugar de la naturaleza, y que desde esta prisión estrecha en donde se encuentra habitando (quiero decir, el universo), aprenda a dar el propio valor a la Tierra, a los reinos, a las ciudades y a sí mismo.

—BLAISE PASCAL (1623-1662)

Capítulo I

¿HUBO UN PRINCIPIO?

MUCHAS DE LAS experiencias objetivas del hombre, los resultados de los estados de su mente y su organismo, le han sido transferidos del Cosmos. Por ejemplo, se ve a sí mismo como *causativo*, y, por lo tanto, aplica al Cosmos, al gran universo, el concepto de una causa final, de un principio. Muchas de las cosas que el hombre observa y que parecen tener para él un *principio*, son, de hecho, sólo una transición de un estado anterior. A menudo no podemos advertir el eslabón de conexión entre una serie de fenómenos. Una especie de manifestaciones parecen destruirse completamente, mientras que otras se están originando. En realidad, un estado simplemente se fusiona en otro. Con el avance en años recientes en el campo de la instrumentación, la ciencia ha podido demostrar la afinidad que existe entre muchos fenómenos que antes parecían tener principios totalmente independientes.

En casi todas las religiones antiguas, la *ontología*, o la ciencia del ser, está relacionada con

una deidad personal, un dios o diosa antropomórficos, o a una multitud de ellos. Estas deidades fueron consideradas no sólo como seres superiores, sino que poseían muchas características semejantes a las de los humanos. Tenían mentes que pensaban, que planeaban, que creaban ciertos fines para ser alcanzados. Así pues, al igual que al hombre, ellos trajeron el universo —el total de lo que el hombre supone conocer— a existencia.

Algunas veces se pensó que esos dioses crearon el cosmos de su propia naturaleza. En otras, se imaginaron que la creación comenzó con un estado de *caos* —una nada de la que los mismos dioses nacieron. Ellos, a su vez, crearon después el otro fenómeno de la naturaleza. Sin embargo, el caos, o el estado de nada, fue considerado por estos cosmólogos primitivos, como de una naturaleza *positiva* y que tenía una cualidad en sí mismo. No era la *nada* en la forma en que nosotros la concebimos —sólo la *ausencia* de algo. Consideraron que, del estado amorfo de este caos, vino una energía potencial que dio origen al ser.

Era más difícil para el hombre promedio concebir un ser eterno, uno que hubiera existido siempre y que nunca hubiese tenido un principio.

Para la mayoría de las personas, la idea de la *autogeneración* es igualmente difícil de comprender, porque en sus experiencias

cotidianas no pueden encontrar nada que les sugiera un fenómeno semejante. Una causa detrás de todas las cosas, incluyendo el *Ser Absoluto*, el mismo cosmos, parece estar más de acuerdo con la experiencia finita.

Es igualmente difícil para uno aceptar el concepto de que no existe una condición tal como la del no-ser absoluto, o la nada. Debemos darnos cuenta de que sólo percibiendo el ser, nos es posible imaginar una condición como su ausencia o su opuesto. Si un estado de no-ser pudiera ser identificado como tal, entonces realmente tendría una cualidad propia. Todo lo que *existe*, es entonces *ser* de alguna clase. Si algo puede provenir de la llamada *nada*, lógicamente eso no puede ser considerado no-ser, sino por el contrario, es un *algo*. Un estado de nada nunca podría existir por sí mismo, sin ser algo.

Filosófica y lógicamente, debemos aceptar la idea de que el ser *siempre ha existido* y que nunca podría haber tenido un principio, porque, ¿de dónde habría venido? Si intentan asignarle un origen al ser, lógicamente regresarán siempre a un estado de alguna condición o cualidad que, en sí, es ser. Además, ¿puede haber un final para el cosmos —en el cual el ser se disolviera, se absorbiera, se sumergiera o desapareciera? El ser no puede ser destruido, porque eso supondría que

existe una *nada* en la cual desaparecería, y la nada no existe.

El ser está en un continuo cambio, dijo Heráclito, el filósofo griego, hace miles de años: expuso también que la materia está en constante transformación. Sin embargo, el ser puro no es sólo materia, sino que lo fundamenta la energía de la cual se está transformando. En las grandes transiciones y transformaciones a las que el ser está constantemente sometido, puede parecernos que alguna entidad o expresión de la naturaleza se disuelve en la nada. Pero ahora sabemos que realmente son cambios hacia otras expresiones, cuya naturaleza no puede percibirse inmediatamente.

Constantemente leemos hipótesis científicas acerca del principio del universo. Nuestro sistema solar, el sol, los planetas y aun la enorme galaxia con sus millones de estrellas y planetas, tuvieron sin duda un principio. Con esto queremos decir que antes de ser lo que ahora son, tuvieron una condición previa. Fueron gases o cualquiera otra substancia del fenómeno celestial. No obstante, cuando hablamos de *principio* en este sentido, en referencia al universo o a las galaxias, sólo nos estamos refiriendo a la forma como los conocemos ahora. No queremos decir que, científicamente, nuestra galaxia, la Vía Láctea,

por ejemplo, o las otras galaxias con sus billones de sistemas solares, se originaron de la nada.

De hecho, lo que los astrofísicos están tratando ahora de determinar —y aquello sobre lo que esperan que la exploración espacial pueda rendir mayor luz— es la naturaleza de la substancia *primaria* o básica del Cosmos.

¿Existe un propósito para la existencia? La hagiografía, las escrituras sagradas de las religiones como el Veda, Zend-Avesta, la Biblia y el Corán, proclaman lo que se dice ser un *propósito* de Dios para el hombre, u ofrecen las opiniones inspiradas de los respectivos Mesías o fundadores.

Concebir que existe un propósito específico para la existencia del hombre, requiere una creencia en el *determinismo*. Sencillamente, esto implica que una mente ha concebido un curso definido de eventos para el hombre, en relación con el fenómeno de la naturaleza, y que se espera que éste actúe en cierta forma, para que así cumpla con un propósito para su existencia.

Además, esto requiere también una creencia en el teísmo, es decir, en una deidad personal. Concibe una Mente Divina sublime, la cual ha creado cada fenómeno de la naturaleza, para amoldarlo a un esquema o a un proyecto cósmico. Se pensó también que el hombre era una parte

integral de esta aventura total, o que era el punto central, es decir, la verdadera razón para ésta.

¿Por qué el hombre quiere pensar, quiere creer, que existe un propósito establecido, una razón, un curso planificado para la humanidad? Tal deseo puede estar relacionado con la mentalidad del hombre, con la forma de pensar de la mente humana y con sus experiencias. Por ejemplo, uno no puede imaginarse a sí mismo caminando a lo largo de un sendero, sin saber por qué está allí, o hacia dónde va.

Estamos conscientes de la mayoría de nuestras motivaciones, de nuestros estímulos, de lo que nos impulsa a actuar, a hacer algo, y podemos relacionar algunos estímulos. Estamos capacitados para ver lo que parece ser la *causa* que nos impulsa a actuar o a funcionar en la forma en que lo hacemos. O, mediante nuestros instintos y razonamiento, establecemos deseos, objetivos e ideales, hacia los cuales dirigimos nuestras vidas. En un estado consciente o normal, nunca actuamos por voluntad sin que haya una relación, un motivo, un *propósito* para nuestra acción.

Estos fines o propósitos *que nosotros establecemos,* son una función integral de la clase de seres conscientes que somos. La vida en sí, aun en la simple célula, tiene ciertas necesidades a las cuales tiene que conformarse. Su nutrición, excreción, irritabilidad (sensibilidad) y reproduc-

ción, son propósitos de la célula. Sin embargo, ella no tiene la complejidad, el organismo por medio del cual pueda evaluar su motivación, es decir, conocer los fines por los que incesantemente se esfuerza. En cierto sentido, ejecuta ciegamente todos sus actos, es decir, los hace libre de razonamiento, como el hombre defina la palabra.

Estas acciones de la célula son realmente sus *funciones*, no son propósitos establecidos independientemente de su naturaleza. Ahora bien, ¿qué hay acerca del hombre? Las muchas cosas por las que él se esfuerza y que realiza, ¿son un *propósito?* El hombre tiene la altamente desarrollada facultad de razonar. Mediante ésta, puede diferenciar entre los variados impulsos y estímulos que actúan sobre él. Les concede valor para satisfacer sus estados emocionales, o, a la inversa, para evitarse considerables sufrimientos. Como un ser consciente, sensible y *pensante*, ¿puede evitar hacerlo de otra manera? Este pensamiento, esta evaluación, esta selección de los fines y propósitos para sus seres físico, emocional e intelectual, son parte de lo que es el hombre. No son propósitos, es decir, fines que están separados de sus poderes naturales, de las funciones y atributos de su verdadero ser.

Sin embargo, el hombre está acostumbrado, en sus condiciones ya establecidas, a cumplir con su compleja naturaleza, llamando a eso un

propósito. Por lo tanto, se considera a sí mismo como *deliberado*. Es comprensible, entonces, que no piense que el fenómeno de la naturaleza sólo está manifestándose de acuerdo a lo que es en esencia, sino por el contrario, para cumplir con un propósito establecido. Igualmente lógico puede parecer, entonces, que el hombre asuma que su propia existencia es la consecuencia, el cumplimiento total de un propósito trascendental, una causa *teológica o mental.*

¿El hombre no puede ser sólo parte de la manifestación de la naturaleza del Ser Cósmico total, un atributo integral de un fenómeno necesario? ¿Por qué tiene que atribuir necesariamente al Cosmos una función de su propio fenómeno consciente, finito, es decir, la noción del propósito que tiene?

En el sentido general de la palabra, *propósito* implica la existencia de un estado incompleto, de imperfección e ineficacia. Es un fin u objetivo que, si es comprendido, destruirá esas imperfecciones aparentes. En un estado del *Absoluto*, donde hubiera la cantidad y cualidad adecuadas, no podría existir el propósito. No habría deseos de originarlo. ¿Vamos a pensar que el Cosmos es insuficiente —que tiene necesidad de algo? ¿Que podría crear fuera de sí mismo? Todo está ya en potencia dentro de su actividad interna. Uno sólo puede conferir fines a lo Cósmico si también está

dispuesto a desacreditar su autosuficiencia y a concebir que debe manifestar algo más allá de su naturaleza.

Es el hombre, entonces, quien designa propósito para su existencia y quien desea establecer ciertos fines para su ser personal, en relación al total de la realidad. Quizás, si una estrella tuviera la misma clase de percepción consciente que el hombre tiene, ella, también, podría mirar al resto del universo y se preguntaría por qué existe y cuál propósito tiene en relación con todos los otros cuerpos celestes.

La razón del hombre, sus seres psíquico y emocional, tienen que ser gratificados: deben ser estimulados y apaciguados. Esto sólo puede realizarse por medio de los ideales, las razones verosímiles, o por propósitos creados por él mismo para vivir. Si el hombre fuese un organismo menor, como lo fue alguna vez, no tendría ningún problema para tratar de encontrar una relación para toda la realidad. Solamente reaccionaría instintivamente, como lo hacen los animales más bajos, a sus apetitos naturales y a su medio ambiente. No tendría dificultad al tratar de racionalizarlos y obtener una razón para ellos y para sí mismo.

La razón por la cual el hombre continúa concibiendo la creación de su existencia, es que

nunca la puede comprobar empíricamente. No puede demostrar que es el resultado de las funciones de la naturaleza, el desarrollo de la vida por sí misma. Pero el hombre puede dar propósito —ya que es una facultad de su inteligencia— a su *vida inmediata.* Puede fijar fines que no sólo gratificarán su innata curiosidad intelectual, sino que satisfacerán los impulsos psíquicos elevados y los sentimientos a los que designa cualidades morales y espirituales.

Capítulo II

¿ES DIOS UNA ENERGIA?

SI PENSAMOS en ello por un momento, libres de cualquiera lealtad emocional, tendremos que concluir que es extremadamente presuntuoso por parte del hombre, pensar que su inteligencia *finita* es capaz de comprender la naturaleza absoluta de lo infinito. Cualesquiera que sean las cualidades de tal causa, lo principal es el hecho de que sobrepasa los límites de las cualidades sensorias, de las cuales él deriva sus ideas. Sencillamente, si algo puede ser definido como *inescrutable* en su estado *absoluto*, ciertamente que sería la naturaleza de esa cosa que es denominada Primera Causa, independientemente de cualquier otro término que el hombre le asigne.

Empero, el místico dice que la comprende, es decir, que tiene contacto y que experimenta lo divino, lo Cósmico o Dios. Entonces, ¿estamos negando que el místico ha tenido tal experiencia? En su experiencia, el místico ha trascendido las limitaciones de sus cualidades sensitivas periféricas o receptoras. Ha comprendido la

magnitud de un estado o condición que trasciende cualquier experiencia objetiva. Esto hace que entre en un estado de éxtasis, en un sentimiento exaltado de placer.

Sin embargo, acompañando la subjetividad del místico, existe luego su esfuerzo para cambiar los elementos de sus experiencias a términos objetivos. Transforma la experiencia en palabras, formas y cualidades que él puede entender. Más brevemente, crea una *imagen hablada* de su experiencia, que está relacionada con su propio intelecto, educación y asociación general.

Por ejemplo, el budista que llega a tener tal experiencia, la llamará *Nirvana;* el musulmán dirá que *Alá* se le reveló; el judío, *Jehová:* el Hindú, quizás le llamará *Brahma;* el Persa, *Zoroastro.* Desafortunadamente, el religioso fanático por lo general insistirá en que la experiencia particular que ha tenido, es la naturaleza absoluta de la Primera Causa, y, además, que es exactamente como él la interpreta objetivamente. Estará dispuesto a tener prejuicios contra cualquier opinión divergente.

Podemos decir, por lo tanto, que el hombre crea su propia imagen de la causa omnipotente y omnisciente: crea un Dios, no en esencia, sino en las cualidades que su mente le atribuye, con la imagen por medio de la cual concibe esta esencia. En cuanto a la Causa Primaria o Inicial, que se dice

que es omnipresente, considerarla una *energía* es tan plausible como cualquier otro concepto. *El pensamiento es energía:* por lo tanto, quienes creen en una causa teológica —es decir, en una causa espiritual— ciertamente que admitirán también que el pensamiento es una energía.

Aun los estudiantes religiosos ortodoxos recordarán la doctrina del Logos, en Juan 1:1 del Nuevo Testamento, que dice: "En el comienzo era la Palabra, y la Palabra estaba con Dios, y la Palabra era Dios": esto definitivamente significa que el pensamiento estaba siendo transformado en la *energía* de la palabra hablada. Siglos antes de que se compilara el Nuevo Testamento, los sacerdotes egipcios expusieron que el Dios Ptah, quien era la deidad protectora de los artesanos y que simbolizaba también el pensamiento Cósmico, creó el universo por medio de la palabra. Decían que Ptah "pronunció el nombre de todas las cosas".

Hay quienes conciben la causa original, como una consciencia universal, pero entonces, en nuestra experiencia humana, aceptamos de nuevo que la consciencia es un atributo de la vida, y la vida, en su fuerza y funciones vitales, es también una *energía*. Además, comoquiera que el hombre conciba esta esencia o substancia cósmica, por el sólo hecho de existir —como la experiencia

humana pueda concebirla— es un paralelo a la energía.

Una energía mental incorpórea, como la fuerza creativa en el universo, no es aceptada generalmente por la mayoría de la gente. Esto se debe principalmente a la tendencia humana de atribuir a una suprema Causa Inicial, cualidades similares a las del propio ser del hombre. Por ejemplo: el hombre es causativo, es decir, está consciente de que introduce cambios o innovaciones en sus alrededores y en sus propias acciones. Identifica este proceso volitivo, con la libertad personal y la creatividad. Está consciente de que esto le da una superioridad sobre todas las otras formas de vida. En consecuencia, se inclina a no atribuir ningún poder o cualidad menor a lo que él considera un ser trascendental superior.

Decir que el Cosmos —una Causa Universal— es una energía, sólo podría ser ofensivo para aquellas personas que prefieren un Dios antropomorfo, es decir, que tiene formas humanas. Sin embargo, estas personas están negando entonces que su dios es un ser determinativo o que tiene voluntad y propósito, porque, ciertamente, éstos están relacionados con la mente, y la mente, en su manifestación, es energía.

La ciencia moderna ha dado una equivalencia a la materia y a la energía, al menos hasta el punto

en que hay un intercambio entre ellas. Sencillamente, detrás de toda entidad existe una especie de espectro electromagnético, siendo desconocidos sus alcances y limitaciones. Por lo general, los científicos no aceptan que tal fenómeno es Dios. Pero *si* ese fenómeno es la causa básica de todo lo que existe, entonces, comoquiera que el hombre prefiera llamarlo, es el *Creador.* Declarar que tal idea es un sacrilegio, es asumir que el hombre conoce la naturaleza verdadera de Dios.

Esto nos presenta la duda acerca de la naturaleza autorizada de las obras religiosas sagradas, las cuales son muy específicas en su definición de un Dios. El primer hecho sobresaliente que se observa al leer tal literatura, es que no todas las obras están de acuerdo en sus conceptos de una causa primaria o divina. Por lo tanto, otro punto de vista, tal como el de una energía cósmica, cuyo orden o manifestación parece estar relacionado a la energía que conocemos, tiene tanta legitimidad, como una especulación abstracta o como cualquiera de las otras exposiciones sagradas.

Démonos cuenta de que las obras sagradas derivan su autoridad principalmente de la declaración de que ellas son el resultado de revelaciones divinas. No obstante, las palabras descriptivas de esas revelaciones, son la

interpretación de las mentes humanas que las objetivaron. Entonces, tenemos que preguntarnos cuáles fueron falsas y cuáles verdaderas. Ptah, Akhnaton, Moisés, Zoroastro, Buda, Jehová, Mahoma y otros numerosos personajes o conceptos, fueron considerados también sacrosantos por millones de personas.

No obstante, es un mérito para el hombre reconocer que un *algo* supremo yace más allá de sí mismo y que le produce en su interior un temor reverencial, humildad, amor y un deseo de poder comprenderlo.

¿El hombre toma parte en algún modo en la formación del universo? Arribamos a nuestras ideas, al conocimiento que tenemos, por medio de las sensaciones que percibimos de nuestros sentidos receptores: los impulsos registrados en nuestros ojos, en nuestros órganos del tacto, por ejemplo, nos proveen de las cualidades primarias mediante las cuales formamos una imagen de nuestras experiencias. La vista nos transmite la noción del espacio, del color y de las dimensiones. El tacto, también, nos da la noción del espacio y dimensiones, o de medida y peso, y así sucesivamente.

Sin embargo, esas imágenes, las formas mentales que tenemos de nuestras percepciones, no corresponden realmente a todo lo que es el origen de nuestras impresiones. En otras

palabras, las vibraciones que se registran en nuestro cerebro, crean ideas que son una versión de lo que realmente está allí. Como analogía, uno puede ver algo que para él tiene el color rojo, pero para otro, que no percibe bien los colores, puede parecerle que es verde. ¿Qué es entonces lo verdadero? Por supuesto, el espectroscopio mostraría que las vibraciones están dentro de cierta banda del espectro de la luz; por lo tanto, el color es una *imagen mental.*

Si no contáramos con los sentidos receptores y las cualidades asociadas con ellos, no atribuiríamos a la realidad las formas particulares, tal como lo hacemos. A este respecto, recordamos el antiguo cuento de los hombres ciegos y el elefante. Cada uno basó su descripción del animal, de acuerdo a cuál parte de su anatomía tocaba. Aquél que sintió su tronco, pensó que era similar a un árbol; el que tocó sus grandes orejas, creyó que era un abanico, o, tal vez, una hoja frondosa. La realidad, sin embargo, era completamente diferente a cada uno de esos conceptos.

Suponiendo que el hombre estuviera privado de la vista, su conciencia del fenómeno del Cosmos estaría obviamente alterado por completo. O, supongan que el hombre poseyera otra facultad sensoria para percibir la realidad; la conciencia humana podría establecer entonces una serie de imágenes muy diferente a la que

existe ahora. Dijimos, entonces, que el *ser* existe; en otras palabras, *existe* una realidad que es totalmente independiente de la conciencia humana. Sucintamente, si el hombre no existiera, el ser continuaría siendo lo que es. Sin embargo, se le asigna una forma a ese ser, es decir, la conciencia humana le atribuye realidad: es un producto de los sentidos receptores del hombre, de su razón e imaginación.

Hasta nuestra moderna instrumentación está alterando las impresiones que sólo nuestra visión ha tenido de los cielos. Los radiotelescopios y los viajes espaciales han impugnado algunas de las ideas y las imágenes mentales que hemos tenido de los remotos objetos celestiales. El Cosmos no es tridimensional; no está limitado a los colores del espectro como los percibimos.

No deberíamos olvidar que no hace mucho tiempo, nuestra imagen mental de la Tierra fue que era plana y no redonda. Además, no hace mucho tiempo también en el período registrado de la historia, que el hombre creía que la Tierra era el centro del universo. El ha *remodelado en su mente* al cosmos, debido a *observaciones* e impresiones posteriores.

Puede ser que la mente finita del hombre nunca llegue a conocer la absoluta y verdadera naturaleza del cosmos. Estamos aprendiendo cada

día más acerca del fenómeno cósmico y sus múltiples cambios, pero no podemos estar seguros de que nuestra experiencia de lo que percibimos sea digna de confianza. Por medio de las ciencias tales como la astronomía, la cosmología y la astrofísica, el hombre está tratando de descubrir, es decir, de arribar a una teoría racional acerca del origen de su universo inmediato y del universo mayor que decimos consiste de galaxias, sistemas solares, planetas, etc. El avance de la tecnología nos revelará cualquier fenómeno que pueda existir y una vez más alterará en el futuro nuestra imagen acerca de lo que en verdad es el cosmos. En otras palabras, hará que lo *remodelemos en nuestras mentes.*

Capítulo III

CUERPO, MENTE Y ALMA

¿QUE ES UNIDAD? Estamos acostumbrados, a pensar que la unidad es una cosa simple, un estado, una condición. Sin embargo, la idea de unidad procede de multiplicidad. Cuando dos o más cosas parecen perderse dentro de una sola individualidad, nos referimos a ello como *unidad.* La introspección del hombre, la investigación de sí mismo, datan de miles de años. Raramente, sin embargo, el hombre podría considerarse a sí mismo como una entidad individual.

Había funciones del ser del hombre que eran extraordinariamente diferentes unas de las otras. En consecuencia, el hombre creyó que era una unidad de tres substancias o cualidades. Además, la relación entre éstas en él, es un misterio que continúa tratando de descubrir. En general, estas tres cualidades diferentes del ser del hombre son denominadas *cuerpo, mente* y *alma.*

De esta trinidad concebida, el hombre ha mantenido su cuerpo en la última estimación. De hecho, frecuentemente lo ha despreciado. En sus

religiones y filosofías, a menudo ha sometido su cuerpo a la abnegación y a la automortificación. En otras palabras, a veces ha negado las necesidades del cuerpo y hasta lo ha torturado.

La antigua escuela órfica de filosofía asumió que la naturaleza humana era maligna y corrupta. Consideraron que el cuerpo aprisionaba el elemento divino, es decir, el alma, y ésta estaba buscando su libertad constantemente, la cual era interpretada como el vuelo del alma, regresando a su origen divino. Las escuelas socrática y platónica estuvieron influenciadas grandemente por esta idea acerca del cuerpo.

Philo Judaeus, fue un filósofo judío del Siglo I A.C., quien nació en Alejandría. En ese tiempo, las creencias religiosas estaban muy influenciadas por la cultura helénica, es decir, la cultura griega. Para Philo, Dios lo trascendía todo; El —Philo— era eterno, pero *coeterno* con Dios. Existiendo con El, estaba la materia. Así, había una dualidad —Dios por un lado y la materia por el otro. Philo dijo que el logo descendió de Dios. Los dos logos principales fueron *bondad* y *potencia* o poder divino. A estos Philo les llamó los *mensajeros* o intermediarios de Dios.

Philo enseño también que existían logos menores. Estos logos más pequeños fueron atrapados y se convirtieron en materia. El alma —el logos— fue encerrada en esta materia. El

cuerpo era materia; por lo tanto, se pensó que era potencialmente maligno. El hombre se hizo pecador y malvado —dijo Philo— debido al mal uso de su libre albedrío; en otras palabras, se dejó llevar por sus sentidos y las tentaciones corporales, y sólo por medio de la meditación y de la contemplación de sus cualidades divinas, podría elevarse por encima de la materia y el cuerpo. Estas ideas de Philo dejaron impresiones definitivas en las teologías judía y cristiana. El Nuevo Testamento refleja estas ideas.

¿Cuáles fueron las causas principales de esos conceptos adversos acerca del cuerpo humano? ¿Cuáles son las razones psicológicas detrás de ellos? Aun en las culturas primitivas, el hombre pensaba que su cuerpo era evanescente, es decir, que estaba cambiando constantemente. Observó que sus cualidades declinaban y se perdían, como las de una planta viviente. El cuerpo podía ser herido y hasta destruido fácilmente por el hombre mismo. El cuerpo, por lo tanto, no sugería permanencia, inmutabilidad o naturaleza eterna. Comparado con los cuerpos celestes como el sol, la luna y las estrellas, el cuerpo humano parecía ser una creación inferior.

Para el hombre primitivo, las enfermedades y los dolores del cuerpo parecían destacar también su falta de pureza. Se consideró que hasta los apetitos y las pasiones eran ejemplos de sus

debilidades: se compararon con las funciones corporales de los animales, que el hombre consideraba inferiores a él.

Mas, existía también la segunda cualidad de la naturaleza trina del hombre. Era la parte *pensante,* el proceso mental. Clasificamos ésta bajo el título de mente, pero había una distinción muy grande entre las funciones de la mente y las del cuerpo. Había una característica intangible acerca de la parte pensante. No podía ser vista o desmembrada. Lo más notable acerca de ella, fue que era una fuerza interior, una cosa dinámica que movía el cuerpo del hombre como deseara hacerlo. Este algo interno podía hablarle. Podía ordenar y rogar, y aún así, no era visible.

Asimismo, el cuerpo influía sobre este *algo,* sobre esta parte pensante, y esta reacción ocasionaba en el hombre experiencias de temor, sorpresa, felicidad y pena. ¿Qué, entonces, era lo real? ¿Cuál era la verdadera entidad o ser del hombre? Aquí nació la idea de que el *ser* estaba encerrado en una concha. Generalmente se pensó que era inerte, pasivo. El cuerpo era movido sólo por el mundo exterior, o por este algo interior. Se consideró que el ser, la parte ejecutante, era positiva, el ser verdadero.

Aquí vemos el principio de la creencia en el *dualismo,* la dicotomía, la división del hombre en dos partes. Esta idea de la división de la naturaleza

del hombre continúa persistiendo en la mayoría de las religiones y de las filosofías éticas. Se observó que esta parte pensante existía sólo en el cuerpo vivo y partía con la muerte, así que se concibió como un atributo que en alguna forma daba vida al cuerpo. Se advirtió que la vida entraba y partía del cuerpo con la respiración: la respiración es aire; el aire parecía infinito y eterno. Por lo tanto, al acto de *respirar* el hombre antiguo le asignó pronto una cualidad divina. Por ejemplo, en el Génesis 2:7 encontramos: "...y el Señor Dios formó al hombre *del* polvo de la tierra y sopló en su nariz el aliento de vida; y el hombre se convirtió en un alma viviente".

Pero si suponemos que la fuerza de vida es divina, debe hacer algo más que sólo dirigir las funciones orgánicas del cuerpo. El hombre pensó que debía tener algún propósito superior para desempeñar en el cuerpo. Independientemente de la forma en que él concebía lo divino, se consideró que estaba poseído de una inteligencia superior. Con el desarrollo de su autoconsciencia, adquirió una creciente autodisciplina. Empezó a sentir fuertes reacciones emocionales hacia ciertas fases de su conducta. Algunas de sus acciones le hacían experimentar placer; sin embargo, no todos los placeres estaban relacionados con las sensaciones de sus apetitos. Allí había algo que era mucho más sutil. Esto le

proporcionaba una especie de profunda satisfacción interior. A estas sensaciones el hombre les llamó el *bien.* Se pensaba, asimismo, que esta Inteligencia era una parte superior de la naturaleza del hombre. A esta tercera cualidad de su ser, la denominó *alma.*

El hombre aprendió pronto acerca de las ilusiones y decepciones de los sentidos. Estos estaban relacionados con el cuerpo finito; por lo tanto, no se les consideró una fuente digna de crédito para llegar a la verdad y al conocimiento. La parte pensante, la razón, parecía proveerle de *iluminación.* En otras palabras, le daba respuestas personales a muchas de sus experiencias. Debido a la eficiencia atribuida a la razón, fue asociada con los elementos divinos del hombre. Se dijo que la razón era un atributo del alma. Plotino, el filósofo neoplatónico, dijo que la razón es: "el alma contemplativa".

¿Cómo estaban integrados estos elementos trinos de la naturaleza del hombre? ¿Cuál podría ser el poder que controlaba la naturaleza humana? Platón relacionó estos tres elementos a las clases de sociedad expuestos en su *república ideal.* Dijo que la razón podía ser como el filósofo que dictaba las leyes; la voluntad debería ser como el guerrero que debía hacer cumplir los dictados de la razón; y el cuerpo tenía que ser el trabajador

que proveyera el sustento para la razón y para la voluntad.

La metafísica y el misticismo modernos, conciliados con la ciencia han repudiado la antigua idea de la trinidad, y con tal rechazo se han desvanecido muchas supersticiones, dudas y temores. Su primera tesis y doctrina es que todos los fenómenos, independientemente de su manifestación, están vinculados. No reconocen una dualidad real, tal como *material* por una parte, e *inmaterial* por la otra. Estos conceptos místicos y metafísicos modernos, no exponen tampoco que un estado o condición de la naturaleza del hombre es básicamente buena y que la otra es mala; sostienen que tales conceptos sólo están relacionados con los valores de la mente humana finita.

Los conceptos de la dualidad presuponen que un estado, cosa o condición, crea la otra. ¿Por qué tendría que ser así? ¿Cuál de las dos partes es superior? O, ¿por qué una parte permitiría a la otra ser inferior u opuesta a ella? Estas interrogantes han rodeado la teoría de la realidad dual por siglos. En consecuencia, los metafísicos modernos exponen en cambio un estado *monista.*

Este estado monista, este "Uno", es el *cosmos;* él está eternamente activo. El ser, el cosmos, está activo porque es la realización de todo lo que es. El ser es inherentemente positivo, dinámico. La idea

del hombre del no-ser, de un estado negativo, es sólo *inferida* del ser. Es la suposición de la ausencia de lo que es. Inversamente, sin embargo, una nada absoluta no sugiere un algo.

Se ha dicho que la naturaleza repudia el vacío; en otras palabras, el ser se esfuerza continuamente por ser. Este esfuerzo para ser, es la verdadera *necesidad* del cosmos. Eso que está consciente de la necesidad de su ser, es consciencia. Por lo tanto, los metafísicos y el misticismo moderno perpetúan un concepto tradicional y es el de que el cosmos es *autoconsciente*.

La consciencia del ser funciona en varias formas a lo largo de cada una de las expresiones del cosmos. Encontramos consciencia hasta en la materia inanimada. Está en la estructura nuclear de la materia y está manifestada como las polaridades positiva y negativa inherentes a la materia. La encontramos en los núcleos positivos de las células vivas y en su envoltura exterior negativa.

La consciencia de "Una" energía cósmica puede dominar y capturar a otra. Por ejemplo, la energía que impregna la materia y que la hace *vivir*, tiene una gran potencia. Esta energía es relativamente más positiva que la materia misma que, por contraste, es negativa. Este aspecto superior de la

consciencia y de la fuerza, captura y controla la materia. Obliga a la estructura de la materia viviente a amoldarse a ella. Esto es porque en las moléculas DNA y RNA de las células vivas, el desarrollo se efectúa sólo en una dirección. Las células vivas no retroceden en sus patrones; sólo grandes interferencias pueden producir una mutación, una desviación.

Existe por lo tanto una combinación de consciencia en cada forma de vida, no importa cuán elemental pueda ser. Esta combinación de consciencia es transmitida por un proceso evolutivo. Esto se convierte en una creciente *consciencia de grupo* que incluye todas las etapas de consciencia previas. Como humanos, tenemos la consciencia que es la fuerza básica de la energía, la chispa de la vida. Pero también tenemos dentro la consciencia de todas las otras formas de vida, desde las cuales el hombre ha ascendido.

Así como la célula viva tiene que impulsar la consciencia por medio de la cual se esfuerza a ser, así también lo hace el hombre. Su complejo organismo —el cerebro y el sistema nervioso— le proporcionan autoconsciencia. *El sabe que existe*. Se convierte en una entidad en sí mismo, pero las variaciones de la consciencia, manifestándose a través de su complejo organismo, le producen diferentes clases de sensaciones. Existen fenómenos tales como la intuición, la razón, las

emociones y las sensaciones profundas o las impresiones morales.

Estas sensaciones y sentimientos diferentes que el hombre experimenta, él las separa y clasifica. Como hemos dicho, se ha imaginado a sí mismo como una triada. Como analogía, supongamos que tenemos algunas cuerdas de metal tirantes, de diferentes longitudes, como en un instrumento musical, tal como un arpa. Si dirigimos una fuerte corriente de aire a través de ellas, emitirán diferentes sonidos. Empero, era el mismo volumen de aire el que producía los diferentes sonidos. El aire sólo hacía que las cuerdas, en diferente tensión, vibraran distintamente.

Así también, nuestro organismo hace que las variaciones de consciencia universal en nosotros, produzcan diferentes sensaciones. El cuerpo, la mente y la consciencia elevada del ser, la cual llamamos *alma*, no son sino efectos de esta consciencia de grupo dentro de nosotros. Las distinciones no están en su esencia, sino en las funciones producidas. Es precisamente como todas las notas musicales diferentes que, sin embargo, son sonido. Sólo cuando el hombre llegue a entender este concepto, cesará de exaltar una función de su ser, a expensas de las otras.

El cuerpo es del mismo origen cósmico divino,

como lo es lo que el hombre prefiere llamar alma. Pero el cuerpo está limitado a servir al hombre. En conclusión, como dijo el poeta Alexander Pope: "El estudio más noble del género humano, es el hombre".

Capítulo IV

¿SON ABSOLUTOS EL BIEN Y EL MAL?

LOS CONCEPTOS TEOLOGICOS y los dogmas de la mayoría de las religiones, establecen ciertos patrones de conducta que sugieren que existe un bien y un mal absolutos. Tales normas o códigos son, sin embargo, relativos a referencias y conceptos humanos.

El concepto del *bien* es psicológico básicamente. Está relacionado con la evaluación de la experiencia personal. Definimos como *bien* todo aquello que nos produce sensaciones placenteras y gratificantes, a todo lo que nos favorece física, mental y psíquicamente.

La llamada *buena moral* es una satisfacción emocional e intelectual. Una persona, por razones religiosas o de otra naturaleza, establece un código de conducta que piensa que le es necesario para su bienestar moral o espiritual. Dado que la conducta que se requiere es el cumplimiento de preceptos morales, es satisfactoria intelectual y emocionalmente, y, en consecuencia, es aceptada como *bien*.

Tal estado o condición positiva como el bien, engendra su antítesis, su condición *contraria* que es llamada *mal*. Sencillamente expuesto, el mal es aquello que engendra lo contrario al placer para el ser humano. Lo desagradable, lo nocivo, es, por lo tanto, malo. Cada bien, al asumir una cualidad positiva en la mente del hombre, construye también un concepto inverso, tal como la luz sugiere su propio opuesto, que es la obscuridad.

Sin embargo, existen variaciones de este concepto absoluto del bien. Tales variaciones se encuentran principalmente en las categorías de la moral y de la ética. Todos estamos familiarizados con el hecho de que aun en las sectas cristianas, hay diferentes interpretaciones de la conducta humana, en cuanto a los términos del bien y del mal. Una secta fundamentalista declarará como malo lo que para otra, más liberal, no lo es. Ciertas sectas protestantes vituperan en contra del baile, diciendo que es malo. Por otra parte, para la iglesia católica éste no es malo. Las sectas no cristianas aceptan muchos actos dentro del campo de su código moral, los cuales son rechazados por los cristianos como malos, o porque contribuyen a lo malo.

El bien y el mal, por lo tanto, son conceptos de los humanos: son el producto de la mente del hombre. No tienen otra existencia que la que les da la evaluación de eventos y circunstancias

relacionadas con él. Arbitrariamente, éste puede establecer ciertas condiciones que son universalmente objecionables para el género humano y después declarar que son absolutas. Así, por ejemplo, él puede declarar que el asesinato, el rapto, el robo, son malos porque está seguro de que sólo pueden causar daño a la humanidad. El podría, asimismo, declarar que las virtudes tales como la caridad, la tolerancia y la honestidad, son un bien universal y absoluto. Pero, repetimos, el punto de referencia en estas cosas es el hombre mismo; son bien o mal sólo hasta el punto como él reaccione ante ellas. Sin su reacción ante tales actos, no tendrían un contenido cualitativo.

Místicamente sólo puede haber un *bien* y es la inclinación moral, el impulso de la rectitud que el hombre experimenta dentro de sí mismo.

Todo lo malo está relacionado con normas aceptadas. En otras palabras, en la naturaleza no existe un mal *absoluto*, es decir, el concepto del mal no es universal. Esta declaración, desde luego, es contraria a los preceptos morales delineados en los varios libros sagrados de las diferentes sectas religiosas. Si hay admoniciones y prohibiciones contra ciertos actos en las obras religiosas o en las leyes y costumbres de la sociedad, éstas se convierten en el criterio por medio del cual el individuo promedio determina qué es el *bien* o qué es el *mal*.

De hecho, lo que llamamos *conciencia* en su manifestación o expresión externa, está basado en gran parte en las influencias de los actos o de la clase de conducta que hemos llegado a considerar que son malos. La conciencia o el sentido de la moral, es un impulso subconsciente que se ajusta a un estado interno de rectitud que tiene el hombre. Pero la interpretación de lo que esa rectitud o ese bien debería consistir, es analizada objetivamente por el individuo y surge de sus experiencias personales y del grado de instrucción que tenga.

Si las particularidades de la conciencia fueran universales y no se arribara a ellas individualmente, entonces el comportamiento humano podría amoldarse a las mismas normas del bien e igualmente rechazaría todo mal aparente. Toda persona que ha viajado mucho por el mundo, ha conocido gente cuyas normas de conducta apropiadas y aceptadas por ella, se consideran como malas por los visitantes. El visitante o viajero, está sencillamente midiendo lo que esa otra gente hace, de acuerdo con su propio código personal.

Si consideramos el tema del mal en una forma abstracta, nos damos cuenta de que no puede existir realmente en el cosmos, como tampoco existe el bien. El cosmos —y todo su fenómeno— *es lo que es*. No está esforzándose hacia cierto fin

idealista que trascienda su estado particular. En consecuencia, *todas las cosas no son ni buenas ni malas*. No existen normas externas para juzgar al cosmos. Tales normas sólo son artificios humanos.

Hay una diferencia —aun cuando existe una relación— entre lo que es llamado *mal* y lo *erróneo*. La palabra *mal* está asociada con la moralidad. Esto quiere decir, lo que es contrario a algún edicto o decreto que ha sido formulado en las sagradas escrituras o por la teología de una secta en particular. La buena moral es lo que está asociado con la conciencia y se relaciona con la norma moral que esa conciencia ha aceptado. La buena moral generalmente es concebida para ser el comportamiento que se conforme a la voluntad de un ser sobrenatural, como un dios o un principio divino. Cualquier cosa que sea contraria a él, es lo que se declara que es malo.

Por otra parte, el *error* no es directamente una bajeza moral. No está establecido fundamentalmente por ningún código religioso. Lo erróneo y lo correcto tienen principalmente una estructura ética. Comúnmente *no* son considerados como variaciones de decretos espirituales, sino de relaciones sociales o comportamiento impropios. Por ejemplo, éticamente es un error insultar a una persona o que una agencia de publicidad represente a dos

clientes que se encuentran en competencia, ya que dicha agencia no puede hacer justicia a ambos en sus derechos. También es éticamente errónea la discriminación entre los hombres debido a su raza.

Sin embargo, nos damos cuenta de que en muchos códigos de la ética adoptados generalmente, en los negocios o en las sociedades mercantiles revierten los principios de las normas morales. Por ejemplo, se acepta generalmente que, debido a la descripción falsa de un producto, éste sea vendido. Tal conducta es un fraude y, por lo tanto, una *mentira*, que es también una prohibición moral.

Una sociedad establece ciertas reglas de conducta, fundadas en el código moral que la mayoría de sus ciudadanos ha adoptado. Simplemente, los valores morales de una nación cristiana están fundados principalmente en los dictados morales de la cristiandad. Quienes se ajustan a estos, se dice que están viviendo rectamente, es decir, que llevan una buena vida moral: quienes actúan contrariamente a ellos, son juzgados culpables de ciertos grados de maldad.

Cuando vemos que un individuo se desvía de tales normas, pensamos que es malvado. Sin embargo, su maldad no es absoluta en el sentido Cósmico. ¡Piensen acerca de los humanos que, por mandatos de la iglesia, fueron quemados en la

hoguera durante la Edad Media y durante la Inquisición —condenados como malvados porque sus ideas personales no se conformaban a los dogmas despóticos de la iglesia!

El mal, entonces, no es intrínseco, sino que es relativo a las creencias y circunstancias por las cuales juzgamos la conducta humana. Sin embargo, es necesario se restrinjan algunos actos del hombre, de acuerdo con las razones que la sociedad cree esenciales para su beneficio. El tiempo ha sido siempre un gran alquimista en la transmutación de nuevas formas de las cualidades del bien y del mal, ya sean aceptadas o rechazadas por el hombre.

Capítulo V

¿ES UNIVERSAL LA CONSCIENCIA?

SI EXISTIERA LA consciencia individual, independientemente de la consciencia universal, entonces la religión no tendría significado y el misticismo estaría sin una premisa factible. La consciencia en el hombre es un estado de conocimiento, una comprensión de varios fenómenos. Por medio de ella el hombre llega a percibir los aspectos de objetividad, como el mundo exterior. Asimismo, él está consciente de su propia existencia, es decir, es autoconsciente. Todas las religiones, aun las llamadas paganas, tienen un sistema teológico mediante el cual el hombre aprende a comulgar con su concepto de Dios. Cualquier religión digna de tal título, ha recurrido a la oración. La oración es un intento de comunicación entre el hombre y su Dios o dioses.

En consecuencia, existe la implicación de que el hombre puede estar consciente de ese poder trascendental al cual acude. Tal comprensión requiere obviamente consciencia. Entonces, hay una compenetración, un estado de unidad entre la

conciencia humana y esa clase de consciencia que el hombre atribuye al Ser Divino.

Ahora veamos el asunto desde el punto de vista estrictamente místico. En pocas palabras, el místico es una persona que aspira a una *unión* personal o *unidad* con lo Absoluto, a lo que él puede llamar Dios, Cosmos, Mente Universal, Ser Supremo, etc. El colmo de este logro místico, es alcanzar la Consciencia Cósmica. Si traducimos las dos palabras como *Consciencia de lo Cósmico*, tenemos entonces una mejor comprensión del término. Sencillamente, consiste en que el hombre tenga una consciencia de lo Cósmico, del Uno, del cual está constituida toda realidad.

Esto no es como si un estado o condición separado, fuera a ponerse en contacto con otro de una naturaleza diferente: no se trata de una mezcla de cosas diferentes. La consciencia en el hombre, aunque de un nivel más bajo de percepción, es parte de la consciencia que existe en todas partes, pero las diferentes frecuencias o alcances de manifestación, deben armonizarse unas con las otras. La consciencia humana evoluciona hacia lo alto, en una forma en que pueda percibir el *Uno*, que, asimismo, es una consciencia. El místico sostiene que el Cosmos total tiene un estado de consciencia de su propia naturaleza. Realizar la unión con él, es la

perfección más grande que el ser humano puede experimentar.

Es totalmente comprensible que el hombre crea a menudo que su consciencia es un estado separado e independiente. No tiene una apreciación del factor unificante que existe en torno a toda vida, y, de hecho, en torno a todo el Cosmos. Cada célula viva, ya sea de una planta o de un animal, tiene consciencia, la cual está separada sólo por la forma particular del organismo a través del cual se expresa, pero básicamente, la célula de un cuerpo humano tiene funciones semejantes a las que tienen otras formas de vida.

Actualmente hablamos de diferentes estados de consciencia dentro del hombre, como el objetivo, el subjetivo y el subconsciente. Sin embargo, no pensamos de estos estados de consciencia como si estuvieran separados dentro de nosotros, sino, por el contrario, como si fuesen grados u octavas de la misma corriente de consciencia que fluye a través de nosotros.

Exactamente, ¿qué es la consciencia universal? No tiene cualidades finitas determinativas. Puesto que todas las cosas son manifestaciones de la consciencia universal, entonces, como dijo el filósofo holandés Spinosa, acerca de lo absoluto: "está en todas las cosas, y, sin embargo, no es una de ellas". Además, todas las cosas no son la

totalidad de la consciencia universal, porque ella tiene el potencial de otras manifestaciones infinitas.

Estamos totalmente ignorantes de otros mundos que existen en el número infinito de galaxias u otros universos del cosmos, que deben tener manifestaciones de consciencia universal que no podemos ni siquiera imaginar. Por lo tanto, la consciencia universal es amorfa, o, como dijo Heráclito, "está siempre formándose".

La ciencia puede rechazar la hipótesis de que todas las cosas tienen consciencia. Sin embargo, esto depende ahora de las limitaciones que pongamos a las características de la consciencia. La física y la química, por ejemplo, han demostrado que la estructura de la materia sigue lo que generalmente es llamado una especie de sistema innato. Este orden es tan preciso, que podemos decir que es universal. De hecho, la exploración espacial moderna ha encontrado, por haber sido revelado por el espectrógrafo, que en mundos distantes existen elementos químicos que tienen longitudes de onda características a las de la tierra. También tenemos ahora muestras de polvo de la Luna y de Marte. ¿Podemos negar que ese *orden*, esa precisión persistente, es una especie de *consciencia*? Por supuesto, ésta difiere en su manifestación de la que tiene la consciencia

humana, pero, repetimos, nosotros también tenemos variaciones de estados de consciencia.

Recordemos la filosofía de los estoicos antiguos, la cual fundó Zenón (340-265 A.C.). Ellos sostuvieron que la materia, el alma y el hombre, no eran cosas separadas, sino por el contrario, eran partes de un *total conectado* entre sí, que debía ser llamado Dios o naturaleza. Un alma universal o principio racional llamado *mente*, está presente en todas partes. En el hombre, está en lo que llamamos alma, declararon los estoicos. En la materia, está en la ley natural por medio de la cual se manifiesta.

Esto, por supuesto, es llamado técnicamente un *panteísmo místico*, es decir, Dios o la Mente Cósmica, impregnándolo todo. El teísta ortodoxo y la llamada voluntad fundamentalista de la Biblia, rechazan por supuesto esta idea. Desean, como muchos de aquellos a quienes ellos llaman paganos, personalizar su Dios, hacer de El un ser con forma. Piensan que al incorporar la existencia de Dios en todas las cosas, como lo hace el panteísta, es una especie de idolatría. Pero al suponer esto, revelan su falta de conocimiento del panteísmo místico. El verdadero panteísta ni adora ni rinde culto a ningún objeto, como si fuese una deidad. Antes bien, él sabe que el principio Cósmico es infinito en esencia y existencia, y, por lo tanto, ni una sola cosa, ni todas las cosas,

podrían serlo. Pero él sostiene que nada de lo que existe podría hacerlo sin el orden inherente de Dios o la Mente Divina.

Capítulo VI

¿QUE ES EL DESARROLLO PSIQUICO?

EL CONCEPTO DE QUE el hombre es dual es tan antiguo, como el primer análisis que hizo éste de su ser. El posee funciones obvias que son tan diversas en su fenómeno, que es difícil concebir que su ser tiene otros procesos separados. La *razón* y los variados procesos mentales, son diferenciados fácilmente del organismo físico y sus actividades. De hecho, los antiguos griegos consideraron que la razón es el más grande atributo de la naturaleza del hombre y una cualidad claramente divina, implantada en su cuerpo. El alma y la razón fueron considerados más generalmente como sinónimos y uno de los atributos básicos de su naturaleza dual.

Los griegos relacionaron también el amor, en su esencia más elevada, con el alma. El alma era una entidad racional y sentía amor. Ese amor fue interpretado como compasión y se consideró que era el sentimiento moral más elevado de que el hombre era capaz. El alma, como una entidad o una substancia, fue considerada etérea, amorfa e invisible. No tenía cualidades materiales como las

que tiene el cuerpo. Estas otras cualidades, si bien diferentes del organismo físico, parecían entrar y salir del cuerpo con la respiración. Por lo tanto, los griegos identificaron el alma con el *aire*, el aliento o *pneuma*, El alma, entonces, tenía la misma cualidad del aire, que se remontaba a otras regiones. Mucho tiempo antes de los griegos, la idea de las alas había sido asociada con el alma y se le simbolizó por medio de un pájaro o por insectos alados.

Eventualmente, el alma fue simbolizada con el personaje místico *Psyche*. Según la mitología griega, el esposo de Psyche era Cupido. Cuando ella descubrió quién era él en realidad, éste partió: lo hizo gracias a la traición de Venus. Psyche investigó y lo encontró, después de sufrir persecución por parte de la celosa Venus. Ella fue entonces representada como una hermosa mujer con alas —el alma en vuelo.

Psyche se convirtió en la raíz de la cual nacieron las palabras y términos como *psíquico*, *psicología*, *psicosomático* y muchas otras que describen la naturaleza interna del hombre, en contraste con la naturaleza física. En la mayoría de las religiones se dice que el alma, la psiquis, es una especie de substancia divina implantada en el hombre. Se cree que contiene ciertos atributos tales como conciencia, consciencia, el sentido de la moral y otros poderes y funciones inmateriales.

Existieron —y aún existen ahora— varias escuelas de pensamiento que tratan acerca de las cualidades inherentes al alma. Según ciertas teologías, el alma está aprisionada por los pecados que el hombre ha heredado y de los cuales ella debe ser liberada antes de que pueda tener una expresión completa. Esta liberación debe ser realizada mediante ciertos actos de salvación. En consecuencia, el individuo aspira a ese logro espiritual —la libertad del alma— que puede alcanzarse por medio de someterse a ritos religiosos establecidos. Esta actividad es una especie de *desarrollo espiritual*, o, en el término que los griegos dieron al alma, un desarrollo *psíquico*.

Es también un concepto filosófico y metafísico que el alma, como una infusión del cuerpo, está acompañada por una eficacia y una inteligencia que es una especie de poder sobrenatural o Mente Cósmica. Esta doctrina expone que esa inteligencia trasciende la mente racional, o el intelecto moral, y que dirige las funciones involuntarias del cuerpo, tales como la respiración, la circulación de la sangre, y otros procesos orgánicos sobre los cuales la voluntad no tiene gobierno. Sin embargo, esta supermente es accesible a la conciencia objetiva. El hombre debe estar *armonizado* con un principio para lograr

experiencias que su proceso mental normal no puede alcanzar.

Puesto que esta supermente o inteligencia del alma con su energía, es infinita en su relación Cósmica, se dice que puede producir —y lo hace— fenómenos más allá de la capacidad del cerebro y del cuerpo. No está limitada por el tiempo o el espacio; tiene su propio estado de consciencia, percepción y concepción, es decir, puede darse cuenta de aquello que los sentidos físicos no pueden percibir. Asimismo, puede generar ideas que son mucho más iluminadoras que las producidas por la razón. Además, se sostiene que esta mente existe como un depósito de fuerzas dentro del organismo humano, para ser utilizadas para extender el dominio del hombre, tanto sobre sí mismo, como sobre su medio ambiente.

Puesto que esta inteligencia y sus poderes son del alma, naturalmente se comprende que los seguidores del misticismo y la metafísica se refieran a ella como *fuerzas psíquicas*. En estos sistemas, se hizo común exponer formas y medios para "desarrollar" los poderes psíquicos del hombre. Este desarrollo o método ha sido definido en varias formas por las diferentes escuelas de misticismo y esoterismo. En realidad, el término *desarrollo* es una designación incorrecta cuando se asocia con la idea de los poderes psíquicos, porque, si hay una fuerza

trascendente del alma, una inteligencia divina, funcionando como una mente elevada en el hombre, ciertamente que no está dentro de su incumbencia el *desarrollarlos*.

Por lo menos, lógicamente lo finito no puede ejercer un control sobre lo infinito. En consecuencia, el único desarrollo, de acuerdo con este concepto, podría ser para los métodos voluntarios de la mente por medio de los cuales el hombre puede darse cuenta de sus poderes latentes, *despertándolos* y *dirigiéndolos*, pero no sumándoles omnipotencia. El hombre sólo desarrolla su estado de consciencia, su habilidad para comprender y perfeccionar un canal dentro de sí mismo, a través del cual su poder psíquico inmanente pueda expresarse y funcionar.

Con el desarrollo de la psicología orgánica, la palabra *psíquico* adquirió un significado diferente. Ya no tuvo una relación con ninguna personificación espiritual o sobrenatural separada del hombre. Todas sus fuerzas, todos los fenómenos atribuidos a él, fueron considerados como una sola cualidad individual integrada de su organismo y completamente natural. La memoria, la razón, las emociones, el llamado sentido de la moral, la conciencia y la consciencia, fueron funciones diferentes surgiendo de la mónada compleja o entidad singular que se declara que es el hombre. El organismo humano,

según la psicología moderna, puede producir diversas formas de fenómenos, así como el teclado de un piano puede producir notas diferentes.

Sin embargo, para esta ciencia hay una clasificación general del fenómeno humano. Declara que algunos de sus aspectos son motivados conscientemente y ciertas funciones subliminales de la mente, inconscientemente. En otras palabras, se cree que algunos procesos son más misteriosos y sutiles, puesto que están implicados con las complejidades del cerebro y el sistema nervioso, o lo que es comúnmente llamado *mente*. Estas, entonces, son las funciones *psíquicas* del hombre, según las designa la ciencia. Pero, repetimos, esto se refiere a que lo psíquico está completamente libre de cualquier atributo divino o sobrenatural.

La ciencia admite que las funciones psíquicas del hombre varían. Las llamadas motivaciones subconscientes, instintos e intuición, que llegan a la mente consciente, son más marcados en algunas personas que en otras. Cómo y por qué ocurre esto en ciertos individuos en un grado mayor que en otros, es uno de los enigmas de la psicología y de la psiquiatría y se ha convertido en un incentivo para realizar más investigaciones.

Desde el punto de vista psicológico, la ciencia considera que existen ciertas funciones psíquicas

que pueden desarrollarse conscientemente. Una de éstas, por ejemplo, es la *creatividad*. Diferentes libros de texto sobre psicología, aducen diversas opiniones sobre qué es la creatividad y cómo puede ser desarrollada. Puesto que la memoria, la imaginación y la visualización, están incluidas en los poderes psíquicos del hombre, según la ciencia también hay técnicas que se sugieren para su desarrollo.

Fenómenos tales como la percepción extrasensorial, la telepatía, la bilocación (proyección de la consciencia), la empatía y la telekinesis, son también un misterio para la ciencia ortodoxa. Pero ahora se están llevando a cabo esfuerzos sinceros para investigar esos fenómenos, como se hace en los laboratorios de parapsicología de la Orden Rosacruz. Sin embargo, de conformidad con los círculos científicos ortodoxos, ellos no tienen ninguna relación con las trascendentes cualidades espirituales o cósmicas y sólo son una parte del proceso natural del organismo humano. No obstante, en sus experimentos la ciencia intenta indagar si con la práctica se pueden desarrollar esos poderes latentes en el individuo.

Así como la mayoría de los psicólogos no admitirán la infusión en el hombre de una inteligencia exterior o Mente Cósmica, que pudiera tener valor para el extraño fenómeno

humano, muchos estudiantes de misticismo y metafísica confunden también el proceso orgánico natural, con una fuerza psíquica externa. Estos estudiantes, relegan a menudo al mundo psíquico los fenómenos psicológicos y fisiológicos comunes. Por ejemplo, imágenes consecutivas, colores complementarios que uno podría ver después de volver los ojos de una luz brillante a la cual se ha estado mirando fijamente, son atribuidas con frecuencia a otras funciones que no son las naturales. ¡Se piensa algunas veces que los ruidos internos en los oídos, son fuerzas psíquicas que se están desarrollando! Desórdenes nerviosos, contorciones y sacudidas fuertes de los músculos, son asociados erróneamente con poderes no físicos y psíquicos.

Existen fases profundas de la corriente de la consciencia dentro de nosotros, que producen realizaciones y experiencias que realmente pueden llamarse *psíquicas*, si con ello significamos que son el resultado de aspectos elevados de nuestra consciencia y de la inteligencia de la corriente de la vida en sí. La dirección y aplicación de éstas pueden ser *desarrolladas* porque son *naturales* en todo ser humano: empero, son más manifiestas en ciertas personas que en otras. Sin embargo, las aberraciones mentales, las funciones anormales del cerebro y el sistema nervioso, pueden producir

fenómenos que son *psíquicos* sólo en el sentido *psíquico* de la palabra.

Los impulsos morales, los deseos de experimentar una unión con la realidad que está más allá de nuestro propio ser físico, es tanto un impulso psíquico en el sentido científico o psicológico, como en el sentido místico. Tener el deseo y el amor por experimentar el sentimiento de unidad con lo Cósmico, con el ser total, es un sentimiento místico. Pero los estados de consciencia a través de los cuales uno pasa para adquirir esa experiencia, son el resultado de procesos naturales, mentales y emocionales. Como analogía, una composición musical es un ideal, pero primero se necesita el instrumento físico por medio del cual puede ser producida y expresada, para transformar ese ideal en una realidad. Las fuerzas psíquicas en el hombre, son una parte de todos los poderes naturales de su ser. No las desarrollamos, sino que desarrollamos la *forma* de entender y aplicar estas fuerzas a nuestras vidas.

Capítulo VII

INTUICION, IDEALISMO E ILUMINACION

EL HOMBRE TIENE VARIAS vidas eslabonadas en su existencia mortal. Esto no debe ser interpretado como una referencia a la reencarnación o al renacimiento. Más bien, debe entenderse en el sentido de que cada uno de nosotros, en nuestra existencia física, podemos experimentar varios estados de consciencia que constituyen diferentes aspectos de la vida: cada uno de ellos es vivido separadamente a su tiempo. Sin embargo, existen quienes nunca experimentan algunos de estos estados. Su existencia mortal completa puede estar confinada sólo a un punto de vista limitado. Para ellos, es como mirar fuera al mundo a través de una misma ventana —continuamente.

Las vidas que vivimos son determinadas por motivaciones *psíquicas* y *mentales*. Las alternativas y acciones que comprenden nuestras vidas privadas y sociales, son principalmente el resultado de las decisiones que hacemos y que, a su vez, son la consecuencia de nuestros procesos del

pensamiento y de los estados emocionales. El medio ambiente, es decir, las circunstancias en las cuales somos arrojados diariamente, tiene también una influencia tremenda sobre nosotros. Pero la forma en que reaccionamos ante tales estímulos, cómo los interpretamos y nos ajustamos a ellos, es el resultado de nuestra vida psíquica y mental, de los estados de consciencia mediante los cuales percibimos y concebimos las experiencias particulares.

Existen tres estados principales de consciencia, cada uno caracterizando una fase de la vida. Ellos son realmente las fuerzas motivadoras que determinan la dirección que toman nuestras vidas. Estos estados de consciencia son: *intuición, idealismo* e *iluminación*. Los dos primeros son bastante comunes a la mayoría de las personas, y aunque es frecuente hacer referencia a ellos, rara vez se comprenden. El tercero, la *iluminación*, es difícil de obtener y aun cuando se experimente, muchas veces es revestida con algunos otros significados. Por lo tanto, muchos la han alcanzado, pero no han reconocido la experiencia como tal. Una plenitud de vida, esa integridad de la existencia humana a la que consciente o inconscientemente aspiramos, sólo puede venir de una coordinación de estos tres estados: intuición, idealismo e iluminación. Una

espontaneidad independiente de parte de los dos primeros, nunca puede conducir a la tercera.

¿Qué es intuición? Durante siglos los filósofos y los metafísicos le han dado varias —y muchas veces conflictivas— definiciones a esta experiencia. En tiempos relativamente modernos, la psicología le ha dado también su versión. Usualmente, las obras sobre psicología describen el fenómeno de la intuición bajo el título de "Instinto". La experiencia de la intuición es comprendida comúnmente como un *conocimiento* o *guía irracional*. Es una forma de ideación que fulgura en la consciencia sin nuestra voluntad, y, a veces, cuando aparentemente no tienen relación con nuestros pensamientos en ese instante.

Nosotros decimos que la intuición es irracional, porque sus impresiones no emergen como una conclusión inmediata, relacionada con algún asunto que tenemos en mente en ese momento. Hay también una característica distintiva acerca de las impresiones intuitivas. Cuando experimentamos una de ellas, tiene una claridad obvia que conduce a la convicción de que es autoevidente. De hecho, la impresión acerca de la cual no tenemos dudas, la designaríamos como *conocimiento intuitivo*. En otras palabras, a menudo podemos cuestionar la validez de nuestro juicio cuando razonamos. Pero en el momento en

que experimentamos la intuición, nunca dudamos de ella.

Es por este motivo que la intuición ha sido aceptada frecuentemente como una especie de conocimiento inmanente, es decir, como una sabiduría innata que supera el conocimiento adquirido usualmente. De hecho, el conocimiento intuitivo ha sido asociado a menudo con una connotación religiosa o espiritual, como un atributo del alma. Emmanuel Kant, en su *Crítica del Razonamiento Puro*, dice que el tiempo y el espacio son formas de la intuición, y ésta, a su vez, es un conocimiento *a priori*. En otras palabras, él consideró que es una especie de conocimiento que precede al conocimiento que se obtiene a través de la experiencia. Este conocimiento *a priori*, declaró, es una parte de la naturaleza real del hombre. Sin embargo, necesita el fenómeno de la existencia de nuestros sentidos para poder expresarse. Pero no necesita tales experiencias para existir.

La psicología coloca la intuición en la categoría del instinto: indica que es un conocimiento adquirido históricamente, es decir, que el organismo humano ha tenido que ajustarse a muchas y muy variadas condiciones en su larga evolución. Estos ajustes se han convertido en registros permanentes en los genes, en una especie de memoria impresa en ellos. Por lo

tanto, cualesquiera circunstancias similares que se originen y que estén relacionadas a las impresiones de la memoria, son liberadas instintivamente como ideas intuitivas y actos instintivos. La psicología expone, además, que la intuición sólo es segura en asuntos de nuestra supervivencia, protección en contra de los peligros y condiciones que amenazan la vida del organismo en sí.

Opuestos a las explicaciones de la psicología, están los numerosos ejemplos en donde las ideas surgen aparentemente de la nada dentro de la mente. Estas ideas han sido inspiradoras y han dado por resultado soluciones a problemas desconcertantes. A pesar de que pueden no haber estado relacionadas a una serie de pensamientos que teníamos en ese momento, en la mayoría de los casos la impresión intuitiva tiene una relación con algún conocimiento previo. La idea intuitiva tiene siempre una afinidad con nuestros intereses, actividades mentales, deseos y experiencias, tanto del presente, como del pasado. Nos aventuramos a decir que la idea intuitiva raramente es ajena por completo a nuestros conceptos, intereses o talentos.

Como analogía, podemos pensar que las ideas son objetos que están polarizados, es decir, que tienen polaridades separadas que atraen o repelen. En nuestro usual proceso mental

objetivo, podemos no estar capacitados para atraer todas las ideas que están relacionadas al pensamiento particular que domina nuestras mentes en ciertos momentos. De hecho, en nuestro proceso de razonamiento, las ideas que producimos conscientemente, a menudo pueden chocar con otras —u oponerse a ellas— dando por resultado conclusiones insatisfactorias.

Subsecuentemente, minutos, horas o días después, desde las profundidades de la corriente de la consciencia surge una idea compuesta, centelleante en su lucidez, una armonía perfecta de pensamiento. Entonces podría presentarse un *juicio subconsciente* que continúa aún después de que la mente razonadora se ha reprimido o ha fallado. Esto, podría parecer, es una inteligencia superior que puede evaluar todas las ideas acumuladas por la experiencia y que están almacenadas en la memoria y encontrar una relación armoniosa entre ellas, que eventualmente constituye la liberación de las impresiones intuitivas.

¿Es infalible la impresión intuitiva en todos los casos? Todos los que han seguido su llamada "corazonada", no siempre han tenido éxito. Pero estos ejemplos no son indicativos de un fracaso de la intuición, sino que podría deberse a la forma en la cual el individuo aplicó a sus asuntos las impresiones intuitivas: puede haberlas

deformado al tratar de aplicarlas conforme a algunos planes o propósitos.

Se puede depender mejor de la intuición cuando se presenta en el sentido preventivo, que cuando nos llega como una sugestión positiva para iniciar una nueva acción. Así, por ejemplo, cuando intuitivamente somos advertidos a *no* proceder o a tomar una posición contraria, es recomendable hacer caso de la intuición, independientemente de cuánto pueda contradecir a la razón. Pasar completamente por alto la intuición, es negar una facultad inherente en el hombre, que se ha desarrollado a lo largo de su ascenso desde un estado primitivo.

La segunda fuerza motivadora que constituye una fase importante de la vida, es el idealismo. La perfección y el idealismo están relacionados, pero, por supuesto, cada ideal no es perfecto para todos los criterios. De hecho, los ideales sostenidos por algunas personas, pueden ser contrarios a aquellos sostenidos generalmente por la sociedad, como por ejemplo, los ideales de un comunista en la sociedad capitalista y viceversa. Un ideal es un objetivo abstracto, un estado o cosa que se considera trasciende todo lo que tiene una naturaleza afín. Algo puede llegar a ser un ideal, al compararse con otra cosa cuyo contexto parece inferior.

Nuestros ideales, sin embargo, pueden ser

intrínsecamente falsos. Podemos aspirar a lo que viola la ley natural y que no tiene posibilidad de manifestarse como lo concebimos. Entonces, aun cuando un ideal sea racional, puede no estar dentro de las capacidades o el potencial de aquel que lo visualiza.

Hay dos formas de clasificar el idealismo: una es la *razón* y la otra la *intuición*. Un ideal puede ser trascendente, algo que se pueda obtener: sin embargo, debe estar contiguo con el presente. Tiene que haber un vínculo entre *lo que es* y lo que se desea que *llegue a ser*. Debe ser un sendero, una serie de causalidades por medio de las cuales el efecto final —o ideal— pueda realizarse. Para evitar la ilusión vana, un ideal debe ser analizado por la razón. Deben determinarse todos los planes posibles. Este método revela a menudo que un ideal es erróneo o que no está dentro del campo de la probabilidad.

La intuición es una guía segura para determinar la factibilidad de un ideal. Si no nos entregáramos a un emocionalismo, a un entusiasmo excesivo, sino por el contrario, reflexionáramos primero sobre algún objetivo, usualmente experimentaríamos una impresión intuitiva valiosa, en relación con ello. La mayoría de las veces este discernimiento superior o intuición es un enlace valioso con el idealismo.

La tercera fuerza motivadora y la que provee la experiencia más exaltada de la vida, es la *iluminación*. Los místicos fueron los primeros que usaron este término en relación con una experiencia mística. En el sentido etimológico más amplio, la *iluminación* se refiere a un esclarecimiento sublime de la mente. En otras palabras, la mente se ilumina con una luz inimitable de conocimiento y comprensión. Desde el punto de vista místico, la iluminación es "una liberación de las ataduras que nos unen a este mundo". Así, la mente, la consciencia, se libera para experimentar "la vida de unidad", una vida de unión con Dios o lo Absoluto. Para expresarlo más simplemente, el hombre se conoce a sí mismo, pero no sólo como un ser individual. Descubre su relación con lo Cósmico; para usar las palabras de un místico: "él se sumerge en su elemento divino, como una ola en el mar".

Dionisio, el monje sirio del Siglo VI, dijo que la iluminación por medio de la cual uno conoce la totalidad de su ser, es un regalo divino. Ella restaura el poder unificante del hombre, a través del cual él comprende la *unidad* que hay en todo, y de lo que él es una parte.

Si la iluminación es un aspecto de la experiencia mística, ¿en qué consiste entonces la experiencia mística total? ¿En dónde se adapta la iluminación? Generalmente, existen tres etapas

reconocidas de la experiencia mística: *purificación, iluminación* y *perfección*. La primera, purificación, es un reconocimiento de las flaquezas de nuestra personalidad; es un intento para autoanalizarse, para refinarse internamente, y un deseo de remover los obstáculos de nuestras propias acciones, correspondientes a los hábitos y costumbres, tanto mentales como físicos.

Hemos dicho que, de esta purificación, surge gradualmente la iluminación. Hay estados de separación gradual de la conciencia objetiva. Poco a poco, nos liberamos —aun cuando sólo sea momentáneamente— de tener nuestra consciencia ligada exclusivamente a las apariencias externas de las cosas del mundo. Desarrollamos una sensibilidad a las impresiones más sutiles que surgen desde dentro de nosotros y que forman el mundo interno. Esto es algo que rara vez lo logra la persona promedio: lo obtiene sólo parcialmente cuando ella puede separarse del aparato televisor y sentarse en meditación, o hasta en abstracción por unos pocos minutos. Si podemos hacer esto cada día, aunque sea por un corto período como de quince minutos, podremos dar los primeros pasos hacia la iluminación.

¿Es posible delinear los pasos por medio de los cuales puede experimentarse la iluminación, este gran esclarecimiento de la consciencia? Lo que sigue es un compendio de las etapas a través de las

cuales alcanzaron la iluminación aquellos que la buscaron sinceramente:

(1) El despertar del ser a una consciencia de una realidad divina o absoluta. Esta es la convicción personal de que hay un poder supremo, real, que lo penetra todo. Este despertar proporciona un sentimiento de júbilo, como la revelación de un fenómeno asombroso y placentero.

(2) Por primera vez, el ser se hace consciente de la belleza cósmica, es decir, experimenta la armonía de la existencia pura. Al mismo tiempo, uno comprende sus propias imperfecciones; intenta eliminarlas por medio de la disciplina, y esto constituye purificación.

(3) Cuando se consuma la purificación, llega la iluminación, que se obtiene por grados o etapas.

(4) A la prueba final se le ha llamado *Noche Obscura* o *Noche Obscura del Alma*. Es una prueba de la determinación del individuo. Es un desafío para que efectúe cambios drásticos en su forma de pensar, en sus hábitos y en su manera de vivir. Por ejemplo, uno no puede ser sensual hasta el grado de entregarse por completo a los sentidos físicos y a los apetitos, y todavía esperar ser sensible a la luz interna de la iluminación.

(5) La quinta etapa es cuando lo Absoluto no es disfrutado únicamente como una experiencia,

ni cuando es sólo un asunto de iluminación, sino cuando uno siente su *unidad* con toda existencia. Es cuando uno comprende que *es*, y, sin embargo, *no* es. Esto significa que uno sabe que es un mortal; empero, comprende la inmortalidad de la esencia que hay dentro de él.

En la vida práctica, la iluminación acompaña a la intuición y al idealismo. Nuestra intuición nos ayuda a formar una serie de peldaños para ascender. Cada peldaño, a su vez, es un ideal: cada ideal es más elevado y satisface más a nuestro ser psíquico. Entonces se puede progresar hasta lograr tener en consideración el bienestar de otros, el servicio a la sociedad, y, entonces, gradualmente se amplía con un mayor entendimiento. El idealismo prepara la consciencia para la iluminación.

La iluminación no es una mera abstracción. No es un aislamiento eventual del ser, de las cosas del mundo. Antes bien, es una *sintetización* de todas nuestras facultades y poderes, para que así podamos derivar el mayor beneficio posible de nuestro trayecto mortal aquí en la Tierra. Por ejemplo, ella provee una claridad de visión con respecto a los fenómenos, a las experiencias de la vida. El ser percibe y añade significación a éstas. La infinidad de la iluminación es que se logra una penetración más profunda del mundo natural, mientras que al mismo tiempo se penetra en lo

Cósmico. Estas dos direcciones son también como líneas curvadas que se encuentran en un punto. Así, ellas forman un total o círculo para un vivir más completo.

Capítulo VIII

CREATIVIDAD —SU MISTERIO Y MECANISMO

EXISTEN DOS CLASES DE motivaciones por medio de las cuales el hombre es obligado a actuar en la vida. A una podemos denominarla *compulsiva* y a la otra *autogenerada.* La compulsión a actuar es de naturaleza dual. Primero, están los instintos, tales como el innato instinto de conservación, la gratificación de los apetitos y el impulso de la curiosidad. Estas compulsiones surgen involuntariamente de nuestro interior: nosotros no las buscamos.

El segundo aspecto de la compulsión son las influencias del medio ambiente, como por ejemplo, las catástrofes naturales —inundaciones, incendios, sequías— y la huida de los peligros. Los actos que los acompañan, no son el resultado de ninguna reflexión previa que los inició.

Autogenerada, la otra clase de la motivación humana, es la que ha hecho progresar al hombre a la condición que llamamos *civilizada.* Los actos autogenerados son aquellos que se inician por

medio de la dirección consciente voluntaria de los poderes mentales del hombre.

En el Museo Egipcio Rosacruz pueden verse ejemplos de la evolución y expansión de los poderes creativos del hombre. En una galería de alfarería prehistórica vemos, por ejemplo, vasijas de barro de 8,000 a 10,000 años de antigüedad. Estas fueron hechas muy imperfectamente sobre un fuego descubierto y a mano, antes de que se pusiera en uso modelar las vasijas por medio de una rueda. Las superficies están oxidadas —ennegrecidas por el calor. Fueron creadas para satisfacer una *necesidad*, sólo por su utilidad.

Los procesos mentales del hombre son numerosos y complejos. Sin embargo, una palabra resume mejor estos actos, mediante los cuales el hombre dirige totalmente sus motivaciones. Esa palabra es *creatividad*.

Para una mejor comprensión de la palabra creatividad, podemos plantearlo desde tres puntos de vista: el filosófico, el psicológico y su aplicación. Generalmente, cuando pensamos en la palabra *crear*, en su sentido semántico, queremos decir el traer algo a existencia. Pero, ¿es una substancia o sólo una forma lo que el hombre crea? O, ¿puede una idea original en sí, ser una creación, independientemente de si obtiene substancia o forma? Examinemos estas palabras

separadamente y veamos si cualquiera de ellas se aproxima a la idea general que tenemos de *crear*.

¿Existe una substancia primaria fundamental en el universo? En otras palabras, en su base, ¿todo es realmente de una misma especie? O, ¿existen miríadas de especies o substancias en el universo, que no tienen una relación básica entre sí? Si todas las substancias que percibimos individualmente fueran tan diferentes a como se manifiestan a nuestra percepción, no habría nexos o vínculos entre ellas. Tal concepto, entonces, supondría un vacío entre las diferentes clases de realidades, un estado de no-ser. Y *una* cosa que no existe, no puede originar *alguna* cosa. No podría haber una condición de la cual se creara otra.

Por otra parte, suponiendo que toda realidad en el Cosmos pudiera reducirse a una simple substancia primaria, es isotrópico, es decir, es del mismo material que existe en todas partes. Si esto fuera así, entonces nada absolutamente podría ser creado, porque en esencia todas las cosas estarían fundamentalmente relacionadas. En realidad, nada podría traerse a existencia fuera de la substancia primaria del universo.

Consideremos ahora la *forma* y veamos si representa un acto de creación. ¿Qué es forma? Es cualquier cosa que produce sensaciones que tienen las cualidades que afectan nuestros sentidos

receptores. En otras palabras, las formas tienen, por ejemplo, color, peso, sabor, sonido, dimensión, o son calientes o frías, duras o suaves, y así sucesivamente. Ninguna cosa que se dice que tiene forma, está exenta de todas estas cualidades. Si así fuese, no podríamos experimentarla.

Sin embargo, podemos manipular en tal forma las fuerzas naturales de la substancia primaria, que una forma *parece* ser una creación. Pero no importa cuál sea su apariencia, posee una o más de las cualidades básicas que tienen todas las formas. Por lo tanto, desde el punto de vista filosófico, el hombre no puede crear nada que no tenga su origen en la substancia primaria del universo.

Empero, el hombre crea formas que íntegramente asumen una diferencia de cualquiera cosa experimentada previamente. Desde el punto de vista psicológico, esto sólo constituye un *cambio* en el orden de las cosas y un nuevo arreglo de lo que ya existe. El automóvil, el avión, el teléfono, la televisión y numerosos aparatos, no son en lo absoluto creaciones; son extensiones y desarrollos de factores existentes —elementos, fuerzas y fenómenos. Lo que es nuevo, entonces, es la *idea* por medio de la cual las cosas o condiciones pueden tomar para nosotros una nueva apariencia o estado.

La idea creativa puede originarse tanto objetiva como subjetivamente. En forma objetiva, la idea

creativa es causada principalmente por la demanda de una necesidad. Es el darnos cuenta de alguna insuficiencia, de una imperfección o desproporción que incita al individuo a remediar esa condición. Psicológicamente, podemos decir que es una insatisfacción que sentimos con un estado existente, que provee la motivación para crear aquello que la satisfacerá.

Para mayor aclaración, por ejemplo, lo que existe para nosotros puede ser satisfactorio en cualidad, pero parecer insuficiente en cantidad. El deseo de aumentar la cantidad, se convierte en la motivación para la idea creativa. Sin embargo, la necesidad de alguna cosa no siempre proporciona una idea para su ejecución. Un hombre puede poseer una suma de dinero, pero por alguna razón específica necesita más. Esto no quiere decir que necesariamente surgirá una idea en su consciencia para obtenerlo.

En esta forma objetiva de creación, la *razón* juega un papel importante. Uno debe reflexionar sobre la posibilidad de causas que suplirán la necesidad.

En el razonamiento debería haber un intento por encontrar una afinidad entre lo que se busca: en pocas palabras, ¿cómo puede extenderse lo que existe, para proveer aquello que se desea? No pueden haber grandes extremos entre lo que uno es o tiene, y el fin que desea alcanzar. Uno debería

pensar cómo puede usar sus potenciales o habilidades, como causas activas de las cuales pueden venir los efectos de las cosas deseadas. Es en ese momento cuando se efectúa en el subconsciente la asociación inconsciente. Surge una idea que, en su contenido, asocia el conocimiento presente y las circunstancias, con el fin que se está buscando. Dentro de la consciencia destella una idea con claridad autoevidente. La idea creativa sugiere cuáles elementos del *conocimiento*, de la experiencia, pueden usarse para arribar a la meta que se persigue.

La idea original puede no ser infalible: sin embargo, un fracaso provoca en uno un análisis crítico de las condiciones o pensamientos existentes. Esto hace que se seleccione un nuevo punto de partida, para que la mente enfoque su atención sobre él.

Uno no puede comenzar con sólo *querer* crear. Es necesario tener una idea general, con la esperanza de convertirla en realidad. A menudo es preferible analizar primero la idea de aquello que es deseado; en otras palabras, descubrir los elementos de los cuales se compone la imagen mental. En este proceso hay la probabilidad de que en la mente exista una idea afín que esté en armonía con el conocimiento que se tiene y con la meta deseada. La idea afín, por lo tanto, es un *intermediario*. Es creativa por tener el poder de

hacer que el conocimiento materialice lo que es imaginado y lo que se trata de obtener.

En resumen, existen dos accesos al método objetivo de crear con la facultad de la razón. Uno, como se ha dicho, es el análisis de los potenciales personales del individuo para descubrir aquello que puede cerrar el vacío entre la realidad y su objetivo concebido. La otra forma es tratar de encontrar en el fin deseado alguna conexión con las experiencias y el conocimiento de uno, dando origen así a la idea creativa afín, por medio de la cual se obtendrá lo que se anhela.

Debemos considerar ahora el aspecto *subjetivo* de la creatividad. Existen las ideas que relampaguean en la conciencia y que son justamente llamadas *creativas* y son autosuficientes: encierran el contenido, la originalidad y el método por medio del cual van a convertirse en realidad. Esas ideas creativas no son elaboradas, es decir, son espontáneas. En otras palabras, no hay un pensamiento consciente previo acerca de ellas. Las ideas creativas deben acreditarse a lo subjetivo, es decir, al proceso subconsciente de la *intuición*. Los místicos y los metafísicos se refieren a ellas como a un influjo del Cosmos o Inteligencia Divina; esto implica un proceso totalmente contrario, si no independiente, de las funciones mentales comunes. Los psicólogos, por otra parte, usan la

palabra *discernimiento* para el fenómeno de la intuición. Ambas definiciones implican una especie de superinteligencia.

La idea intuitiva que puede llegar súbitamente a la conciencia, es un compuesto de varias sensaciones de experiencias previas, no importa cuán original pueda parecer en ese momento. La forma que asume la idea puede parecer nueva. Sin embargo, está compuesta de las cualidades y elementos de experiencias pasadas. Una idea cuyos elementos fueran completamente nuevos, sería incomprensible para nosotros. No podríamos identificarla con ninguna realidad conocida, y, por lo tanto, no tendría ningún valor para nosotros.

En la memoria del subconsciente existen millares de ideas, derivadas de experiencias pasadas. El registro de tales impresiones y sus sensaciones, no fue suficientemente intenso a su tiempo, para que uno estuviera consciente de recibirlas. Estas ideas, relativamente adormecidas, no pueden recordarse voluntariamente, porque no sabemos que existen; están polarizadas, es decir, pueden ser atraídas o inducidas hacia ideas más dinámicas, las cuales se forman en la mente.

Por ejemplo, una idea que atrae el foco de atención por su perplejidad y sobre la cual uno puede haberse encontrado consciente por

determinado tiempo, la razón la enviará al subconsciente como un trabajo *incompleto* y quizás será olvidada objetivamente. La inteligencia o subconsciente trascendente, inicia un análisis de la idea que la mente objetiva ha puesto a un lado. El subconsciente hace una evaluación y un juicio superior, empleando también el suplemento de ideas previas que almacenó en el pasado. Se lleva a cabo una combinación y una relación entre ellas y la idea desechada por la mente objetiva.

Podría parecer que la idea desechada es más dinámica, debido a los pensamientos anteriores que se le dieron. Hay entonces una especie de sorteo y selección, y, finalmente, se establece una relación armoniosa. Esto da por resultado una *nueva* imagen mental, una idea intensa. Esta nueva idea tiene estímulos suficientes para introducirse en la mente consciente con una autoevidencia convincente.

Por lo tanto, la definición de *discernimiento* por intuición parece apropiada. Podría parecer una penetrante reexaminación subconsciente de la idea incompleta e inquieta que fue transferida al subconsciente por la conciencia objetiva. El tiempo que transcurre antes de que la nueva idea intuitiva entre a la conciencia objetiva, varía. Pueden ser horas después de que la mente consciente ha cesado de laborar con el adiestramiento del pensamiento, o semanas, y

hasta años después. De hecho, uno puede haber olvidado la idea original que estimuló el proceso subconsciente, así que, cuando se comprende la idea intuitiva, parece no estar relacionada con ningún pensamiento previo que pueda recordarse.

Mientras más se reflexiona sobre un asunto en el que se tiene un interés particular, más intenso es el poder de la idea cuando se transfiere a la memoria. Por lo tanto, por asociación es más capaz de atraer desde la memoria del subconsciente, aquellos elementos que coordinarán con ella.

Según la investigación neurológica y psicológica moderna, el hemisferio derecho del cerebro contiene los procesos por medio de los cuales ocurre la intuición. En ciertos individuos este *fenómeno psíquico* de la consciencia es más respondiente que en otros. Se ha dicho que es aun más responsivo en las mujeres que en los hombres.

La creatividad, sin embargo, debe ser alimentada objetivamente para que se convierta en una ayuda frecuente. Debe cultivarse la observación, porque ésta produce el elemento fundamental del cual se compone la experiencia y sus ideas. Tanto como sea posible, uno debería tratar de atribuir *significado* e *identidad* a lo que percibe. De la observación surgen en la mente

desafíos, en cuanto a la validez, las contradicciones y las diferencias de las ideas. Esto estimula la mente, y, por asociación da origen a las ideas creativas y al discernimiento profundo, o la motivación *intuitiva.*

La meditación, de la que se habla mucho actualmente, es la práctica para hacer a la mente consciente más receptiva a la liberación de las impresiones efectuadas por el trabajo del subconsciente. Es el cierre de un juego de puertas y la apertura de otras en la mente.

Capítulo IX

APLICANDO LA CREATIVIDAD A SU MEDIO AMBIENTE

NUESTRO MEDIO AMBIENTE es un estado complejo. Por una parte, consiste en el área geográfica en la cual estamos ubicados. Esto incluye condiciones físicas como altitud, clima y una abundancia o carencia de recursos naturales. Existen también otros factores que, si bien no son directamente el resultado del ambiente físico, tienen un efecto similar e influencian al individuo. Hay relaciones familiares, asociación con otras personas, sociedad, es decir, costumbres y tradiciones, doctrinas políticas y religiosas.

El ambiente puede ser tanto voluntario, como involuntario en la influencia que ejerce: a menudo es una combinación de ambos. Por ejemplo, nosotros no escogemos el ambiente físico en el cual nacemos, ni seleccionamos nuestra familia. Sin embargo, por nuestra propia voluntad podemos movernos después a otra área geográfica. Cuando maduramos y formamos nuestras preferencias, también podemos

seleccionar las personas con las que deseamos asociarnos.

En la vida de la mayoría de las personas, existen ciertos factores ambientales que son inevitables y a los cuales el individuo parece estar sujeto. Podemos usar la analogía de quienes trabajaban en las minas de carbón de Europa, hace un siglo o más. Era costumbre que el hijo debía seguir la ocupación de su padre. Cuando aún era muy pequeño, al niño se le hacía consciente de su obligación social y de lo que se esperaba de él en su vida laboral. Antes de que los gobiernos desarrollaran sus leyes laborales, estos pueblos mineros eran deplorables. A menudo las casas no eran otra cosa que chozas en donde abundaba la suciedad y no existían las condiciones de higiene adecuadas. Las mismas minas no estaban ventiladas apropiadamente. Los muchachos tenían que empezar su aprendizaje a una edad muy temprana, y, por lo tanto, tenían poca o ninguna oportunidad para educarse. Aquí, entonces, una persona estaba atrapada en su medio ambiente.

En nuestra sociedad moderna actual, hay muchas personas que por varias razones creen que no pueden superar o transformar su ambiente, y, por lo tanto, se someten a él. A menudo estas personas tienen alguna obligación moral hacia su familia o para otros, que ellas no

quieren violar con ningún cambio. Es frecuente que muchas mujeres jóvenes —y hombres— tengan predeterminado su matrimonio debido a una dote y a padres egoístas. Aquí, entonces, hay un medio ambiente que ellas han creado debido a un sentido moral fuera de lugar. Ellas no pueden haber establecido realmente las circunstancias desafortunadas en las que continúan viviendo, pero las perpetúan al negarse a cambiarlas o a luchar contra ellas.

El elemento del *idealismo* entra en el tema de la creación del medio ambiente. ¿Cuáles son las condiciones, los factores de la vida en los que el individuo desea entrar o que lo rodeen? Como analogía, consideremos el ambiente físico. Si lo desean y tienen la oportunidad de hacerlo, algunas personas vivirían en un área costera. Otras, prefieren las montañas o un valle fértil. Existen multitudes de personas cuyo ideal es vivir en un área urbana, en una gran ciudad metropolitana con su llamada sofisticación, conveniencias técnicas y facilidades. En lo que concierne a la creación del medio ambiente, por lo tanto, está relacionado al *idealismo personal* de uno. No existe una norma para que el medio ambiente pudiera ganar la aprobación o aceptación de todos los individuos.

En la creación de nuestro medio ambiente, hay un primer paso esencial para arribar a un

concepto acerca de qué es precisamente lo que deseamos. Por ejemplo, el deseo básico, ¿es un cambio del área donde vivimos? ¿Es la asociación con otros, una oportunidad de empleo, costumbres sociales o políticas? Es muy raro que el ambiente de uno sea indeseable en todos sus elementos. La persona promedio que desea una transformación de su ambiente, puede reducirlo a una circunstancia primordial que podría mantener firme, y que, si cambiara, le satisfacería.

La siguiente consideración es si uno posee el poder personal, es decir, la habilidad y los recursos para crear el cambio deseado. Ciertas circunstancias son innatas, son costumbres y tradiciones largamente establecidas en un lugar, que tienen la aceptación de la mayoría de la gente. Uno puede no aprobarlas —en su propia opinión, la gente puede ser hipócrita, intolerante o persigue metas obsoletas. Esto, entonces, origina un examen de consciencia: ¿tiene uno el derecho de imponer a otros sus puntos de vista y conceptos personales?

Sencillamente, si usted desea ser un cruzado y atacar aquello que cree que debe ser cambiado, asume entonces una gran responsabilidad por sus acciones. Se han hecho grandes reformas debido a las inclinaciones radicales. Las personas actuaron a menudo altruístamente en sus esfuerzos para crear un nuevo ambiente físico y psicológico. Lo

hicieron así con la intención de iluminar a la gente, conduciéndola desde una obscuridad en la que se pensó que se encontraba. La historia está llena con esas reformas exitosas con las que la humanidad se ha beneficiado, efectuadas por aquellos que desafiaron un ambiente tradicional estático. Sin embargo, existen también ejemplos de fanatismo, en donde la transformación se hizo para satisfacer un concepto personal, sin consideración de las consecuencias para la humanidad contemporánea.

Debe suponerse que el individuo promedio que desea crear un medio ambiente, no está aspirando a ser un cruzado o un mesías. Presentemos un ejemplo: un hombre tiene una esposa y tres hijos pequeños; viven en una gran ciudad, en una sección que está físicamente deteriorada. Muchas familias se han mudado a una nueva localidad, y otras están llegando a la suya a ocupar las viviendas desocupadas. El considera indeseables a los nuevos residentes: quizás ellos son sucios en sus hábitos, sus hijos son indisciplinados y los padres no tienen moral y normas éticas. Esto, entonces, se refleja en el lenguaje vil y en los hábitos ofensivos de sus hijos. El hombre de nuestro ejemplo, nota en los propios los efectos detrimentes de tal asociación.

El hombre y su esposa pueden *visualizar* una localidad ideal. En su cuadro mental, ven una casa

atractiva ubicada en una calle limpia, con una glorieta de hermosos árboles. También envidian que niños bien educados sean compañeros de juego de los propios. Sin embargo, la visualización es sólo un factor contribuyente al ideal del mejor medio ambiente deseado. En sí, psicológica, mística y prácticamente, es muy incompleto. De hecho, no es sino un estado mental que no tiene conexión con la realidad. ¿Qué es lo que el individuo va a atraer para que lo relacione con la realidad, sobre las condiciones actuales que existen? ¿Qué influencia o circunstancia va a poner en obra para *crear*, ès decir, para hacer la transformación?

El *autoanálisis*, o, para mejor decirlo, la autoevaluación, debería ser el siguiente paso. Mudarse a una localidad de acuerdo con el ideal visualizado y adquirir la casa deseada, es un asunto de tipo económico. ¿Tiene los medios? Obviamente no los tiene, pues de lo contrario, no permanecería en donde está. Es necesario, entonces, encontrar una forma para mejorar su estado económico. ¿Hay alguna forma de que su empleo actual pueda dar por resultado un incremento en su sueldo? De lo contrario, ¿hay una posibilidad de prepararse para otra ocupación o para avanzar en la que tiene actualmente?

El punto que está siendo establecido aquí, es que si el ideal no es un valor trivial, debe estar

relacionado con los potenciales verdaderos del individuo mismo. El va a ser el factor activo que atraerá el estado preferido. Entonces, ¿qué puede aplicar de sí mismo? En realidad, en esas creaciones vemos que el ideal tiene que ser dividido en etapas progresivas, por medio de las cuales va a obtenerse el final deseado.

¿Ayuda la intuición? Sí, en una forma práctica. Si uno no sabe cómo aproximarse a su ideal —a la creación de su medio ambiente— debería intentar ver sus componentes por medio de la reflexión y la meditación. En otras palabras, debe mantener en su mente el deseo de aprender cuál debería ser el acto inicial, es decir, cómo empezar precisamente. El proceso total debe ser un vínculo, una cadena de pensamientos y acciones eslabonados.

Suponiendo que uno no puede ver la posibilidad de un aumento de sueldo a través de la promoción a otra posición o de un adiestramiento más amplio para conseguir una oportunidad mayor. Desde luego, esto puede suceder. Puede haber un sinnúmero de circunstancias prevalentes que constituyen un obstáculo real a todas estas condiciones. Es muy raro, sin embargo, que uno esté privado permanentemente de algún mejoramiento en sus asuntos. Si la persona está sinceramente convencida de lo que ella es, entonces, al menos por el momento, su

ideal de crear un medio ambiente mejor debe ser pospuesto. Albergar un ideal sin el recurso de los medios para obtenerlo, puede dar por resultado una frustración agravante.

En una contemplación y meditación sinceras acerca de crear un cambio en el medio ambiente, el individuo eventualmente llega a una comprensión franca de sí mismo. Sabrá muy pronto los puntos vitales de su conocimiento personal. Primero, sabrá si tiene la preparación, el conocimiento, la experiencia o los medios materiales para crear lo que él desea. Segundo, podrá saber que no los tiene, pero que posee la determinación, la voluntad a esforzarse, a sacrificarse y a persistir, para obtener la habilidad personal y las cualidades necesarias. Si uno no llega a una de estas dos conclusiones, entonces su ideal no es otra cosa que una fantasía. En consecuencia, puede necesitar una nueva orientación de pensamiento, es decir, la formación de un ideal creativo menor, pero más alcanzable.

El fracaso de un individuo para obtener o realizar el ideal para la creación de un nuevo medio ambiente, no siempre es una falla personal. En ocasiones existen obstáculos insuperables, independientemente del potencial intelectual del individuo o de su fuerza de carácter. Por ejemplo, en un país en donde la gente está

oprimida políticamente, como bajo una dictadura tirana, entonces la iniciativa privada es también suprimida. En tal estado, el ideal elevado del individuo puede oponerse a la fuerza política opresora. Entonces, es extremadamente difícil, si no imposible, poner en obra un poder personal suficiente para crear cualquier cambio. Sin embargo, el individuo necesita no abandonar su ideal. Puede mantenerlo con una esperanza. Puede ser posible que encuentre el apoyo moral y verdadero de otros en una forma unida, para crear el cambio.

Crear un medio ambiente no siempre significa la alteración dinámica de las condiciones existentes. Mover lo que está inerte, algunas veces no es digno del esfuerzo requerido. El obstáculo puede ser tan grande en el ambiente en el cual uno vive, que la esperanza de atraer un cambio por el esfuerzo de uno podría ser fútil, o requeriría mucho tiempo en el espacio de la vida de uno. En tal caso, es mucha mayor sabiduría retirarse de las circunstancias y empezar de nuevo en otra parte. Después de todo tiene que recordarse que, aquello que está siendo buscado, no es sólo una afluencia de victoria y conquista, sino una nueva serie de condiciones o elementos diferentes para vivir. Una negativa obstinada a aceptar una mayor oportunidad de realizar lo que es deseado, debido a que uno está determinado a persistir y desafiar

una serie de condiciones, es un juicio muy pobre. Tal es la actitud de un cruzado, que no es forzosa para uno que desea crear otro ambiente para sí mismo.

La envidia puede causar el establecimiento de un ideal erróneo para crear. Uno puede suponer que la vida, el ambiente o las posesiones de otros que le rodean, son el *non plus ultra*. Al esforzarse para obtener esto, se pueden disipar los recursos personales, las energías, la salud, y la paz mental, sólo para encontrar desilusión. Si uno está formando un ideal modelado en la vida de otro, deberá sujetarse primero a un análisis completo. Debería determinar cuán efectivo fue para ese individuo para proporcionarle la más grande recompensa cósmica —es decir, la paz mental. Sin esta cualidad, ningún ideal es perfecto; ningún medio ambiente podría ser creado en el que ésta no sea lo esencial.*

*Consulte también el Capítulo Siete sobre "Idealismo".

Capitulo X

LA NATURALEZA DEL VALOR

EN TODOS LOS ASPECTOS del pensamiento y de la experiencia humanos, el valor juega una parte muy prominente. En consecuencia, una indagación filosófica dentro de lo que es la naturaleza del valor, es tan antigua como la historia del pensamiento en sí. Por lo tanto, para considerar el valor, un comienzo apropiado serán ciertamente los conceptos que los antiguos tenían acerca de él.

Entre ciertos filósofos del pasado, toda realidad, toda existencia, era dividida en dos categorías principales. Estas fueron llamadas el *macrocosmos* y el *microcosmos*. Literalmente, *macrocosmos* significa el gran universo. En ese tiempo, éste se relacionaba generalmente con nuestro Sistema Solar en particular. Por esto se significa el Sol y sus planetas. En los siglos posteriores, el hombre aprendió la relación que existe entre estos cuerpos El Sol sostiene este macrocosmos, este universo mayor, por la atracción que ejerce sobre sus satélites. De acuerdo con la ley universal de la gravedad, toda

cosa material en este macrocosmos, atrae y es atraída por cada una de las otras cosas materiales.

La otra división de la realidad a la cual se refirieron los antiguos, el *microcosmos*, significa el pequeño universo. Los filósofos designaron este universo menor como el hombre en sí. Declararon que su Sol o centro era el ser, la *consciencia humana*. En realidad, este sol o consciencia es el centro de ambos universos, el mayor y el menor, hasta donde concierne a la comprensión que tiene el hombre de ellos.

En consecuencia, las fuerzas de atracción en este microcosmos, de las cuales consiste el hombre, son sus facultades de *percepción* y *conocimiento*. En otras palabras, estas son su poder para percibir, para estar consciente y para conocer.

Es por medio de esta atracción, que el hombre trae la realidad a su entendimiento, hasta donde le permite su comprensión, y crea el universo del cual él es una parte. Por supuesto, toda realidad, con sus variados atributos, todavía existiría independientemente de la percepción del hombre y de su habilidad para conocerlos, pero no existirían para el hombre. El no tendría conocimiento del universo sin tales facultades.

Aunque el Sol permanece como el centro de nuestro Sistema Solar, éste y sus satélites se

mueven a través del espacio como una unidad en la galaxia de la cual ellos forman parte. Del mismo modo, el universo personal del hombre, el microcosmos que él compone, está siempre limitado a la unidad de su consciencia. El universo del que el hombre se da cuenta, depende de la aplicación de su consciencia. El mundo que percibe, está formado de hechos o abstracciones que son teorizados de las realidades. Pero todo lo que percibimos no siempre se conoce totalmente, es decir, no siempre tiene significación para nosotros, sólo porque lo vemos.

Por ejemplo, podemos ver un cubo que tiene determinados centímetros en tamaño y un cierto color. Pero, ¿qué significado tiene? ¿Tiene algún propósito o función? ¿Tiene algún efecto específico sobre nosotros? Es necesario algo más que su color, que su forma, para proporcionar un significado. Estas realidades que el hombre experimenta a su alrededor, no sólo componen un mundo de cosas, sino que componen también un mundo de *valor*.

Una cosa existe, desde luego, si es comprendida por nosotros, y, aún así, *debe* ser en el sentido de estar relacionada al ser. Tal relación es necesaria como un valor, si estamos ordenando apropiadamente nuestras vidas. La reacción que produce la experiencia dentro de nosotros, es la que da origen a la noción del valor. Si hubiera

valores erróneos, los ajustes de la vida a ellos serían obviamente peligrosos a la personalidad. En consecuencia, el valor es importante para nuestras vidas.

Consideremos el *ser* por un momento. Hemos expresado que el significado del valor, es la comprensión de ciertas experiencias del ser. Nuestra consciencia es algo más que una colección de impresiones externas y sentimientos internos. No podemos decir, por ejemplo, que la autoconsciencia es sólo una colección de visiones, sonidos, dolores, placeres y emociones, ni es autoconsciencia sólo la suma total de nuestros juicios. Lo que llegamos a distinguir como el *ser* de todo lo demás que experimentamos, es la comprensión de nuestra fuerza de voluntad. Es el conocimiento de nuestro propio arbitrio. Mientras podamos estar conscientes de impresiones, de cosas fuera de nosotros mismos, o de nuestros propios sentimientos internos, estaremos conscientes también de nuestro propio poder de preferencia.

Por lo tanto, tenemos lo que podríamos llamar una *consciencia de la conciencia,* y es ella la que da origen a la naturaleza del ser. Es esta voluntad o preferencia de acción de nuestra mente y nuestro cuerpo, lo que confiere valor a lo que experimentamos. Pero, al ejercitar esta preferencia, llegamos hasta a poner valor sobre la

voluntad. Llamamos a esta función voluntad, pero le asignamos una cualidad preferente que llamamos *ser*. Vemos, entonces, que el valor es esencial a nuestra verdadera autoconsciencia.

¿Cómo determinamos el valor? Todo lo que experimentamos cae dentro de categorías generales de valor hedónico. Con esto queremos decir que todas nuestras experiencias caen dentro de sensaciones o grados variantes de placer o dolor. Algunas sensaciones están tan interpuestas entre los dos extremos, que a nuestra consciencia no le parecen ni uno ni el otro. Estas sensaciones diferentes se convierten en *valores* para nuestro ser orgánico, para nuestra mente y nuestro cuerpo. Las sensaciones placenteras son deseadas y perseguidas. El placer, por lo tanto, es correctamente considerado un valor *positivo*. Es positivo porque nos produce una reacción para buscarlo y adquirirlo.

El dolor, la antítesis del placer, es considerado como un valor *negativo*. Un ser normal nunca busca el dolor. Sin embargo, puede impulsar al hombre a accionar, pero sólo en contra de él. Biológica y mentalmente, el placer favorece siempre algún aspecto de nuestro ser, de la personalidad. Sin embargo, si se abusa de él, ya no será más placer, sino que degenerará en dolor.

Los hechos que experimentamos en la vida, no siempre nos traen una respuesta inmediata de su

valor. Como dijo el filósofo Americano Josiah Royce: "Los hechos son realidades. Pueden ser descritas, pero no se debe traer apreciación de ellas". En otras palabras, los hechos pueden producir a veces efectos sobre nuestros seres, pero no originan ningún sentimiento de valor. Los hechos son, por supuesto, aquello que siempre es objetivo: son todo aquello que perciben nuestros sentidos receptores, como algo que se ve, se siente, se escucha y así sucesivamente. Pero el valor de los hechos de la experiencia, sólo se obtiene por medio de la *reflexión*. Es un proceso subjetivo para pesar la percepción, en conexión con lo que ésta hace al ser. En otras palabras, el efecto que el hecho tenga sobre nuestra naturaleza unitaria, constituye su valor para nosotros.

En esta consideración, recordamos la doctrina de las ideas de Platón. Para él, la experiencia objetiva, las cosas del mundo que percibimos, adquieren realidad para nosotros sólo en la medida en que ellas participan en ciertas ideas innatas que tienen todos los hombres. Son estas ideas, entonces, las que confieren validez sobre la experiencia.

¿El valor es siempre inherente? ¿Hay cosas que en sí mismas, como hechos, contienen los ingredientes, la esencia del valor? En otras palabras, ¿existen cosas en las que el valor es tan

objetivo como su forma, peso o color? El valor nunca es un ingrediente, es decir, una propiedad de los objetos de la experiencia. El valor viene después, como un efecto de alguna cosa que actúa sobre el hombre. Es una *valoración* y *evaluación* de las experiencias que se tienen, las sensaciones y pensamientos que tales experiencias invocan dentro de nosotros. La realidad, por supuesto, siempre es válida en sí misma. Es tan tangible y tan definida, como el grado de exactitud de nuestros sentidos. Pero la realidad no tiene valor, excepto en términos de la relación humana.

En nuestro criterio hemos llegado a establecer una serie de errores y rectitudes, bondades y maldades. Estas condiciones no tienen existencias separadas. Siempre están necesariamente relacionadas a cosas y eventos. Las realidades, los objetos de la experiencia y los valores, se atraen unos a otros. La palabra *error*, por ejemplo, no puede ser entendida apropiadamente, sin hacer referencia a alguna cosa o circunstancia que dé origen, a su vez, a algún pensamiento o sentimiento relacionada a ello. Si entendemos qué quiere decir la palabra *error*, es sólo porque recordamos alguna experiencia pasada o un precepto al cual aplicamos la palabra con anterioridad.

Muchos de nuestros valores, sin embargo, no representan juicios personales. No son la

consecuencia de una experiencia directa. Antes bien, son heredados en forma de tradiciones y costumbres. Llegamos a aceptar tales valores sobre fe, es decir, sobre la confianza en las reacciones que tuvieron otros hombres a eventos y cosas de sus vidas, y que nos han transmitido. Existen muchos tabús sociales y religiosos, cuyos valores aceptamos. Por ejemplo, no ayunar en ciertos días de fiesta religiosos, tiene el valor de un pecado para las personas de la misma secta. Ellas pueden no haber experimentado personalmente ninguna adversidad por no ayunar, pero es un valor si ellas acordaron ayunar sobre fe solamente.

Existen varias clases de valor. Hay valores biológicos que provienen del instinto de conservación. Hay también valores morales y éstos son principalmente dogmas religiosos. Pueden venir también de lo que el hombre llama los dictados de la consciencia, que, a su vez, es nuestro entendimiento de la conducta recta y errónea. Los valores estéticos se relacionan con un sentido personal de la belleza, en sus diferentes formas visuales y auditivas. Los valores utilitarios están expresados en términos de beneficios, algo que es provechoso, que es práctico o que puede ser útil para servir a una necesidad. Los valores económicos están relacionados a los utilitarios. Los valores económicos se relacionan

con aquello que contribuye a nuestro bienestar financiero.

En el campo de los valores morales, o la categoría del bien y del mal, la religión y la teología han tratado de establecer valores absolutos. Han expuesto que existen valores *universales y eternos*. Los han definido como una especie de influencia divina que, como alguna radiación misteriosa, desciende y pone su sello de bondad y maldad sobre los pensamientos y acciones del hombre en este mundo. Se dice que estos valores universales no surgen de la mente del hombre, es decir, no se originan dentro de él. Antes bien, estos religiosos conciben los valores universales como independientes de la influencia humana, pero obligan al hombre a aceptarlos, o a sufrir penalidades.

Sin embargo, sentencias o decretos tales como: amarás a tu Dios, honrarás a tus padres, no matarás, confiesa tus pecados, no son realmente valores universales: no tienen una existencia divina o mundana independiente de los mortales, como proclaman los religiosos. Más bien son creaciones objetivas mortales, reglas concebidas por el hombre. Cada una nació en la mente del hombre, por algunos efectos reales o imaginarios de una acción o eventos de su vida. Cada uno de esos valores universales concebidos, tiene una antítesis, es decir, un estado contrario o negativo.

Estos valores negativos son las cosas que se cree sobrevienen al hombre si rechaza los positivos. Ellos hablan de castigos y penalidades que producen dolor, remordimiento y angustia.

Aparentemente, valores tales como las bondades morales y religiosas, originan en el humano juicios y sentimientos. Son interpretados por el hombre como aquello que constituye lo *recto*. Casi toda la buena moral es el discernimiento humano, llámenle intuición si lo desean, en cuanto a qué conducta pondrá al hombre *en afinidad* con lo que le rodea. La buena moral es concebida como aquello que trae paz y armonía al ser emocional y psíquico. Puede suponerse entonces, que tal conducta es un valor divino y universal. De hecho, se ha dicho muy apropiadamente: "Las morales están sujetas a los valores".

Las pruebas de que no existen valores morales universales, se encuentran en la gran diversidad de dogmas religiosos. Como indicó John Locke, no existen reglas o regulaciones morales que no sean violadas por algunas naciones. Cada persona encuentra una especie de satisfacción espiritual en la conducta que se ha visto condicionada a aceptar.

Si se afirma que existen valores universales tales como la bondad divina, entonces todo lo que no está contenido en ella y que es contrario a ella,

debe ser malo. Esta noción, entonces, convierte al mal en una creación definida. Tal afirmación retrocede a la antigua teoría teológica de que Dios tiene un rival satánico. Este crea valores universales negativos, llamados maldad. Obviamente, tal doctrina pone al hombre en una posición perpleja. Por una parte, tiene que tratar de encontrar en la existencia hechos que encajen en la categoría de lo bueno, y por la otra, es obligado a tratar de escapar de la influencia del llamado mal universal, que le desafía. Pero el hecho de que algunos hombres seleccionen un curso en la vida llamado maldad, muestra que los valores son humanos y arbitrarios, y no universales.

Existe una doctrina filosófica llamada *meliorismo*, que tiene un significado muy importante para el valor. Meliorismo se deriva de la palabra latina *melior*, que quiere decir mejor. El filósofo William James dice: "El meliorismo considera que la bondad en el mundo no es ni necesaria ni imposible; se trata de una posibilidad que se hace más probable, al hacerse más numerosas las buenas condiciones". El mundo, sin embargo, tiene la potencialidad del bien excediendo al mal por la voluntad del hombre, motivándolo en la dirección correcta.

Pero el mundo sólo puede ser reformado en relación con el ser. Un mundo bueno es el que

contribuye a formar las cualidades positivas que se crean para el ser completo del hombre. Consideramos al hombre como un ser trino —tres seres fundamentales unidos en uno: estos son el *psíquico*, el *mental* y el *físico*. Cada uno de ellos tiene un valor positivo y otro negativo. Lo que son estos valores, depende de la reacción del ser a las impresiones que recibe.

Para el ser físico, la salud es el valor positivo. Es positivo y es llamado bueno por el hombre, debido a que la salud es satisfactoria para el ser físico. La enfermedad, entonces, es contraria, y, por lo tanto, es un valor negativo. El ser mental tiene sus aspiraciones, su satisfacción, al adquirirla. Esto, entonces, es un valor positivo. El valor negativo del ser mental es la frustración, con todas sus agravantes.

El ser psíquico, otro aspecto de la naturaleza trina del hombre, tiene sus sentimientos elevados, como las cualidades estéticas de la belleza. Estos sentimientos son una cosa muy separada de los apetitos y los encontramos en actividades tales como las artes y los valores morales. Estos son los valores positivos que son establecidos por el ser psíquico. Lo que es repugnante, que aflige emocionalmente, es el valor negativo del ser psíquico. Esto, por supuesto, son las deficiencias de lo positivo. Es su falta lo que lo hace relativamente negativo.

Ningún valor puede ser aceptado por sí mismo. Es siempre imperativo que el hombre pese primero un valor promulgado en contra de los elementos del ser. Nada debería ser declarado un valor positivo, a menos que contribuya a los valores positivos de los aspectos de nuestro ser, que hemos considerado brevemente. Como dijeron los antiguos sofistas, ¿Esto hace a cada hombre, la medida de todas las cosas? Sin embargo, en esta apreciación de los valores morales, el hombre está obligado a considerar ciertas condiciones relativamente *impersonales*. El hombre es un miembro de la sociedad, que es pragmáticamente necesaria para su bienestar. La sociedad, entonces, se convierte en una extensión del ser personal. En consecuencia, el hombre está obligado a adjudicar un valor positivo a todo lo que contribuya al beneficio de la sociedad. Al hacer esto, ella, a su vez, hace que progrese el ser personal del hombre.

El deber primordial que es forzoso para cada ser humano, es el de experimentar el valor tradicional, en relación a su existencia personal y a los tiempos en que vive. El debe determinar qué valores tradicionales tienen las cualidades esenciales requeridas por el ser.

El bien y los ideales están siempre relacionados, es decir, el ideal siempre aparece como lo bueno, al individuo que lo posee. Cada

ideal, de hecho, es concebido como un mejoramiento potencial de algún aspecto del ser o no podría ser sostenido como un ideal. Los ideales son motivaciones: sólo necesitan condiciones complementarias en nuestros alrededores y en nuestras formas de vivir, para hacer que se conviertan en una realidad que tiene tanto valor como el ideal. Nosotros extendemos además nuestro mundo íntimo, si nuestros ideales tienen un bien práctico. El mundo, entonces, es tan bueno como el hombre lo ve, y la bondad es sólo como el hombre la evalúa.

Capítulo XI

¿QUE ES PENSAMIENTO POSITIVO?

EN CUALQUIER CONSIDERACION de lo que es un pensamiento positivo, que es un término muy común actualmente, primero debemos tener una comprensión de la naturaleza de lo positivo. Lo positivo, aparte del significado especial que tiene en la electricidad, es la plenitud o *abundancia* de una cosa o condición. Digamos que una cosa es reconocida por su cualidad particular. Su estado positivo es, entonces, la representación completa de todos los elementos que componen esta cualidad. Es la afirmación absoluta de aquello que es necesario a su naturaleza. Decimos, por ejemplo, que algo está *positivamente* vivo, si manifiesta las cualidades básicas características de la vida, tales como irritación, asimilación excreción y reproducción.

Para usar una analogía que hemos citado anteriormente, un recipiente de un litro de líquido, es positivo en su estado o condición cuando está lleno. Cuando tiene una cantidad menor que su potencialidad, que su capacidad, es *negativo*. El recipiente de un litro no está

manifestando entonces su potencialidad, su verdadera naturaleza. En consecuencia, lo positivo es la plenitud de una *función* o *cualidad* de alguna cosa. Cuando algo carece de esa plenitud, es negativo, pero sólo en relación a cierta norma de plenitud que ha sido establecida para ello. Un cuarto de litro es una condición negativa incompleta para un litro, pero un cuarto es positivo en sí mismo, porque ese es el complemento o capacidad de su propia naturaleza.

Lo positivo siempre ha sido asociado con la acción. Por lo tanto, lo que se dice que está inactivo o inerte, es un estado negativo relativamente. Esta definición, no obstante, sólo se aplica cuando la esencia o la cualidad de una cosa es considerada como una acción. Obviamente, entonces, su opuesto debe ser lo inactivo. Por otra parte, utilicemos el ejemplo de un edificio. Su estado ideal es de estabilidad o inercia; así, la aparente falta de movimiento en tal ejemplo, sería su condición positiva. Sin embargo, si el edificio alcanza eventualmente un estado que por su uso ordinario produce vibraciones en su interior, entonces se diría que es una condición negativa. De aquí, conjeturamos que lo positivo y lo negativo son realmente términos cuyos valores no son innatos, sino que están relacionados a los conceptos humanos.

Todo *pensamiento* es una función activa. Requiere energía cerebral; por lo tanto, el pensamiento es moción. Sin embargo, no porque el pensamiento es activo, podemos decir que siempre es positivo en sus efectos. Filosóficamente, puede decirse que el pensamiento es *positivo* cuando impulsa al individuo a actuar. Cuando el pensamiento es causativo, cuando obliga a uno a objetivar sus ideas y ponerlas en acción, entonces es positivo. No obstante, esto no toma en consideración ningunos valores morales o éticos. En el sentido individual, un criminal que planea un robo y que lo ejecuta de acuerdo a un plan, ha sido positivo en su pensamiento. Los estrategas militares que planean los detalles de la guerra, que eventualmente materializan, tienen pensamientos positivos.

Cuando un grupo de individuos planean impedir u obstruir alguna función o aventura, y lo logran exitosamente, han pensado positivamente. Por medio de sus pensamientos, originaron que sucedieran ciertas cosas o condiciones. Digamos que dos naciones se enfrascan en una guerra y cada una planea vencer a la otra. Ambas son positivas en sus pensamientos, hasta el punto en que originan acciones que corresponden o participan en los pensamientos que tienen.

Desde el punto de vista místico y esotérico, un

pensamiento es positivo no sólo cuando es causativo, sino también cuando contribuye a cierto ideal moral o ético. Debe estar en armonía con lo que es interpretado o aceptado como un *bien*. En este caso, los planes de un criminal o los de un grupo que buscan atacar el bien aceptado, serían negativos. Esa negatividad es obviamente relativa a lo que se concibe que es bueno. Existen sectas religiosas que consideran negativas las doctrinas de sus rivales —es decir, negativas en cuanto a lo que ellas sostienen o creen que es divinamente correcto.

La palabra *negativo*, especialmente en el lenguaje metafísico, ha adquirido un significado pernicioso. Para dar respuesta a esta pregunta, entonces, consideramos que primero es necesario observar que lo negativo en sí, no es necesariamente adverso.

En relación con el pensamiento, la palabra *negativo* generalmente alude a la suspensión, posición o detención de una idea. Ello no implica que necesariamente sea mala en su intención. De hecho, un pensamiento malévolo, con la intención de hacer daño, puede ser *positivo*. La palabra positivo, en conexión con esto y como ya dijimos, se refiere a acción, movimiento, perfección. Como analogía, un individuo que planea un robo a un banco, psicológicamente está pensando en una forma *positiva*, puesto que su plan requiere una

acción dinámica. Sólo por el hábito en la expresión, por la costumbre, es que llamaríamos negativo a su pensamiento.

Para usar la misma analogía, la ley exige a los oficiales que aprendan la técnica del robo planeado y a que desarrollen un plan para poder prevenirlo: entonces, están pensando *negativamente*. De allí, uno puede ver que lo *negativo* tiene asociada una connotación adversa sólo en relación a su aplicación. En otras palabras, depende en si es usada en relación con un propósito constructivo o destructivo. Como analogía adicional, los estudiantes de metafísica pueden concentrarse para tratar de prevenir, por medio de sus pensamientos, las acciones declaradas de otro, que ellos piensan que son destructivas. Estos estudiantes de metafísica están tratando de evitar, de detener una acción de otra persona. Psicológicamente, su pensamiento, en propósito y función, es en consecuencia *negativo*, pero es por una razón benéfica.

Cada uno de nosotros puede estar inclinado a pensar que cualquier individuo o grupo, cuyos pensamientos y deseos se oponen a nuestros propios propósitos, están pensando negativamente. Por otra parte, desde su punto de vista, ellos pueden creer que sus actos son positivos, porque su intención es correcta, moral y éticamente. En consecuencia, podemos observar

que no es si el pensamiento busca detener o estimular algo, lo que lo hace bueno o malo. Antes bien, depende del *motivo* que haya tras ello. Si el pensamiento es producido por celos, avaricia o venganza, con la intención de dañar, de esclavizar o suprimir la verdad, entonces puede ser llamado negativo en el sentido moral y ético, ya sea que psicológicamente sea positivo o negativo en su acción.

Existen muchos que tendrían pensamientos negativos dirigidos hacia ellos, para detener lo que están empeñados en hacer. En otras palabras, los detendrían si fuera posible.

¿Puede un pensamiento negativo alcanzar la mente de otro? La respuesta es *sí.* Todo pensamiento es *vibratorio,* no importa cuál sea su contenido. Si el pensamiento puede ser transmitido —y nosotros sabemos que así es— entonces los pensamientos adversos pueden igualmente extenderse desde las mentes de aquellos que los conciben. Dependiendo de la habilidad del individuo para captarlos, pueden aniquilar el tiempo y el espacio tan rápidamente como lo puede hacer cualquier pensamiento constructivo.

¿Debemos suponer de esto, que todos estamos a merced de las personas malvadas y que los pensamientos que ellas transmitan nos causarán daño? Uno no puede ser afectado por tales

pensamientos negativos, si no desea someterse a ellos. Nuestros propios pensamientos de rectitud, de lo que concebimos como moralmente bueno, se encuentran en nuestro subconsciente en forma de leyes personales y habitan en nosotros. Su intimidad los hace *más fuertes* que los pensamientos adversos que recibimos de terceros. En otras palabras, los pensamientos de otros no pueden penetrar nuestra consciencia y obligarnos a actuar contrariamente a aquello que concebimos como bueno, si nuestros motivos se oponen a ellos.

Para usar una analogía, si conscientemente no llegáramos a actuar en una forma en que la sociedad en general, y nosotros en particular, consideramos que es inmoral, entonces nadie puede obligarnos con sus pensamientos a incurrir en tales actos. Nuestro propio sentido de la moral, nuestro propio ser interno, es el guardián del umbral de nuestra consciencia. Ningún pensamiento exterior puede vencerlo o superarlo.

Sólo existe una excepción: si no tenemos confianza en nosotros mismos y estuviéramos temerosos de que podríamos someternos a los pensamientos malvados de otros, si nuestra propia oposición fuera tan débil que pudiéramos ser afectados, entonces el pensamiento de otros podrá ser dañino. Sin embargo, psicológicamente ello no sería que sus pensamientos realmente

dominaron nuestra consciencia y nuestra vida. Antes bien, esto significaría que subconscientemente estábamos sugestionándonos a nosotros mismos que éramos débiles y podríamos sucumbir. Esta es la clase de *auto* envenenamiento mental que el Dr. H. Spencer Lewis explica en su libro bajo ese título. En él, refuta la superstición de la magia negra, la creencia en rudimentos y que el hombre puede ser esclavizado por los pensamientos de otros, proyectados hacia él. El Dr. Lewis demuestra que *la creencia* en eso, es el único factor peligroso; que por medio de eso envenenamos nuestras propias mentes.

Si solicitamos ayuda cósmica y deseamos conservar limpias nuestras mentes y mantener ciertos principios morales, entonces tenemos una protección contra cualquiera impresión que pudiera ser dañina. Nuestros propios pensamientos, repetimos, son más fuertes que los de cualquier origen externo.

Pero entonces se presenta la interrogante de que cómo sabremos si estamos siguiendo un sendero *negativo*. Un sendero negativo es cualquier acción seguida o adoptada por nosotros, que tiende a oponerse o a detener una causa constructiva. De nuevo está involucrada la cuestión del motivo. Analicen el motivo y la consecuencia de lo que van a decir o a hacer, o de lo

que planean como un curso de acción. Pregúntense a ustedes mismos qué resultados seguirán a eso. ¿Serán contrarios a sus normas morales o a las de la sociedad? ¿Tales actos ocasionarán un daño de cualquier clase a otra persona? Si la respuesta es afirmativa, entonces están siguiendo un sendero negativo. Es negativo en el sentido de que está previniendo lo que de otra manera podría ser una aventura constructiva.

En algunas ocasiones nos aventuramos en actividades sin darnos cuenta de que son de naturaleza adversa. Cuando al final descubrimos que es así, usualmente se nos provee con la oportunidad de rectificar lo que ha sido hecho o podemos prevenir futuras acciones. Aun estos esfuerzos para prevenir acciones erróneas, son negativos en sí mismos, como hemos dicho, debido a que están deteniendo algo; pero su propósito es *constructivo.*

Capítulo XII

¿QUE ES AUTOMAESTRIA?

LA MAESTRIA, como se aplica a todas las cosas, constituye la excelencia en algún arte o habilidad. Esto significa que el individuo tiene una proficiencia total en alguna actividad particular, ya sea mental o física. Esto se comprende si usamos el término común, maestro mecánico: denota que uno ha aprendido a dirigir, controlar y aplicar en exceso, un conocimiento específico, que otros no pueden hacer sin tal entrenamiento. La sola palabra *maestro* denota *acción*. Para ejecutar alguna cosa con maestría, uno debe *actuar*: debe ejecutar o perfeccionar alguna cosa. Tiene que obtener una supremacía sobre ciertas condiciones y cosas.

Es obvio que para ser un maestro, uno no puede ser pusilánime: por lo menos, debe tener suficiente fuerza de carácter para perseverar en aprender y obtener control sobre los elementos de su habilidad o arte. Nadie se convierte en un maestro de alguna cosa, sin esfuerzo personal. No es una virtud heredada, ni es un estado honorífico. Se necesita un esfuerzo considerable para obtener

cualquier maestría. Uno es un maestro en lo que sobresale, y tal excelencia es un asunto de aplicación.

En la maestría de la vida, el término implica que el individuo desea dirigir inteligentemente, primero, sus propios atributos y talentos hacia un final o propósito concebido. Desea guiar sus poderes personales, en lugar de permitir que ellos lo dirijan en cualquier dirección. Por ejemplo, uno no puede ser sino un animal, si permite que sus apetitos formen su único propósito en la vida, o puede disciplinarse a sí mismo para que sus deseos naturales, si bien satisfechos, sean dirigidos hacia algún propósito que el individuo conciba que los trasciende.

En segundo lugar, una maestría de la vida implica la creación de un medio ambiente o la dirección del mismo hacia un ideal personal. Tal maestría de la vida puede variar de un individuo a otro. Uno puede gobernar su vida de conformidad con lo que piensa que es una vida con un propósito determinado.

Así pues, *A* puede ser hábil y alcanzar éxito, en términos de sus propios valores. *B* también puede dirigir su vida como él concibe que está bien. Pero ambos pueden estar diametralmente opuestos en cuanto al fin para el que es útil tal maestría. Se hace patente, por lo tanto, que para una maestría de la vida universal, debería haber un objetivo

universal a ser obtenido. Si esto no se hace, la maestría puede ser egoísta, en el sentido común de ese término.

¿Qué elementos debería tener una maestría de la vida, que pudiera tener una aceptación universal? Primeramente, es obligatorio que el hombre sepa tanto acerca de sí mismo, como su inteligencia y facilidades lo hagan posible. Conociendo sus emociones y ambiciones, y evaluando honestamente su personalidad y sus hábitos, hace que la mayoría de los hombres reconozcan tanto sus debilidades como sus cualidades. Entonces, para obtener automaestría es necesario controlar las debilidades, eliminarlas de ser posible y fortalecer la personalidad. Esto requiere igualmente dar prominencia a lo que sabemos que son nuestras mejores cualidades. Este es el principio de una maestría personal.

El hombre es también un animal social: tiene un deber hacia la sociedad, ya que depende de ella, porque influencia su vida considerablemente. Ella puede afectar para bien o para mal su maestría personal. Además, debe hacerse un autoanálisis de la relación de uno con la sociedad. Para promover nuestros intereses personales, ¿mejoramos la buena sociedad, o, en alguna manera, la estamos obstruyendo?

Así también, ¿la sociedad necesita experimentar ciertos cambios? ¿Está

interfiriendo en alguna forma con la maestría apropiada de nosotros mismos? Es evidente que una sociedad que trata de limitar el pensamiento y expresión del individuo, está obstruyendo la automaestría del hombre.

Existe un aspecto decisivo en la maestría de la vida, que es la cuestión de lo que nosotros, como individuos, deberíamos hacer con nuestras vidas. La vida está a nuestra disposición, pero, ¿cómo deberíamos emplearla? ¿Hacia qué fines deberíamos dirigir nuestra existencia personal y la de la sociedad? La persona de mente espiritual y mística, solicitará cierta iluminación cósmica o divina al respecto.

Ella deseará que se le revele alguna norma de bondad, a la cual sean dirigidos todos los esfuerzos de la humanidad. Esto, sin embargo, no implica que uno debe descuidar sus deberes mundanos y sus ambiciones. Uno debe empeñarse en adquirir maestría en algún campo o profesión, por ejemplo. Puede buscar el éxito en una empresa y ser un miembro útil de la sociedad. Pero toda esa maestría debe estar *subordinada* a un ideal o principio elevado, concebido por lo que él siente que es su ser moral o espiritual.

Por ejemplo, ¿el hombre debería tratar de establecer sobre la Tierra una teocracia, una sociedad modelada en lo que él piensa que son los dictados espirituales de Dios y en los cuales él

cree? Si piensa así, entonces la maestría debe consistir en crear y dirigir todas las facetas de la experiencia dentro de uno mismo y de la vida, hacia ese noble fin.

Una total maestría de la vida, como hemos dicho, debe necesariamente tomar en consideración el ser moral. Todas las habilidades menores deben ser coordinadas en una. Pero, reiteramos, aun la maestría del ser interno, que es llamado la parte cósmica de nosotros mismos, requiere positividad de nuestra parte. No es una adquisición pasiva, sino dinámica.

El autocontrol y la confianza en sí mismo, son esenciales en la maestría personal.

Aristóteles definió la virtud como el medio entre un exceso y una deficiencia en la conducta humana. Para ser virtuosos, de acuerdo a esta simple definición, se requiere que uno sepa hasta qué punto lo que hace va más allá de lo requerido, o si falla en aportar la conducta que se espera de él.

Manifiestamente, el autocontrol tiene los mismos requerimientos: ¿Qué deberíamos controlar y por qué? El problema se reduce a nuestro código de éticas, morales y preceptos religiosos —si tenemos algunos. Si un dogma de nuestra religión prohibe el que se coma carne de puerco o de cualquier otra clase en viernes, y

deseamos ser conscientes en nuestra observancia a esta restricción, y, sin embargo, estamos tentados a satisfacer el deseo de comerla, entonces estaríamos enfrentando un problema de autocontrol. Otros que no tienen las mismas demandas religiosas, obviamente no necesitan controlar o restringir sus deseos de comer carne, o de no hacerlo así sólo en ciertos días.

El autocontrol se hace innecesariamente difícil para algunos, debido a lo que ellos se imponen sobre sí mismos como negaciones. Las creencias fanáticas que luchan con la naturaleza fundamental del hombre, frecuentemente hacen imposible el autocontrol. Uno debe observar cabalmente sus deseos impetuosos y entender que ellos no son debilidades de la carne o tentaciones de algún poder malvado.

Cada deseo, apetito o pasión que es normal y común a todos los hombres y mujeres, está concebido divinamente y *es una parte del orden cósmico* que creó al hombre, a su existencia y su consciencia en este plano. La represión completa o la abstinencia no es prudente, ya que realmente atenta oponerse a la Voluntad Divina y Ley Cósmica. Obviamente, cualquier filosofía o religión que sostiene tales restricciones, está en un error.

Por lo tanto, si el autocontrol requiere restricciones continuas de los instintos físicos,

sería más difícil y acarrearía la destrucción de la normalidad y de la buena salud. Por el contrario, si vivimos una vida normal, desarrollando lo mejor de nosotros, aceptando los deseos de la naturaleza y las razonables demandas éticas y morales de la sociedad, ningún apetito podría dominar nuestra consciencia.

Casi todos los deseos físicos desordenados son incitados por condiciones físicas subnormales o anormales. Por ejemplo, la concupiscencia, un deseo anormal, es el resultado de una enfermedad, la mayoría de las veces una anormalidad glandular. Controlarlo será difícil, hasta que la causa física haya sido remediada.

El sólo hecho de que un deseo funcional o corporal domine persistentemente nuestro pensamiento, algunas veces prueba la necesidad para un examen físico y una cura eventual. Cuando la curación ha sido efectuada, el autocontrol se hace muy sencillo.

Démosnos cuenta de que la *voluntad* en sí, es realmente un deseo *artificial*. Cuando deseamos hacer alguna cosa, es porque ese pensamiento domina todos los demás. Ese pensamiento es superior, está sobre todos los deseos *físicos* o *mentales*. Nos puede gustar ir de pesca, y, sin embargo, por nuestra propia voluntad nos quedamos en casa a cuidar algún miembro de la familia que se encuentre enfermo. El sentido de

obligación ha creado un deseo artificial, que cuando se expresa como fuerza de voluntad, nos gratifica más que el placer de pescar. Si no fuera así, no nos quedaríamos en casa. Hemos dicho que la fuerza de voluntad es un deseo artificial: es así debido a que es creado mentalmente. No es involuntario ni instintivo.

Los hábitos, sin embargo, tienden a debilitar la fuerza de voluntad en lo que respecta a su naturaleza particular. Muchas veces hay dos deseos en conflicto. Sabemos o creemos que uno es más correcto que el otro; sin embargo, nos sometemos a ese otro. Cuando hemos decidido o escogido así, hemos ejercitado la *voluntad*. Hemos originado y asignado más poder sobre uno de los deseos, que sobre el otro.

Cada vez que hacemos esto, la voluntad es combatida más fácilmente. Eventualmente, por repetición, se forma un hábito. La mente objetiva sugestiona a la mente subjetiva a que el hábito se convierta en una ley. Después de esto, siempre que se experimentan las circunstancias o los incidentes relacionados con el hábito, la mente subjetiva reacciona a ellas por el hábito, sin que estemos inclinados a hacerlo así, y algunas veces casi sin ningún esfuerzo consciente. Después de efectuado el acto del hábito, podemos arrepentirnos y desear haber tenido el autocontrol o la fuerza de voluntad para evitarlo.

En tales circunstancias, podemos fortalecer mejor nuestro autocontrol por medio de formar un contra-hábito. Cuando el hábito indeseado toma posesión, no es suficiente afirmar mental u oralmente "No lo volveré a hacer". Eso no será de ningún valor.

Tales esfuerzos y afirmaciones son pueriles, debido a que se han hecho muy tarde. Si hemos de tener la voluntad de refrenar el hábito, debemos hacerlo inmediatamente, porque la afirmación tardía no añade nada. Debemos crear competencia para los hábitos indeseables. Debemos preguntar: "¿Qué es lo que me llamó la atención con más intensidad? ¿Qué es lo que me gusta hacer que sea constructivo, saludable y moralmente apropiado, en lo que pueda yo condescender cada vez que caiga en la tentación de hacer un hábito indeseado?"

Cualquiera que pueda ser, si puede hacerlo fácil e inmediatamente, efectúelo por todos los medios. Puede ser que requiera un poco de fuerza de voluntad, pero puesto que a usted le gusta hacerlo, requeriría mucho menos esfuerzo que si intenta reprimir el hábito perjudicial.

Al hacer ésto cada vez que somos tentados, eventualmente formaríamos otro hábito que también llegaría a ser una ley en la mente subjetiva. Además, llegaría a relacionarse con el hábito no deseado y cada vez que el anterior

apareciera, la influencia o hábito opuesto haría lo mismo, y el autocontrol sería relativamente fácil. Una vez que se ha interrumpido la voluntad de controlar un hábito, el único remedio es lo que se ha sugerido. Un *contra-deseo* o un *hábito contrario*.

El tema de la autoconfianza nos lleva ahora a otro campo de reflexión diferente. Todo ser normal tiene cierto grado de autoconfianza, pero se tiene más cuando se es joven. Psicológicamente, el método más rápido de destruir esta característica es por medio de una serie de fracasos.

Esto ocurre especialmente si los fracasos reflejan nuestro buen juicio y habilidades, avergonzándonos inmensamente. No podemos evitar algunos fracasos en la vida, porque nuestro entendimiento no es perfecto, ni puede anticipar todo lo que pueda ocurrir; además, nuestras experiencias son limitadas.

Sin embargo, los fracasos extremadamente desalentadores, pueden ser prevenidos si nuestras aspiraciones no están por las nubes. En otras palabras, no debemos tratar de alcanzar lo imposible. Si vacilamos un momento y pensamos, sabremos admitir interiormente cuáles son nuestras habilidades, facultades y *limitaciones*.

A menos que hayamos tenido experiencias que nos hagan creer que tenemos la preparación

adecuada —física, mental, emocional y espiritual— no debemos tratar de alcanzar lo imposible. Es mejor empezar con metas que estén dentro de nuestro alcance, que sufrir fracasos totales.

Así como la realización de cada ideal nos estimula mental y físicamente, reforzando nuestra confianza en las facultades que hemos empleado, así también, los fracasos amenguarán nuestra autoconfianza y la fuerza de nuestras habilidades. No pongamos nuestras metas demasiado alto; en su lugar, proyectémonos hacia las cosas que tengan la probabilidad de ser alcanzadas. Debemos subir las escaleras a pasos y no tratar de alcanzar la cumbre con un solo salto. Cada vez que tenemos éxito, afianzamos más el dominio y coordinación de nuestras facultades, para ser capaces de avanzar un poco más alto y hacer un poco más la próxima vez.

Es frecuente que los padres, sólo por vanagloriarse, arruinen la autoconfianza de sus hijos al imponerles tareas demasiado grandes para su edad. El niño sabe lo que se espera de él. Cuando fracasa, su confianza en sí mismo comienza a menguar, y si esto continúa, con el tiempo se crea un complejo de inferioridad.

Observando conscientemente a los niños, podemos aprender lecciones excelentes en psicología. Un padre debe imponer a su pequeño

hijo una meta dentro de sus posibilidades y después preguntarle si él piensa que lo puede hacer. El niño deseará mostrar que puede llevar a cabo lo que se le ha impuesto. Si el padre expresa aparente sorpresa y alegría cuando lo hace, el niño se da cuenta de la satisfacción del éxito y su autoconfianza se fortalece enormemente.

Por lo tanto, permítanme decir: impónganse empresas difíciles, tal vez las que los obliguen a hacer un esfuerzo y a usar su talento todo lo posible, pero que estén *dentro del límite de sus habilidades* y las cuales tengan probabilidad de lograr. Cuando tengan éxito, habrán vencido no sólo las circunstancias, sino también a sí mismos, ya que habrán engrandecido su autoconfianza.

Capítulo XIII

MISTICISMO —UNA FORMA DE VIVIR

EL TEMA DEL MISTICISMO es muy extenso. Principalmente, esto es debido a la duración de tiempo que ha ocupado la atención del pensamiento humano, lo que ha dado por resultado las variadas interpretaciones que se le han dado. El misticismo ha sido tergiversado y forzado a apoyar diferentes conceptos religiosos y filosofías, pero el misticismo es en sí un hilo puro, a pesar de las distintas figuras que el tiempo ha tejido con él.

En su forma más pura, el misticismo puede ser dividido en tres categorías: *tradición, doctrina* y *aplicación.* Cuando pensamos acerca de la tradición, pensamos en algo que ya ha sido empezado. La tradición, entonces, es sólo el delineamiento de los actos o del desarrollo imaginado del misticismo. Pero antes de que el misticismo fuera una tradición, una palabra, creencia o sistema, debe haber sido una causa fundamental. ¿El misticismo se originó del medio ambiente humano? ¿Fue el resultado de una experiencia interna tenida por un individuo? O,

¿surgió por la necesidad de cierta satisfacción en la vida?

A través de los siglos, el hombre ha luchado por su independencia. Ha llamado a su lucha por varios nombres. Algunas veces es llamada *libertad* o *autoexpresión.* En realidad, una persona nunca puede ser absolutamente independiente, porque está muy dependiente de los impulsos del ser. Los instintos, las emociones y los apetitos, así como el razonamiento, le sujetan en una forma u otra. Con toda la charlatanería del hombre acerca de su independencia, él está muy consciente de su *dependencia,* y de las condiciones, influencias y factores de la vida, que están más allá de su control.

Recientemente fue descubierta en España una tumba. Se estima que su origen data de la era Paleolítica, o de mediados de la Edad de Piedra, aproximadamente hace 25,000 años. Además de esqueletos humanos, encontraron lo que parecían ser restos de comida, así como piedras pulidas configuradas singularmente. Estas piedras extrañas parecían ser alguna clase de artefactos simbólicos. Quizás fueron usadas como ofrendas hechas a cierto ser que se concebía estaba en otra vida. Ciertamente, la comida y otros objetos enterrados con este hombre de la edad de Piedra, son la posible evidencia de una creencia en la vida

después de la muerte. Los artefactos tienden a demostrar la dependencia del hombre sobre algo que trasciende esta vida.

¿Cómo podría el hombre atraer hacía sí el poder sobrenatural? Por otra parte, ¿cómo podría controlar y dirigir tales poderes? Esta indagación guió al hombre a la magia y a la religión. Es una cuestión debatible: ¿qué llegó primero, la magia o la religión? Un estudio de la religión antigua revela bases mágico-religiosas, mostrando que las dos están entrelazadas. Algunas de las religiones actuales reconocidas, continúan exhibiendo estas características de un fundamento religio-mágico.

Era natural que el hombre se volviera primero a sus congéneres buscando la solución de sus problemas. Durante la guerra, uno se vuelve hacia el fuerte, el valeroso. El cazador diestro era consultado a fin de encontrar los mejores lugares para cazar. A quien se pensaba que poseía una sabiduría excepcional o algunos poderes extraños, se creía que tenía comunicación con lo sobrenatural. Se consideraba que tal persona estaba próxima a los verdaderos poderes que el hombre buscó tener para que le fueran útiles. Los individuos enfermos de males extraños, como por ejemplo, los afectados por la epilepsia, se creía que estaban infundidos con fuerzas sobrenaturales. Aquellos que eran astutos, podían

engañar a sus compañeros haciéndoles creer que tenían poderes especiales.

De esta heterogénea clase de gente, surgieron los hechiceros, shamanes y sacerdotes. Con el tiempo, el sacerdocio se convirtió en una clase distinguida de la sociedad. Estudiaban métodos con los cuales hacían creer que invocaban a los dioses en favor de los hombres. Además, se pensó que, por medio de sus ritos y prácticas, los sacerdotes habían adquirido una definida relación con lo sobrenatural, que otros hombres no tenían. Aquí, entonces, existió una dependencia bastante obvia. Los hombres fueron obligados a volverse al sacerdote, quien actuaba como intermediario entre los hombres y los dioses.

El sacerdocio formó escuelas para divulgar el conocimiento acerca de los dioses. En estas escuelas hubo sitios iniciatorios, en los que se describían los misterios a los iniciados, en una especie de drama ritual. Los misterios explicaban cómo los dioses vinieron a existencia, morían y renacían. Explicaban la misión de los hombres sobre la tierra, y relataban también cómo los hombres podrían vivir, para asegurarse una felicidad inmortal.

En esas escuelas de los misterios, como la antigua escuela Osiriana de Egipto, los hombres buscaron primero un discernimiento dentro de la naturaleza de los dioses. Las escuelas de los

misterios se difundieron en Grecia y allí fueron preeminentes las escuelas Orfica y la Eleusina. Sin embargo, los ritos y las ceremonias egipcios, continuaron hasta finales del período Romano. Los iniciados en estas escuelas llegaron a experimentar una unión con su imagen de la deidad.

En Grecia fueron establecidos grandes centros de iniciación en Eleusis y en la isla de Delfos. Los griegos llamaron al iniciador, o al intérprete de los misterios, el *Mistagoge.* Nuestra palabra actual, *místico,* se deriva de la palabra griega *mystes.* El *mistae* era el iniciado en los misterios, a quien se le impartía, bajo juramento solemne, la gnosis o conocimiento secreto. Una antigua definición ritualística de la función de los *misterios,* llega a nosotros. Esta es: "cierro mis ojos y mi boca. Mantengo un silencio absoluto".

Sin embargo, algunos individuos comenzaron a tener *solos* experiencias poco usuales y de éxtasis. En su deseo sincero de conocer acerca de su relación con Dios, contemplaron los misterios. En cuevas, en los picos de las montañas, o solos en el desierto, bajo los cielos estrellados, meditaban. En sus meditaciones se preguntaban: ¿A qué se parece este Ser Supremo? ¿Qué podría uno sentir ante Su presencia? ¿Puede el hombre estar unido a la Deidad? ¿Debe el hombre estar separado de la Deidad por el inmenso espacio de los cielos?

Podemos suponer que, con tales pensamientos, quienes meditaban sentían como si una agradable tibieza llegara a ellos. Algo en su interior parecía remontarse al espacio. Ya no se sentían solos. La Tierra, las estrellas —*todo* parecía ser una parte palpitante del hombre en sí.

Estos místicos experimentaron una *unión*, una unidad con toda la realidad. Eran un íntimo canal personal para el poder de Dios, y ahora estaban conscientes de que no necesitaban hechiceros o sacerdotes —intermediarios— para recibir el poder cósmico. Estos individuos fueron los primeros místicos. Ellos descubrieron y proclamaron el fenómeno básico y los principios del misticismo. Se pensó que el hombre puede experimentar personalmente una unidad del ser, con lo que él defina como lo Cósmico, el Absoluto.

Aquí, entonces, había una puerta abierta a la omnisciencia. Sin embargo, el hombre se impacientó, deseando que la experiencia fuera rápida y fácil. También quiso prolongarla para escapar de las demandas que la vida le imponía. Como resultado, las interpretaciones objetivas de estas experiencias internas se distorsionaron. Por siglos, no hubo un método proclamado universalmente para obtener la consciencia mística. No existía un análisis conciso de los estados de la experiencia mística, e, igualmente, no se aceptaba una explicación general de los

efectos fundamentales que tiene el logro místico para el hombre.

El tiempo y la reflexión filosófica falta de emoción, han cambiado estas condiciones. Este pensamiento reflexivo nos ha permitido examinar, a través de los reportes de experiencias místicas planteadas racionalmente, sus métodos y efectos, y después categorizarlos. Esto nos conduce a la segunda categoría del misticismo: la *doctrinal*.

Las etapas hacia el esplendor de la consciencia —el éxtasis— pueden ser reducidos a un orden sencillo. La esencia de cada etapa es, sin embargo, inefable. Al menos, es tan personal, que nadie aceptará la interpretación de otros como descriptiva de su propia experiencia. Aun cuando hablamos de doctrinas místicas, no se puede fijar una norma o credo del misticismo. A lo más, las doctrinas son sólo un sistema de reglas de conducta, para ayudar a una obtención del estado místico. Sin embargo, de variadas experiencias personales, se han desarrollado ciertos principios, como doctrinas. Como dijo un místico: "Nosotros sólo podemos comunicar nuestro sistema, nunca sus resultados".

El misticismo debe ser una experiencia personal. No es una acumulación de hechos. El misticismo es un "sentimiento", una especie de *experiencia vívida* especial, no sólo un

conocimiento. La consciencia mística debe ser considerada un escalón de subida. Es un ascenso de la consciencia, hacia una etapa final de unidad de todas las fases del ser.

Dionisio de Areopagita, el primer converso del Apóstol Pablo, fue uno de los grandes maestros y místicos. El decía del misticismo: "Provee las cosas más elevadas y divinas que son dadas a nosotros, para ver y saber". Este "ver", por supuesto, significa un *conoçimiento interno.*

Una doctrina del misticismo niega que el conocimiento esté limitado a un desarrollo de nuestra conciencia normal. Además, niega que la razón sola es el único canal a la verdad, porque tal método es irremediablemente incompleto. Esta doctrina proclama también que en el corazón existe un glorioso reflejo intelectual, en el que el hombre puede percibir la verdadera naturaleza de las cosas. Esto, por supuesto, es un fraseo alegórico, referente a la perspectiva más completa de la realidad, que yace más allá de nuestra conciencia superficial.

El misticismo expone que, la meditación apropiada, captura al ser completo. Esa meditación integra en el subconsciente los varios niveles del ser. La luz que se alcanza en la meditación, provee un maravilloso discernimiento. Ha sido afirmado que una hora de tal luz interior, provee a una persona con más

conocimiento, que el que se puede derivar en mil horas de estudio.

Debemos entender, por supuesto, que esta luz y conocimiento no se relacionan con hechos acumulados. No es sólo percepción, en el sentido común de la palabra. Antes bien, es una *apercepción,* un entendimiento y una apreciación de las experiencias de la vida. Es un algo que se percibe —hacemos esto cada hora que nos encontramos despiertos— pero es algo muy diferente al entendimiento de lo que vemos, oímos y sentimos en la vida. Otra doctrina mística proclama que la perfección no es sólo una obediencia a las necesidades del cuerpo, sino una obediencia a la verdadera luz del ser interno.

La técnica del misticismo consiste en los medios para obtener la experiencia mística, creando la *unidad* del ser con el Ser, y, finalmente, la unidad del ser con Dios, el Absoluto o lo Cósmico. De la experiencia perfecta, surgen todos los beneficios que se han acreditado al misticismo. Debemos darnos cuenta, sin embargo, que cada experiencia mística es parcialmente un producto de nuestro medio ambiente social e intelectual. Ninguna experiencia que tenemos, está separada de nuestras costumbres, creencias y conocimiento. Cada experiencia está enmarcada por nuestras ideas, y dentro de las limitaciones de nuestra comprensión.

Existen tres tipos principales de experiencia mística. Primeramente, es una comprensión jubilosa de lo Absoluto. No es una unión consciente con lo Absoluto; el ser continúa comprendiendo su separación. No se sumerge en lo Cósmico, sino que tiene un conocimiento de él.

El segundo tipo de experiencia es una percepción profunda. Es una gran claridad del fenómeno del mundo —nuestro mundo de cada día. El poeta místico Blake, explica esto cuando dice: "Las puertas de la percepción son nítidas".

El tercer tipo de la experiencia mística es cuando se aviva la consciencia psíquica. Se dice que hay un diálogo entre la conciencia superficial y los niveles profundos de nuestra consciencia. Esto puede ser interpretado como que existe un flujo profundo de impresiones intuitivas, o, podemos decir, de *iluminación.*

En la última etapa de la experiencia mística, *todo* es *uno.* Parece que el hombre percibe una conexión unificante, que enlaza todos los particulares, todas las miríadas de cosas que existen en el mundo. En otras palabras, el *uno* parece ser aquello que da existencia a todas las cosas. Esto es exactamente lo que los científicos están tratando de descubrir por medio de métodos físicos —una verdadera unidad básica para el universo y su fenómeno.

En relación con la experiencia mística, existe también lo que se conoce como los *efectos mentales*. Estos son estados de *discernimiento* y de comprensión profunda que puede ser un sondeo para el intelecto. Lo que se comprende como resultado de ello, es una convicción personal que el escepticismo de los otros no puede desafiar.

Místicos y teólogos tales como los eruditos cristianos Alberto Magno y Tomás de Aquino, declararon que todas las revelaciones divinas eran *verdaderas* y debían aceptarse por fe. Siempre que haya una contradicción por parte del razonamiento, éste último debe dar paso a la fe y a la revelación. En filosofía, la razón era libre para especular sobre todos los temas, menos sobre las verdades reveladas de la teología. Se declaraba, sin embargo, que la razón podría demostrar a veces la verdad de la fe y de la revelación. Los místicos afirmaron, además, que la *intuición* era un agente de la verdad, y aún igual que la revelación. Por medio de la intuición, que supera el razonamiento simple, uno podría adquirir la verdad, con respecto al funcionamiento de la naturaleza y del Cosmos.

Además, la intuición, por su claridad autoevidente, podría inspirar y guiar el razonamiento para que el hombre pudiera demostrar y objetivar la verdad. Se sustenta que

así le es posible, por los medios trascendentales de la intuición, obtener un vislumbre del incipiente estado de las cosas, una visión prístina, por medio de la cual puede transformar la realidad en causas naturales y traerlas dentro de un alcance que él pueda experimentar.

Relacionado también con la experiencia mística, está el efecto de la transitoriedad. Esto significa que la experiencia mística no puede mantenerse por un largo período —una media hora a lo sumo. La mayoría de las experiencias místicas son de una duración de pocos segundos. El lapso de tiempo, como el de un sueño, puede parecer más largo. La experiencia mística puede debilitarse fácilmente en la memoria, pero recurriendo a experiencias desarrolladas con anterioridad, eventualmente pueden recordarse los detalles.

La última categoría del misticismo, es su *aplicación,* es decir, su valor y su mérito para nuestro diario vivir. El misticismo no debe interpretarse como un escape de la realidad, ni que es impráctico en su efecto final. La iluminación proporcionada por el misticismo, ocasiona una agudeza de razonamiento. Amplía las perspectivas de uno ante las vicisitudes de la vida. Como dijo el Dr. H. Spencer Lewis: "Ella pone al hombre en asociación con el Cosmos. El hombre se da cuenta de que no está solo: sabe

cómo suplir sus poderes objetivos limitados. Así es fortificado en sus situaciones críticas, en las exigencias que se le imponen".

En la experiencia mística, tanto el *sujeto* como el *objeto,* se fusionan en armonía. Sencillamente, hay un espacio muy corto entre lo que experimentamos y nuestra comprensión de ello. En consecuencia, esto reduce los temores y las supersticiones originadas en la duda y la ignorancia.

Para finalizar, debe establecerse que un místico no tiene que ser necesariamente un creyente de una religión organizada. Plotino, uno de los primeros grandes místicos, fue un filósofo neoplatónico, no un religioso. Albert Einstein, contemporáneo, dijo: "La emoción más profunda y hermosa que podemos experimentar, es la sensación de lo místico. Es el sembrador de toda ciencia verdadera".

Capítulo XIV

SUGESTIONES AL SER INTERNO

¿QUE QUEREMOS DECIR con sugestión? ¿En qué consiste ésta? Esas preguntas entran en el campo de las semánticas, es decir, en la naturaleza básica de una palabra en sí. Al analizar las condiciones que hacen surgir la palabra *sugestión,* encontramos que mucho de lo que comúnmente se le atribuye, *no* está relacionado realmente con ella. Una sugestión es una palabra, un signo, o un gesto que transmite una idea *no expresada directamente* por la palabra en sí.

Se notará que una sugestión es diferente a un símbolo. Este último intenta representar una idea específica *directa* y *simplemente.* Psicológicamente, la sugestión debe encontrar una asociación o relación con una idea que tiene en mente el que la recibe, o de lo contrario no significa nada. En otras palabras, debe despertar alguna idea en la mente de la persona a quien se le hace, o no es una sugestión.

Usemos una analogía para dar a este punto mayor claridad. Supongamos que dos hombres

están trabajando bajo la brillante luz solar. Uno protege continuamente sus ojos, tanto por comodidad, como para ver mejor. Entonces, ofrece al otro hombre unos anteojos para el sol, pero sin decir nada cuando lo hace. He aquí una sugestión. Da a entender que los anteojos deben usarse para proteger los ojos. Indirectamente, los anteojos están asociados con la intención y la acción del individuo de proteger sus ojos.

La inteligencia y la imaginación de un individuo, son también factores contribuyentes que hacen que incidentes o condiciones se conviertan en sugestiones. Una persona puede ver en algo una sugestión; otra puede que no. Como otra analogía, una persona puede tener dificultad para cargar varios objetos de diferentes proporciones. Quizás se le deslicen de los brazos mientras camina. De pronto, ve varias cajas de cartón amontonadas contra la pared de un edificio. Esto le *sugiere* que una de esas cajas aguantaría todos los objetos que lleva y le facilitaría cargarlos.

Por consiguiente, podemos ver que una sugestión no debe ser sutil o tener mucha relación con alguna idea en la mente de la persona a quien se le está haciendo. Debe expresar clara, aunque indirectamente, una posible relación. La sugestión es común y eficazmente usada en conexión con los modernos medios de publicidad.

A mediados de verano, un anuncio puede mostrar un vaso conteniendo una bebida refrescante y estar colocado entre pedazos de hielo; las gotas de humedad y la escarcha pueden verse en la parte exterior del vaso. Quizás, además de éste y el hielo, haya una ilustración de un gran termómetro, demostrando la alta temperatura del verano. Si el anuncio está en la vitrina de una tienda, el que lo lee lo asocia inmediatamente con el calor del día y su sed.

El uso *ineficaz* de la sugestión se ve a menudo en ciertos tipos de extremado arte abstracto. Las manchas de colores en el lienzo, las formas geométricas entrelazadas y la confusión de diseño en tales pinturas, tienen un significado muy definido para el artista. Para *él,* expresan objetivamente un impulso subconsciente o una impresión que ha simbolizado en su arte.

La relación entre el diseño y la emoción del pintor es enteramente íntima y está relacionada sólo con él mismo. Raramente produce en otro que contemple el cuadro, la misma interpretación y el mismo sentimiento o emoción que el artista intentó dar a entender. En lo que se refiere al que contempla la pintura, el tema es sutil, bastante indirecto y muy apartado de sus propias ideas.

Si expresamos alguna observación directa que transmite en sí una idea, no es entonces una

sugestión en el sentido psicológico. Más bien, es una proposición. Las proposiciones son llamadas muy frecuentemente *"sugestiones"*. Usemos otra analogía para una mejor explicación: supongamos que una persona le dice a otra: "No sé que hacer este domingo; tengo el tiempo completamente libre".

La otra persona puede responder diciendo: "¿Por qué no asiste al espléndido concierto público que se llevará a cabo en el parque ese domingo por la tarde?" Comúnmente se diría que la segunda persona ha hecho una sugestión. Sin embargo, en realidad esa persona ha expresado directamente una idea en forma de una *proposición.* Su comentario transmitió muy claramente su idea o intención. Para que sea comprendida, no requiere asociación de ideas de parte de la persona a quien se le hizo.

Con frecuencia podemos ser víctimas del erróneo uso de la palabra *sugestión.* Quizás en cierta literatura se debería hacer referencia a una "proposición", un "mandato" o una "súplica", dependiendo del asunto que trate el material de lectura en particular. Esto es especialmente así cuando se trata de comunicar una idea al subconsciente.

En nuestras relaciones con la mente subconsciente, el ser *interno* de nuestro ente psíquico, es

necesaria la franqueza e ir directamente al punto, cada vez que sea posible. El propósito es implantar una idea específica en la mente subconsciente, para que ésta pueda actuar en una forma definida. Por lo tanto, en nuestras meditaciones debemos formular clara y exactamente la idea que va a comunicarse. No es necesario complicar la situación, siendo indirecto y sutil.

Según se dice en los estudios místicos, uno debe determinar primeramente el mérito de nuestra súplica o proposición. Debemos enterarnos de si es compatible con los principios Cósmicos, si es apropiado moral y éticamente, de acuerdo con nuestro sentir y pensar con respecto a lo que es correcto, porque, si lo que proponemos no es Cósmicamente correcto, o si es contrario a nuestro verdadero sentido moral interno, el subconsciente, el ser interno, no actuará sobre ello.

Por supuesto, puede que algunas veces no sea posible que expresemos al ser interno, concisa y simplemente, sobre qué deseamos que actúe. En tales casos, la idea puede entonces ser sugerida por algún acto o gesto que lo representará, simbolizando más apropiadamente lo que deseamos se haga.

Para que una idea se implante firmemente en el

subconsciente, tiene que tener cierta potencia, es decir, debe tener poder e impacto emocional. Debe representar nuestra voluntad y determinación. Si no existe ese estímulo, no se registra en el subconsciente.

Supongamos que alguien experimenta una crisis en su negocio o en sus asuntos personales. El modo de actuar erróneo, con respecto al problema, puede dar por resultado una seria pérdida personal. El individuo no ha podido llegar a una decisión convincente y lógica en cuanto a lo que debe hacerse. Por lo tanto, desea la ayuda intuitiva del ser interno, para recurrir a su criterio superior. Si, con profundidad de sentimientos, traza claramente el problema en su propia mente y después pide inspiración e iluminación sinceramente, la mente subconsciente trabajará en el problema.

De ahí en adelante y por unas veinticuatro horas por lo menos, el suplicante, como podríamos llamarle, no debe ocuparse más o pensar en el problema objetivamente. Debe dar al ser subconsciente la oportunidad de asumir la dirección, es decir, de ocuparse del asunto en cuestión. En la ciencia de la psicología, este procedimiento es llamado "trabajo inconsciente". Esto quiere decir que, aunque no estamos conscientes de lo que se está haciendo, la mente subconsciente está trabajando en la idea.

Finalmente, la respuesta o solución, si ésta es posible, se recibirá como una ráfaga intuitiva o una corazonada, como se le llama popularmente.

Cuándo sucederá exactamente tal cosa, es difícil decirlo. Si se recibe, usualmente llega después de veinticuatro o cuarenta y ocho horas. Sin embargo, sólo sucede cuando uno primero se ha esforzado sinceramente por alcanzar una decisión o solución *objetivamente*. Debe ser una súplica verdadera y apasionada al subconsciente, al ser interno. No debe hacerse evasivamente, es decir, evitando el esfuerzo de alcanzar una solución por medio del uso de nuestros propios poderes objetivos.

Si sabemos lo que debe hacerse en cualquier circunstancia y deseamos ayuda cósmica, entonces podemos sugerir la solución a lo Cósmico. Supongamos que un miembro de nuestra familia va a someterse a una operación quirúrgica. Si visualizamos las circunstancias, es decir, si vemos a la persona mejorando, saliendo del hospital y recuperando su salud, sugerimos que el poder cósmico sea usado para originar ese cuadro.

Para concluir, tenemos que reiterar que la sugestión al subconsciente debe tener un estímulo fuerte y emocional, como deben tenerlo todas las proposiciones directas, o, de lo contrario, no son eficaces. Recuerden, es nuestra obligación natural

usar primero nuestra voluntad para producir una conclusión satisfactoria o para satisfacer algún deseo. Es forzoso que hagamos esto. Es por eso que tenemos voluntad, razonamiento, imaginación, etc. Sólo cuando fracasamos y no logramos la finalidad deseada con el uso de los poderes personales, es que debe hacerse la súplica al subconsciente. De hecho, una voluntad débil e indiferente, que podría ser la causa principal de fracasar objetivamente, es también incapaz de estimular el subconsciente o el ser interno, para que actúe de alguna manera.

Capítulo XV

¿QUE ES LA MEDITACION TRASCENDENTAL?

EN LO QUE SE RELACIONA con la cultura, con las filosofías, las artes y las ciencias, existen modas, tal como las hay en la forma de alimentarse y en la ropa. Los tópicos de la moda no siempre son conceptos originales. A menudo representan prácticas y costumbres antiguas que son súbitamente popularizadas en una forma modificada. Para los diletantes que ceden a ellas, son impresionantemente placenteras y originales. Tales intereses, sin embargo, pasan a través de un breve ciclo de aceptación intensa de parte de una gran parte del público, quien está buscando siempre formas de escapar de su aburrimiento. Eventualmente, estas actividades vuelven a su canal original de probidad, en donde tienen una naturaleza más duradera para el aspirante y estudiante verdadero.

Una de las modas actuales tiene el descollante título de *meditación trascendental*. Ha atrapado la atención de la prensa y los periódicos populares, debido a que algunos de sus seguidores

transitorios son personalidades de las artes populares —del escenario y la pantalla. Siempre hay mentalidades que se impresionan mucho por cualquier cosa que puede atraer a las celebridades del momento. Psicológicamente, quizás, sienten que si ellos persiguen intereses similares, asumirán indirectamente algo del *glamour* de tales personalidades. Esto trae por consecuencia, la excitación del interés momentáneo en la meditación trascendental.

¿Qué es la meditación trascendental? ¿Qué beneficios puede producir? ¿Es completamente aplicable en la cultura occidental? El budismo incorpora la meditación como un requerimiento básico de su religión-filosofía. Aunque el budismo como movimiento mundial adopta la meditación, es empero una doctrina sincrética en tal movimiento. En esencia, la ha adoptado de escrituras védicas más antiguas. En el idioma pali (antiguo dialecto de la India), el que se dice que estaba en uso en los tiempos de Gautama Buda, la palabra *meditación* es conocida como *dhyana.* La práctica era asociada con la vida de recogimiento y la concentración de la mente sobre un *pensamiento único.*

En el antiguo período védico, el requerimiento para hacer penitencia incluía ciertas exigencias corporales, hasta el punto de llegar a un sufrimiento personal y psíquico. Pero en el

período posterior, ocurrió una transición de esa práctica, que consistió en iniciar la penitencia meditando sobre un símbolo sagrado —un mantra. Los métodos varían, pero son colectivamente "un método universal de la cultura mental de todas las escuelas religiosas de la India".

En el budismo es muy necesario distinguir entre la *meditación* y la *abstracción.* La meditación se convierte en abstracción cuando el sujeto y el objeto se mezclan completamente. En otras palabras, cuando el que medita y aquello en lo cual está meditando se compenetran tanto en *uno,* que él ya no puede estar más consciente del ser —eso es absorción.

En esta práctica, parecería que aquello sobre lo cual se está concentrando —el objeto— ya sea un símbolo o cualquiera otra cosa, es sólo un medio para capturar la conciencia objetiva. Aparentemente, se pierde por un momento la conciencia del ser, que ordinariamente se percibe.

En la meditación de los budistas, existen métodos preparatorios altamente complicados. En los textos preparatorios se nos dice que un principiante cuyo carácter fuera irritable, podría tomar como práctica el amor. Debería considerar a todos los seres como si fuesen sus padres o hermanos. En este tipo de meditación, debe

incluirse él mismo en sus deseos de bienestar y felicidad.

Además, un novicio que es indeficiente para meditar, debe primero practicar "contando sus inspiraciones y expiraciones, es decir, el ritmo de su respiración". A quienes encuentran dificultad para reprimir sus deseos impuros, se les instruye que mediten sobre la impureza y la transitoriedad del cuerpo humano. Esta advertencia psicológica es para grabar en la mente del individuo que sus deseos están relacionados principalmente con sus funciones orgánicas, que son evanescentes, y, por lo tanto, no son dignos de prestarles consideración.

Un principiante torpe "debería practicar meditando sobre las doce cadenas de la causalidad". Esta doctrina es bastante abstrusa y uno se pregunta cómo un principiante que es torpe puede mejorar su intelecto recurriendo a algo tan profundo. Se nos dice finalmente que cuando uno tiene éxito en la concentración hasta el grado de suprimir los sentidos, gradualmente obtiene un estado de éxtasis, que es considerado una compensación Kármica. Uno trabaja a través de esta práctica, y, debido a eso, al alcanzar un estado de éxtasis, compensa cualquier maldad que haya tenido en el pasado, y comienza a liberarse también de los intereses mundanos que ha mantenido hasta entonces.

Este éxtasis —o placer extremo— se divide en cuatro etapas de *meditación*. La *primera*, o "dhyana", es un estado de júbilo y reflexión, como consecuencia del *aislamiento*. El que medita se ha separado de la sensualidad y el pecado. Debe advertirse que este aislamiento no debe interpretarse necesariamente como un aislamiento físico de la sociedad, es decir, convertirse en un anacoreta, en un ermitaño. Significa un aislamiento mental —el limpiar la conciencia de ciertos pensamientos. En la literatura mística esta clase de aislamiento es conocido como *silencio místico*.

La *segunda* etapa del éxtasis es "júbilo y gozo nacido de una profunda tranquilidad". Sin embargo, esto es *sin* reflexión e investigación: éstas están suprimidas ahora. Es conocido como "pensamiento tranquilizante", que puede ser interpretado como un júbilo que viene de una iluminación o conocimiento intuitivo, sin la necesidad de ejercitar el razonamiento.

La *tercera* etapa de esta meditación y éxtasis es la paciencia "por medio de la alegría y la destrucción de la pasión". Se dice que "el cuerpo se percata de esa delicia". Este deleite interno es quizás una paz y un contentamiento, cuando uno está libre de la perturbación que causan los deseos y su satisfacción pasajera. La *cuarta* y más elevada etapa de esta cadena de meditaciones es la "pureza

de ecuanimidad y de recuerdos, sin pena ni alegrías debidas a la destrucción de los placeres y pesares anteriores".

Todo esto parecería ser un nihilismo jerárquico; en otras palabras, cada etapa de la meditación dominando las sensaciones y objetivos anteriores, y, a su vez, introduciendo lo que es un estado más elevado de logro. Finalmente, lo que queda es casi inexplicable, es una ecuanimidad que no puede definirse bajo ningún concepto emocional. Empero, es una forma de *consciencia*, pues de lo contrario, no podría percibirse tal estado.

En esta etapa de instrucción uno podría preguntarse: ¿cuál es el *propósito* final de esta concentración y meditación? Se dice que es el alcanzar el estado de *nirvana*, el cual provee iluminación perfecta. Pero, ¿no es de nuevo sólo otro término abstracto? ¿Puede ser reducido a valores o ventajas concretas?

Se declara que las ventajas personales son la extinción de los deseos; la suspensión de pensamientos que producen ilusiones y que se convierten en los obstáculos principales para alcanzar el nirvana. Más definidamente, es la consolidación del conocimiento que facilita la "concentración de las facultades mentales, sobre ciertos pensamientos". Es un fortalecimiento de la consciencia que provee una comprensión de las

cuatro verdades nobles. También se dice que una ventaja notable es la *adquisición de facultades sobrehumanas* que son seis. Después, el beneficio es una "tranquilidad o descanso final".

El proceso de meditación budista, con su multitud de ramificaciones, ha sido resumido como sigue: primero, la concentración de la mente sobre un solo pensamiento. Gradualmente, el alma se llena con un éxtasis y una serenidad sobrenaturales, mientras la mente continúa razonando e investigando sobre el tópico escogido para la contemplación. Segundo, la mente está libre del razonamiento y la contemplación, mientras permanecen el éxtasis y la serenidad. Tercero, mientras los pensamientos aún están firmes como antes, el meditador abandona el éxtasis anterior, cambiándolo por un éxtasis *tranquilo*. Por último, la mente se exalta y purifica y es indiferente a las distracciones de la emoción, el placer y el dolor.

Los *Upanishades* forman una parte concluyente de la antigua literatura védica. De hecho, la traducción literal de esta palabra, significa: "sentado cerca" del maestro, para recibir instrucción. Los Upanishades contienen los primeros registros de la especulación filosófica de la India y son los fundamentos en los que descansan la mayoría de las filosofías y religiones posteriores de la India, según el notable

erudito hindú, Dr. Radhakrishna, filósofo de fama mundial. El declara que los Upanishades no son tanto una filosofía, sino verdades que "traen paz y libertad al ansioso espíritu humano".

Los Upanishades emplean consideraciones metafísicas, en forma de diálogos y debates. El contenido es expresado poéticamente por autores cuyas mentes fuerón templadas filosóficamente. Además, el Dr. Radhakrishna expone que los Upanishades representan *los esfuerzos de la mente humana para alcanzar la percepción*. Se especula acerca de la antigüedad de estos; sin embargo, se acepta generalmente que las primeras partes son de un período de 3000 a 1000 A. de C.

Nuestra breve consideración de los Upanishades es debida a que los principios del sistema yoga están fundados en ellos. Los variantes del sistema yoga son los que han sido introducidos popularmente como *meditación trascendental*. Volvamos momentáneamente a los Upanishades para relatar los preceptos básicos de la meditación yoga. Los Upanishades declaran que la realidad no es percibida correctamente por nuestro conocimiento imperfecto. Dicen que la mente es como un espejo en el cual se refleja la realidad. En otras palabras, el grado hasta el cual conocemos la realidad, depende del estado de nuestra propia mente, es

decir, hasta qué punto puede responder ésta a todo lo que es la realidad. Este concepto tiene una similitud con la filosofía griega, en particular con los *Diálogos* de Platón.

La meditación yoga de los Upanishades tiene como propósito ayudar al hombre para que supere sus limitaciones mentales, para que pueda experimentar totalmente la realidad verdadera. El yoga presenta instrucción acerca de cómo puede la mente refinada mejorar el reflejo de la consciencia. Esto se logra manteniendo limpio el espejo de la mente, es decir, conservándolo fuera de cualesquiera peculiaridades innecesarias. Esto sólo se obtiene a través de tal disciplina —según se declara— para que uno pueda elevarse a "las alturas de la impersonalidad, en las cuales las almas premiadas del mundo ven visiones distantes".

La doctrina yoga expone que nuestra conciencia objetiva, empírica, se vuelve desde el mundo *externo*. La conciencia se pierde en las ilusiones del mundo irreal de las impresiones de los sentidos. Cuando el aspirante eleva el ser empírico —externo— "uno obtiene no una negación, sino una intensificación del ser". Esto puede interpretarse como que uno adquiere una mayor comprensión de la esencia totalmente integrada del ser.

El sistema yoga para la meditación, al igual que

el del budismo, requiere que uno vaya a través de un curso total de disciplina mental y espiritual. "La mente del hombre que no conoce su propio ser, va de acá para allá como agua que se desborda en todas direcciones entre peñascos. Pero cuando su mente se purifica, él se convierte en uno con el gran océano de la vida, que reside atrás de todas las formas mortales".

La yoga insiste en ejercer un control perfecto sobre nuestras pasiones y emociones. Puede inducirse un estado de trance controlando la respiración y concentrándose en ella. El método incluye también el concentrarse en palabras místicas, mantras y símbolos. El aspecto psicológico de esta práctica tiene por objeto cultivar una estabilidad mental por medio de enfocar la atención por un tiempo en un objeto particular y eliminando otras impresiones.

La respiración es una parte esencial del proceso de meditación en la yoga, como lo es también el recitar ciertos mantras. En las antiguas escrituras védicas se dice que el pronunciar el mantras Om, constituye una ofrenda a Brahma. La meditación sobre Om es la raíz y esencia del Veda, y se dice que es una forma de unión con Brahma. Una antigua frase dice: "Para aquél que se empeña en pronunciar Om, no puede existir ningún peligro". Se menciona también que suprimir dieciséis veces la respiración, acompañándolo de la recitación de

una liturgia y de Om, después de repetirlo diariamente durante un mes, ¡purificará hasta al asesino de un Brahamán culto!

Para los devotos del yoga y sus formas de meditación, éstas han llegado a significar una disciplina mediante la cual esperan prepararse para soportar los golpes de la vida, y dejar el alma intocable.

La meditación ha constituido también una parte prominente en la religión cristiana. Se considera que una disposición meditativa conduce a una vida devota; se ha dicho que, para los cristianos, la meditación es *los ojos del alma*, y permite que uno vea "la luz que nunca cambia".

¿Cuáles son las bases psicológicas de la meditación? Como relata el eminente psicólogo William James y ha sido enseñado por la Orden Rosacruz AMORC por largos años, *la consciencia es una corriente*. En sus variados niveles hay diferentes percepciones y sensaciones. La consciencia, como una percepción, se adapta a las demandas que se le hacen. Nuestra conciencia empírica, nuestra relación con nuestro ambiente físico, hace las demandas más dominantes sobre la consciencia. Las percepciones objetivas, la conciencia del ser y lo que le rodea, son un requerimiento principalísimo para la supervivencia. Las sensaciones que proveen los placeres, distracciones, penas y dolores, tienen un

principio comparativamente bajo de sensaciones, en comparación con los otros niveles de consciencia. El nivel más superficial de conciencia, es el objetivo.

Debido a las demandas biológicas, adquirimos el hábito de someternos a ellas rápidamente. Para la mayoría de las personas, el mundo objetivo y sus sensaciones se convierten en la expresión total de la naturaleza del ser. Sin embargo, ocasionalmente todos tenemos una visión momentánea, llamémosles impresiones intuitivas, de un mundo subliminal —llamado mundo subconsciente. Son sensaciones fugaces que se elevan desde los otros niveles de la corriente de nuestra consciencia: con frecuencia proporcionan un éxtasis, un placer que excede en mucho a aquellos que dan los apetitos y las pasiones.

Quienes se detienen a pensar y han tenido estas experiencias transitorias, aunque infrecuentes, llegan a comprender que una *realidad* grandiosa yace indudablemente más allá del nivel de percepción de la conciencia ordinaria. ¿Cómo puede obtenerse? Cada órgano receptor, como nuestros ojos, oídos, nariz, recibe estímulos intensos durante las horas de vigilia. Es una tarea difícil desviarlos, liberar la mente de ellos. Sin embargo, si nos concentramos —si por un tiempo enfocamos nuestra atención sobre un solo objeto

o materia— esto nos ayuda a disminuir o atenuar el impacto que tienen los otros estímulos sobre nuestra conciencia objetiva, y nos ayuda a lograr la meditación, es decir, permite que vengan a la superficie las imágenes que se encuentran en los niveles más profundos de consciencia.

Desde el punto de vista psicológico, la meditación trascendental es liberar la identidad personal, de las realidades del mundo. Es el intento de entrar a un estado totalmente subjetivo, para comprender por completo la realidad. Las sensaciones que se experimentan *no son comparables* a las de los sentidos físicos. Además, la *meditación* trascendental no debería usarse como un escape del mundo de la realidad, como tratan de hacerlo muy comúnmente quienes se sienten atraídos por ella. Es cierto que la realidad no es realmente como la conocemos; sólo recibimos impresiones de ella a través de nuestros sentidos receptores, que son transformadas en sensaciones a las cuales damos una interpretación. Sin embargo, nuestra existencia física depende de nuestro ajuste a tales ilusiones.

Nosotros podemos tratar —y deberíamos hacerlo— de saber más acerca de la realidad de nosotros mismos, a través de los medios de nuestros niveles de consciencia, que la meditación hace posibles. Mas, considerar al cuerpo como una prisión del ser, algo que debe ser degradado, y que

deberían suprimirse los apetitos y las pasiones, es un concepto *falso*.

No debemos esforzarnos en escapar del mundo y del impacto que éste tiene sobre nuestra vida, sino *dominar* nuestra vida personal en este mundo. Desde el punto de vista *rosacruz*, esforzarnos por vivir en un vacío mental y psíquico a través de cualquier método, es un planteamiento negativo de la existencia humana.

CAPITULO XVI

OBLIGANDOSE A SI MISMO A RELAJARSE

RELAJARSE SIGNIFICA "aflojar" una condición de tensión. Existen innumerables cosas que producen tensión. Primeramente, hay estímulos por medio de los cuales, a través de los impulsos de la voluntad, nos *impelen* a tratar de lograr algo. Los músculos, bajo los impulsos de los nervios tensados por un período largo, no pueden aflojarse inmediatamente cuando el trabajo ha sido realizado. Es como cuando un resorte se comprime bajo presión por largo tiempo; pierde su elasticidad y no puede volver completamente a su estado anterior, cuando cesa la presión.

Por supuesto, hay tensiones que son psicosomáticas. Bajo tales condiciones, no estamos conscientes objetivamente de lo que causa nuestra tensión nerviosa. Hay una agravación subconsciente, como una ansiedad subliminal, que provoca reacciones emocionales. Estos estados emocionales son los que originan la tensión. Las personas que los experimentan no pueden aprender rápidamente a relajarse, porque no

saben qué es lo que ocasiona sus tensiones y no pueden eliminarlas sin que sean ayudadas en sus desórdenes emocionales. Necesitan primeramente ser asistidas por un psicólogo o un psicoanalista que les haga conocer las causas latentes en su problema. Cuando pueden enfrentarse de nuevo a la realidad, comprendiendo tales causas, se ajustan conscientemente a las circunstancias a las que se estaban oponiendo inconscientemente, y entonces la tensión se mitiga.

Debe comprenderse que la *voluntad* es un *deseo mental*: lo llamamos así para distinguirlo de los deseos que nacen solamente de los apetitos y de los instintos. Como sabemos, el deseo voluntario puede oponerse a otros deseos. Por ejemplo, podemos forzarnos a llevar una huelga de hambre, cuando físicamente nuestro cuerpo está hambriento. También podemos dejar de dormir para efectuar un trabajo o dedicarnos a un pasatiempo. Uno puede negarse un placer sexual debido a que los ideales morales dan fuerza a nuestra voluntad. Por lo tanto, la voluntad puede ser para todos un deseo positivo muy intenso, una fuerza motivadora extremadamente estimulante.

La voluntad exige acción de alguna clase, ya sea física o mental. La acción toma el curso necesario para satisfacer los deseos de la voluntad. En consecuencia, podemos decir libremente que la *fuerza de voluntad* está en una posición contraria

a la relajación. La voluntad es la concentración de energía, la tensión necesaria de ciertos músculos para realizar un propósito. La relajación tiene como finalidad tranquilizar, "*aflojar*" la tensión. Uno no puede relajarse disponiéndose a hacerlo por medio del uso de una concentración intensa.

Una contra-actividad, sin embargo, puede ayudar a veces a la relajación. Supongan que alguien es obligado a dedicarse a una actividad mental ardua durante varias horas al día. Quizás es un contador público o un estudiante universitario preparándose para rendir un examen. Durante horas, ha estado concentrado, enfocando su atención en las páginas de un libro de texto, o en hileras de números de un Libro Mayor. Tal persona puede encontrar relajación por medio de un cambio a un ejercicio físico vigoroso. Correr, nadar, o andar en bicicleta, puede proporcionarle alivio. También está gastando energía mediante este ejercicio físico empleando los músculos, pero es una nueva canalización de la energía: así relaja la tensión existente. Tan pronto como siente que ésta cede, puede abandonar su actividad física. El breve período de ejercicio, no habrá sido suficiente para ocasionar ninguna otra tensión y así puede descansar y recobrarse inmediatamente.

Sin embargo, existe una tensión habitual

causada por una inquietud inherente, que también tiene una base psicológica. Una persona muy concienzuda puede tener esta experiencia. Tal persona es reacia a dejar a un lado su trabajo o deberes; cree que el entretenimiento y la recreación son una "pérdida de tiempo", pues ha adquirido el hábito de emplear la voluntad para *esforzarse a sí mismo*. Cuando no está trabajando, la *conciencia* y la *voluntad* les impulsan a hacer algo. En consecuencia, aun cuando traten de participar en algún cambio de actividad, esta víctima no puede hacerlo completamente. El hábito le impulsa a mantener su mente encadenada a su trabajo. En cierto sentido, la persona no es feliz hasta que vuelve a él, pero siempre se siente molesta por la tensión con la que trabaja constantemente.

Esta inquietud, este impulso incesante a trabajar, los remordimientos de consciencia cuando deja de hacerlo, usualmente tienen un origen psicológico. El individuo puede tener un *complejo de culpabilidad inconsciente*. Inconscientemente, puede creer que ha descuidado el hacer algo de importancia y se siente avergonzado por ello. Por lo tanto, ahora está tratando conscientemente de compensar por aquella falta, por medio de su consciente dedicación excesiva al trabajo. Lo que descuidó y que le ocasiona la vergüenza, puede no tener

relación con su presente empleo. De hecho, ni siquiera puede comprender que no hay una relación entre alguna experiencia olvidada del pasado y su presente inquietud.

¿Hay diferentes métodos para relajarse? Sí, hay muchas formas de hacerlo, casi tantas como hay individuos. En otras palabras, cada uno de nosotros encuentra usualmente algún metodo que parece relajarnos. Sin embargo, no siempre podemos tener éxito con un método o sistema que es eficiente para otros. Las causas de nuestra tensión son a menudo muy diferentes de las de los demás. Podemos aprender cómo compensar por las circunstancias particulares que originan nuestra tensión; sin embargo, la misma compensación probablemente no podría ser aplicable en otra persona.

Hay algunas sugerencias sencillas que podemos ofrecer, que si no benefician generalmente a todos debido a las razones expuestas arriba, han sido muy útiles a muchas personas. Primeramente, la ropa no debe estar demasiado apretada; debe aflojarse particularmente alrededor del cuello y la garganta. Párese afuera o ante una ventana abierta: inhale profundamente y mantenga la respiración tanto como le sea posible, sin que le cause molestias; luego, exhale lentamente. Continúe haciéndolo así por algunos minutos. Esto llevará a sus pulmones la polaridad positiva

de la *fuerza vital*, cargará las células sanguíneas, revitalizará la sangre y disminuirá la tensión nerviosa.

En seguida, siéntese en una silla cómoda en la *semiobscuridad* y quietud de un cuarto. Evite las luces brillantes; es aquí en donde muchas personas fallan. La luz es un estímulo y origina sensaciones visuales que evitan la relajación. El ruido es también un estímulo que interfiere con el relajamiento. Quítese la ropa o zapatos apretados, para permitir que la sangre circule fácilmente por todas las partes de su cuerpo.

Junte el pulgar, el índice y el dedo medio de la mano derecha, luego presione con ellos el hueco que se encuentra en la base del cráneo, en la parte de atrás del cuello. Esta es la región *occipital* del cerebro. Mientras presiona así los dedos, firme pero suavemente, tome una respiración profunda y manténgala tanto como le sea posible, luego exhale lentamente; haga esto varias veces y así ocasionará una descarga del exceso de energía psíquica, la cual irá luego a través de los nervios radiales de las puntas de los dedos, y desde allí será transmitida a la región occipital. Entonces, la energía es transmitida también a los nervios del sistema nervioso espinal y así disminuirá la tensión.

Es muy difícil no pensar en *algo* mientras estamos relajados, es decir, mantener la mente

virtualmente en blanco. Pero al menos podemos alejar todos los pensamientos del día que nos originen emociones. Las emociones, al igual que los sentimientos, ocasionan reacciones nerviosas que pueden inducir a la tensión. No induzca ningún pensamiento en absoluto, excepto para desechar ideas inquietantes. Mantenga los pies elevados, al menos hasta el nivel del cuerpo; eso hace que el corazón bombee la sangre con menos trabajo. Por supuesto, si puede tenderse en una posición recostada completamente, es aún mejor.

Pruebe este método, en adición a cualquiera que, por experiencia, le haya sido beneficioso.

Capitulo XVII

INTERPRETANDO LA GUIA COSMICA

ANTES DE QUE consideremos la dirección cósmica, pensemos acerca del origen del cual viene ésta. En otras palabras, ¿es una guía sobrenatural? Casi todas las religiones convienen en una creencia en lo sobrenatural. El término, además, se explica por sí mismo. Implica un reino o un estado que trasciende lo natural, o el fenómeno que tiene una base física. La hipótesis es que lo sobrenatural es de una cualidad o condición que yace más allá de la captabilidad de la percepción objetiva humana. En la religión, generalmente se sostiene que lo sobrenatural es aquello que no pueden discernir nuestros sentidos receptores. Se dice que si tales fenómenos no pueden ser discernidos, entonces serán declarados usualmente como milagros.

Existe además la suposición de que *dentro del hombre* hay una extensión de eso que se proclama como sobrenatural, es decir, el alma. Esta alma, tiene entonces sus propios métodos únicos de comunicación con su fuente sobrenatural. Ella puede —y lo hace— comprender su unidad

infinita o cósmica. Esta unidad se experimenta como un estado inmanente o una fuerza interior. El individuo, por lo tanto, tiene experiencias que atribuye a un fenómeno sobrenatural. Sin embargo, le es imposible reducir o transferir tales experiencias a una categoría física que otros puedan verificar externamente. En otras palabras, la experiencia religiosa de lo llamado sobrenatural, es *subjetiva.*

Es por esta razón que la religión da énfasis a la *fe,* que, como una categoría está muy separada epistemológicamente del conocimiento empírico o de los sentidos. Sin embargo, el tiempo ha probado que mucho de lo que el hombre atribuyó una vez a lo sobrenatural, definitivamente cae en la categoría de lo natural y los sentidos pueden verificarlo fácilmente. Este ha sido el principal conflicto entre la religión y la ciencia.

Los rosacruces no sostienen que existe lo sobrenatural. Antes bien, hablan de una sola realidad, *lo Cósmico.* Lo Cósmico es la matriz de todo fenómeno que se declara físico, así como lo que se llama espiritual, y eso que cae en la categoría de lo psíquico. De acuerdo con los rosacruces, la diferencia está sólo en la forma de manifestación y percepción de los fenómenos. Los sentimientos, experiencias e impresiones que tenemos y que no podemos objetivar, o hacer "públicamente comprobable", son denominados

psíquicos. Sin embargo, son una parte de la energía cósmica total, afectando el sistema nervioso y los niveles de consciencia de los humanos. Son *naturales*, pero de un orden más elevado o trascendente. Como analogía, son exactamente como la energía que experimentamos como luz visual; las ondas infrarrojas y hertzianas son de una naturaleza vibratoria más alta que la del sonido, y, sin embargo, pertenecen al mismo fenómeno básico al que pertenece el sonido.

Es necesario declarar que la interpretación de impresiones Cósmicas o intuitivas está relacionada muy estrechamente con la inteligencia que las percibe —pero en una forma singular. Las lenguas o idiomas del género humano no existen en la Mente Cósmica; son invenciones del hombre. Por consiguiente, la impresión Cósmica, en su principio o en la comprensión de nuestra parte, es traducida o interpretada en términos del lenguaje con el cual estamos más familiarizados. La comunicación, el destello Cósmico intuitivo de inteligencia, no nos llega, por ejemplo, expresado en alemán, francés o inglés. Nosotros incorporamos *objetivamente* las impresiones Cósmicas en las palabras de un idioma, para que tengan significación para nosotros.

Otra categoría de interpretación necesaria,

observamos, a la composición musical que oímos. Las perforaciones en el rollo de música no aparecen como notas de la escala musical. No obstante, como ustedes saben, cuando el aire pasa a través de ellas a la pianola, se ponen en acción las combinaciones de teclas en el instrumento, produciendo notas y acordes musicales. Podemos comparar las perforaciones en el rollo con las impresiones Cósmicas. Las teclas de la pianola representarán para nosotros las impresiones objetivas, el resultado de la experiencia diaria, las cualidades de nuestros sentidos. Diremos que las notas musicales representan las ideas expresadas como consecuencia de las impresiones Cósmicas. No importa cuán elaboradas sean las perforaciones del rollo, como en una composición clásica por ejemplo, sería necesario que en la pianola hubiera teclas que correspondan a ellas, o el resultado sería muy diferente a lo que intentó el compositor.

La educación no importa necesariamente para la profundidad o claridad de pensamiento, sino la inteligencia, observación, meditación y la razón. Una persona puede vivir una vida sencilla, y, no obstante, puede ser muy analítica y adquirir sabiduría excepcional de sus experiencias diarias. Ella retiene en la memoria una fuente de ideas complejas, símbolos de valor y significación, que pueden ser reunidos en un instante por las

impresiones Cósmicas dentro de un orden nuevo y más claro. En realidad, la interpretación perfecta de las impresiones Cósmicas se hace en el proceso mismo. Cuando comprendemos la impresión Cósmica, ya han sido asociadas con ella las ideas más significativas de nuestra inteligencia y experiencia. Cualquier cosa que hagamos de ahí en adelante, en cuestión de razonamiento o análisis, sería probablemente deshacer lo que ya ha sido hecho por el proceso Cósmico superior.

¿Puede una persona ganar más que otra un valor o discernimiento mayor de una impresión Cósmica? La respuesta es: sí, es posible, si se ha tenido personalmente la experiencia y no ha sido expresada por otra persona. En tal caso, la consciencia del ser, o el plano de consciencia en el cual penetra el ser, puede que sea más profundo en una persona que en otra. El individuo ha extraído de las experiencias de la vida un significado más profundo, o, podemos decir, que en su teclado hay más teclas para tocar que en el de otros. Como resultado, las impresiones Cósmicas tienen una mayor abundancia de ideas para reunir en su conciencia. Como analogía, un mismo golpe del mazo resonará menos sobre un tambor de madera, que sobre uno de metal.

Es por esta razón que desanimamos a los estudiantes de misticismo de que traten de interpretar las impresiones Cósmicas de *otra*

persona. Todo lo que está uno haciendo en ese caso, es expresándose en términos de la profundidad de su propia conciencia y hasta el punto de su propia experiencia. Uno puede ser para otro demasiado superficial en las cualidades y, por lo tanto, estaría haciéndole una injusticia a las impresiones del otro. A la inversa, para usar un término vulgar, en su interpretación él puede estar "hablando por encima de la cabeza del otro". Una interpretación que no se adapta a nuestras convicciones personales, a nuestro conocimiento y a la profundidad de la consciencia del ser, no tiene familiaridad, sino una sensación de ser extraño y raro. Por lo tanto, no inspira confianza y no motiva a accionar. Por otra parte, la interpretación que está asociada involuntariamente con nuestras impresiones Cósmicas, posee el calor de nuestro propio entendimiento. En otras palabras, es evidente en sí mismo.

Uno puede equivocarse al interpretar mensajes Cósmicos cuando insiste en hacerlo a la luz de sus preferencias o prejuicios personales. Como todos sabemos, una impresión Cósmica, la voz del ser interno, a veces puede ser contraria a lo que ordinariamente pueden ser las decisiones de nuestra razón. Por lo tanto, si nosotros buscamos alterar la impresión intuitiva que siempre nos llega, sin los procesos forzosos de nuestro

razonamiento, es muy seguro que afectaremos perjudicialmente las impresiones Cósmicas. Vamos una vez más a recurrir a nuestra ilustración del rollo de música perforado, para explicar esto. La perforación del rollo se hace para concordar con la composición de un profesional, o hasta quizás de un maestro de música. Si arbitrariamente perforamos el rollo, deformamos la interpretación verdadera del maestro.

Podemos acrecentar el valor de la dirección Cósmica, solamente desarrollando el ser. En otras palabras, debemos ampliar nuestras experiencias por medio del estudio, la contemplación y la meditación. Al hacer esto, nos armonizamos con la Mente Cósmica. Entonces tenemos oportunidad de *reorganizar* nuestros pensamientos en impresiones Cósmicas. Como resultado, tienen una importancia más vital para nosotros. La persona que es constantemente *objetiva*, puede ganar una acumulación de conocimientos como material meritorio, que puede ser reunido por las impresiones Cósmicas, pero nunca está lo suficientemente pasiva para permitir que la motiven los impulsos más finos de lo Cósmico.

Capítulo XVIII

NUESTRA MISION EN LA VIDA

EXISTEN DOS tendencias principales en la vida que inducen al hombre a accionar —aparte de los deseos y apetitos físicos dominantes, de cuya satisfacción depende la existencia en sí. La primera es *obligación* y la segunda *idealismo*. Las obligaciones son aquello que nuestros conceptos personales de lo moral y las normas de ética adoptadas, nos hacen sentir que debemos afrontar y que si no lo hacemos así, no tendremos paz mental. La naturaleza y la forma que asumen tales obligaciones son tan variadas, como los intereses y actividades del hombre. Lo que uno puede sentir como obligación en la vida, puede que para otro no lo sea. Esas obligaciones podrían consistir en cuidar a los padres, una educación universitaria para cada uno de los integrantes de la familia, la rectificación de faltas cometidas a los parientes, o hacer una compensación monetaria para evitar un estigma. Por otra parte, los ideales pueden ser aquello a lo que el individuo aspira alcanzar como su propósito en la vida —la verdadera razón para la que él desea vivir y de la cual obtiene un placer o

regocijo. Estos ideales pueden ser relacionados con la *ambición.*

Por supuesto, cumplir con una obligación proporciona también un sentimiento de satisfacción, pero en algunas ocasiones es de una naturaleza negativa. Todos tenemos una sensación de descanso cuando hemos llevado a cabo una tarea prolongada y penosa, o hemos cumplido con un deber, pero no es la misma exaltación que experimentamos cuando realizamos un ideal. El cumplimiento de una obligación es como quitarnos de encima una condición que nos molesta o nos irrita, pero la realización de un ideal es un estímulo adicional. No hemos quitado de enmedio algo, sino que hemos *ganado algo.* En consecuencia, podemos ver personas que, debido a su sentido moral, a menudo son impulsadas a escoger, como su *misión en la vida,* algo que no es exactamente lo que les gustaría hacer, pero que de todas maneras hacen.

El verdadero interrogante que se presenta ante nosotros es: cuál es la misión correcta, el *ideal o la obligación* —suponiendo que tenemos ambas. La respuesta a esto podría ser probablemente: un procedimiento intermedio —esforzarse razonablemente por hacer frente a una obligación razonable y de la misma manera obtener un ideal. Estamos totalmente conscientes de que, bajo

muchas circunstancias, no es aconsejable una división de esfuerzos. Pero si el individuo tiene ideales y obligaciones dominantes, debe tomar un curso intermedio o no cumplirá verdaderamente su misión en la vida. Debemos comprender que las obligaciones que asumimos y hasta las que nos creamos, no son realmente tan vitales como algunas veces creemos que son. Con esto no queremos decir que, porque algunos no las consideren importantes no lo sean, sino que algunas de ellas realmente no lo son.

Como todos hemos tenido la ocasión de conocer, nuestras emociones influencian grandemente el valor que damos a muchas cosas, así como lo hacemos con la sensitividad innata que constituyen nuestros talentos. Uno que se inclina hacia las artes tiene una gran apreciación natural de la armonía del color, las líneas, proporciones y perspectivas, que otro no tiene. En consecuencia, su razón le hace que *mida* la valía de las cosas, por medio de su valor artístico y su belleza, y les dará importancia a las que otros tal vez pasan por alto. En este momento, no necesitamos entrar en una discusión acerca de si la belleza es inmanente en el objeto, o está en la mente del hombre. El hecho de que algo sea bello para él, es el factor importante. Las emociones que tenemos pueden hacer que uno se imagine u origine en su mente obligaciones excesivas. Así,

uno podría tener la pasión de vindicar a un familiar de lo que él cree que constituye un estigma en contra de la reputación de sus padres. Se extiende en ello, establece un deseo tan devastador, que ninguna otra cosa le importa, sino rectificar lo que concibe como un error. En realidad, esta pasión ha hecho de sus obligaciones, según él las conceptúa, su misión en la vida; pero desde un punto de vista desapasionado, su concepto acerca de su misión está distorsionado.

Sin embargo, hay ciertas normas arbitrarias que podemos usar para determinar cuál podría ser nuestra misión en la vida. Estas normas son una mezcla de obligaciones cósmicas, satisfacciones y placer personales. Todos los libros sagrados que contienen escritos inspirados de hombres místicos y sabios, y de sus revelaciones cósmicas —ya sea que constituyan las bases de preceptos religiosos o discursos filosóficos— usualmente contienen una advertencia de *los deberes del hombre hacia los hombres.*

El hombre debe reconocer la hermandad del hombre. Debe comprender que tiene una herencia divina —el derecho como hombre a dar la más alta expresión, en forma material, a lo divino que reside en su interior. Nunca debe violar la verdad, como frecuentemente lo hace. Como dijo Platón, debe crear a su alrededor formas que expresen la idea de belleza que siente

internamente. Debe crear sobre la Tierra, y demostrar con su conducta, aquellas cosas que reflejarán el reino espiritual. Debe trabajar con sus semejantes y mantener también su individualidad.

Observando a la civilización como un total, el hombre lo ha hecho absolutamente bien. En consecuencia, corresponde a cada hombre el contribuir en alguna forma al bienestar de la sociedad humana y no trabajar sólo para él mismo. Una persona que barre las calles y lo hace bien, con una comprensión de la importancia que tiene su tarea para la humanidad, y no lo hace sólo porque tiene que hacerlo, está haciendo tanto, en una forma humilde, como el bacteriólogo que trabaja en un laboratorio tratando de encontrar una forma de detener la propagación de una enfermedad.

Aquél que busca un trabajo o posición sólo para irla pasando, obviamente está abrogando la ley cósmica. El concibe su misión en la vida como el obtener sólo aquello que favorecerá sus fines, sin ninguna consideración para el resto de la humanidad. Uno debería intentar siempre encontrar un empleo en las ocupaciones o profesión que le proporcionen placer, en lo *que a él le guste hacer.* Esto no es sólo porque hace que el trabajo sea más placentero y lo aparta de la clase de tareas abrumantes, sino porque eso le

demandará que haga lo mejor y él pondrá en juego todas sus habilidades y talentos, sin tener restricciones inconscientes. Sin embargo, si uno insiste en hacer aquellas cosas que le gustan, aun si no está calificado o preparado para ello, quitándole a otro que sí está capacitado la oportunidad de hacerlo, no está realizando su verdadera misión, porque es egoísta: sólo piensa en sus propias gratificaciones y no toma en consideración si los resultados de su labor están contribuyendo o no al bien de la sociedad. Uno ha encontrado su verdadera misión en la vida, cuando es capaz de darse de todo corazón y cuando disfruta de cada hora de trabajo.

No confunda la eminencia y la distinción, con su misión en la vida. Si tiene el anhelo de trabajar en cierta ocupación humilde que usted sabe que puede desarrollar bien y que es constructiva, HAGALA, aunque su nombre no se pronuncie en los labios de sus semejantes. Actualmente hay muchas personas en lugares prominentes que no están cumpliendo —y ellos lo saben— con sus deberes en la vida. El ego les ha causado que hagan a un lado sus sentimientos más finos y elevados. Cuando el mundo está en confusión y prevalece un trastorno económico severo, por supuesto que uno no siempre puede andar en el sendero que le lleve a su misión en la vida. No siempre puede

encontrar el empleo o el trabajo que desea y por el momento debe esperar su oportunidad.

Al principio dijimos que el hombre es impulsado por las obligaciones y sus ideales en la vida, aparte de sus instintos y deseos. Estos son imperiosos y a menudo se les debe atender primero. Uno debe comer, beber y amparar a su familia, antes de cumplir una misión en la vida.

El éxito en una *misión* personal depende mucho de nuestras relaciones con los demás. La *intolerancia* se opone al logro personal. ¿Sabemos realmente que algunas veces somos intolerantes en nuestros puntos de vista?

¿Cómo puede un individuo evitar una actitud de intolerancia personal? De hecho, ¿por qué muchos se oponen a los diferentes puntos de vista y actos de otros —aun cuando su contenido no sea dañino? La causa yace en el ego humano y en el instinto del ser a imponerse. Estamos dispuestos a entregarnos enteramente a nuestros instintos y deseos, siempre que la oportunidad nos lo permite. Somos una mixtura no sólo de nuestros pensamientos, sino también de nuestras inquietudes y reacciones personales. A muchas personas les resulta díficil apartar el deseo de su ser, de tal forma como para analizar imparcialmente su valor en relación con el bienestar de otros. En consecuencia, ordinariamente defendemos un interés personal,

una creencia o un deseo, exactamente como lo haríamos con nuestra persona física. Buscamos mejorar tales creencias y favorecer los deseos intelectuales tan vigorosamente, como buscamos formas y medios de ganarnos el sustento.

En esta agresión instintiva, este estímulo de nuestros deseos del ser, abusamos de los derechos de otros seres humanos. Estamos en pugna con sus esperanzas, aspiraciones y creencias —y ellos tienen un derecho igual e inalienable a expresarlos. No podemos interpretar que nuestro bienestar personal quiere decir que todo pensamiento y deseo que vaya en contra nuestra, necesariamente vaya en perjuicio de nuestro ser, y, por lo tanto, debemos estar en oposición. Tal concepto destruiría la sociedad; pondría en contra del vecino a todo individuo que ha pensado o actuado en forma diferente al otro. Encontramos esta conducta entre muchos de los animales inferiores que no son gregarios. Sin embargo, no es digno del hombre y anula los elementos de su naturaleza que requieren esfuerzos unificados y vida comunal.

Esta intolerancia puede ser rectificada por medio de una actitud de *refrenamiento.* Este consiste en poner ciertas restricciones a nuestros instintos animales. Sólo es una forma de disciplina personal y sacrificio refrenarnos en algún respecto, estar dispuestos a privarnos de

ciertos placeres de nuestros sentidos físicos, para permitir que otros hagan lo mismo.

Si examinamos cada caso de intolerancia, encontraríamos que el individuo no necesariamente desea injuriar a otro o privarle de sus derechos, aunque sus acciones lleguen a hacerlo. Es debido realmente a que él sólo se preocupa de sus intereses y de satisfacer sus propios deseos, violando la santidad del ser de alguien más.

No estamos ejercitando realmente todas nuestras potencialidades, si permitimos que sólo los deseos y los instintos nos motiven en nuestras relaciones con otros. Alcanzar las relaciones humanas más elevadas, necesita una comprensión racional del bienestar humano. Podemos y debemos disciplinarnos: no podemos vivir solos. Debemos sacrificar algunas de nuestras satisfacciones, por el bien colectivo en el cual deseamos participar.

Extraño como pueda parecer, algunas veces la *libertad* se convierte en un obstáculo para la tolerancia. Insistiendo imprudentemente en una libertad personal o lo que interpretamos que es ésta, interfiere con el liberalismo de la tolerancia. La libertad es el ejercicio de la voluntad, conforme a qué deseamos hacer o tenemos el deseo de hacer. Sin embargo, si ejercitamos nuestros deseos personales en su grado más alto como un

despliegue de la libertad, *¡no podemos ser tolerantes!* Debemos imponer restricciones sobre la voluntad y los deseos instintivos por libertad, si vamos a conocer la tolerancia y la paz que la acompaña.

Capítulo XIX

ETICAS COSMICAS

¿TIENE EL COSMOS un sistema de éticas? Si es así, ¿qué relación tiene con nosotros? Estas preguntas son efectuadas frecuentemente por los estudiantes de misticismo y esoterismo. Esto supone, desde luego, que el Cosmos es teleológico, una *Causa Mental,* que tiene un propósito determinado. Supone además que esta Inteligencia Divina o Infinita ha establecido ciertos valores específicos concernientes a la conducta humana. Estos valores son lo que el hombre podría denominar *bien* y *mal,* o *correcto* y *erróneo.* Debemos suponer también que las preguntas intentan integrar el significado de las éticas y la moral, es decir, para este propósito deberían significar lo mismo.

Si hubiera un código divino o cósmico que ha sido definido en una terminología comprensible para los humanos en todos los idiomas, entonces, obviamente, cada mortal estaría obligado a obedecerlas, o a sufrir cualquier penalidad que le fuera impuesta. Sin embargo, el hecho es que no hay un código universal de leyes morales o éticas

que se atribuyan a lo cósmico, que tengan un reconocimiento universal.

El hombre reconoce muchos códigos que son sacrosantos en diferentes sectas religiosas. Se declara que son una teúrgia que viene al hombre como un milagro de una agencia divina. Específicamente, los fundadores o profetas de esas sectas han declarado que estos códigos les han sido revelados cuando están iluminados espiritualmente o armonizados cósmicamente.

Hasta cierto punto, en los salmos de Akhnaton uno puede derivar un significado de lo que él creyó que era la relación apropiada del hombre con su Dios y sus semejantes. Lo que sigue son extractos de algunos de sus salmos:

"Cuán benevolentes son tus designios, ¡Oh Señor de la eternidad!"

"Tú creaste la Tierra de acuerdo a tu corazón".

"Tu amor es grande y poderoso".

"Cuando has llenado las Dos Tierras con tu amor".

Advertimos que el Dios de la Creación proclamado por Akhnaton, es adorado como *benevolente.* A través de todo el salmo, hay referencias a las formas que esta benevolencia toma hacia el hombre, sus muchas bondades, enfatizando e implicando que esa benevolencia

divina era una virtud que el hombre debería emular.

Como otros extractos pueden mostrar, existen también referencias a Ra, el único dios del *amor* de la humanidad y cómo fueron motivadas por amor las muchas cosas que él creó en el universo, incluyendo al hombre. Si no directamente, esto implica de nuevo que la conducta del hombre debería estar motivada por el amor. Nuevamente, en la frase "Tú creaste la Tierra de acuerdo a tu corazón", podemos interpretar que significan las emociones más altas y los sentimientos de bondad y compasión.

Es muy probable que si Akhnaton no hubiera pasado por la transición a una edad tan temprana, habría proclamado un código moral y ético para su religión monoteísta. Esto, desde luego, habría sido declarado indudablemente como ordenado e inspirado cósmicamente.

En el budismo, hinduismo y zoroastrismo, puede encontrarse también, como una parte de su hagiografía, lo que es aceptado como mandatos éticos emitidos por lo Divino, por medio de los cuales el hombre debe gobernar su vida mortal. El decálogo y ley mosaica, que influenció grandemente los conceptos cristianos y también las enseñanzas de Cristo, son otros ejemplos de edictos que implican a las morales y éticas divinas o cósmicas.

Sin embargo, como sabe todo estudiante de religión comparativa, tales edictos o códigos no están en completo acuerdo. Existen ciertas prohibiciones y mandamientos en la mayoría de los códigos religiosos que reconocen un origen divino que, no obstante, son básicamente similares en su contenido. Estos se han originado indudablemente en las necesidades sociales, así como en los tabús tradicionales.

El hombre ha sido iluminado e inspirado en meditación. En esta unidad concebida con su Dios o con lo que cree que es lo Absoluto, ha experimentado un sentimiento profundo de amor por el género humano, y un gran deseo de servir. El piensa que esto le ha sido ordenado para así servir a su Dios, y que es un deseo cósmico que ciertos actos particulares sean ejecutados o sean prohibidos.

Por supuesto, estos sentimientos de éxtasis de los mesías religiosos o místicos, deben ser traducidos siempre como un comportamiento comprensible para los mortales. También debe prohibir aquellos actos del hombre que la experiencia ha demostrado que son dañinos a su ser físico y a su bienestar social. Matar, robar, mentir, el adulterio, la profanación de los dioses, lógicamente deberían ser actos que podrían apoyar un concepto de lo que sería una conducta perversa.

No es que los fundadores religiosos o mesías fueran hipócritas al proclamar que su Dios había establecido un código particular de leyes para el hombre. No fue su intención declarar una autoridad divina para ciertas leyes, para reformarlas cuando de otro modo podrían no haber tenido éxito. Antes bien, psicológica y místicamente, en sus estados de experiencia religiosa o de entonamiento, sinceramente se sintieron motivados a actuar como lo hicieron. Puesto que cierta conducta humana familiar se asoció en sus mentes con la experiencia mística de "hacer la voluntad de Dios", concibieron que tales ideas fueron realmente el designio de lo Divino o Cósmico.

Sin embargo, pensar en ello como si fueran las palabras exactas de una deidad, es para nosotros antropomórfico y primitivo. Entonces, ¿qué es recto o erróneo cósmicamente? Substancialmente, esto siempre debe ser una interpretación personal, dependiendo de la consciencia evolutiva del hombre. En la definición de éste, lo que es correcto o erróneo y lo que siente que es ofensivo a la dignidad de las creencias espirituales, nace con la experiencia personal y el progreso de la civilización de la cual él forma parte.

Una sociedad culta, como sabemos, tiende cada vez más a abolir, como siendo inmorales, ciertos

actos bárbaros que son brutales y crueles. El hombre está motivado a hacer esto *no* por una doctrina o mandato especial en palabras de un origen divino, sino porque puede traducir la motivación espiritual que mora en su interior, en un lenguaje y pensamiento de sus tiempos.

Por ejemplo, no hace mucho se creía que era muy apropiado y estaba de acuerdo con la comprensión del hombre acerca del designio divino, quemar a los herejes en la hoguera. Estos eran aquellos que no concebían a Dios como sus perseguidores lo hacían, o que rehusaban aceptar los dogmas religiosos en curso. Sus perseguidores estaban seguros de que lo que hacían a sus víctimas era lo que Dios deseaba. Podían hasta encontrar ciertos pasajes en su literatura sagrada, que podía ser interpretada como que justificaba sus acciones.

Por lo tanto, emplear bases morales para la regulación de la sociedad, que pueden estar fundadas sobre las ideas sectarias personales de su fundador, sólo incitarán la hostilidad de ciertos grupos, en lugar del apoyo armonioso del populacho. Pregunten al hombre promedio en qué consiste la *bondad* y en la mayoría de los casos él recurrirá a sus conceptos individuales de una interpretación espiritual de la *bondad*. Esta interpretación reflejará su preparación religiosa

—especialmente lo que ha escuchado acerca de en qué debería consistir la bondad moral del hombre.

Los códigos morales que son más factibles, independientemente de su origen divino implicado, son aquellos que están fundados en la experiencia y en los asuntos prácticos de los humanos. Cada uno de nosotros sabe qué favorece su propio bienestar en todas las categorías del ser. Nosotros *sabemos* lo que es malo, lo que es peligroso para nosotros, *no porque* emanó como una tradición o ha llegado a nosotros como un precepto moral de algún sistema o credo teológico. Sabemos que cierta *conducta* no puede ser tolerada en la sociedad, si no sólo ésta, sino el individuo, va a sobrevivir y a disfrutar de paz mental.

El fraude, el engaño, el robo, el asesinato —todos están arraigados en el instinto de conservación del ser, es decir, hay una oposición natural a ellos, debido a la necesidad de un bienestar personal. Por ejemplo, la perfidia, el engaño en las relaciones de unos con otros, sea o no una prohibición moral religiosa, no puede ser tolerada por sus efectos dañinos sobre la generalidad de los hombres. Uno puede, por medio de un recurso falaz, ganar una ventaja para sí mismo. Pero si tal conducta fuera condenada, el mismo individuo podría eventualmente estar sujeto a los efectos de la mentira, impuestos en su

contra quizás por una persona más mañosa que él mismo.

Actualmente, las éticas se acercan más a nuestras necesidades, que la mayoría de las leyes y reglamentos que ejercen una base moral. Esto es debido a que las éticas están más contiguas a los asuntos de la sociedad; están *ligadas* más estrechamente al individuo en sí. Hablando estrictamente, las éticas consisten en reglas de conducta y comportamiento que se conciernen con las relaciones del individuo hacia otros miembros de la sociedad en la cual existe. Muchos códigos éticos están fundados, o puede decirse, se originan en ciertos principios morales. Mas, si hay esta afinidad entre ciertas éticas y morales, es porque estas morales particulares se establecieron primero en un discernimiento y conocimiento de las *necesidades prácticas* de las relaciones humanas.

Los códigos éticos son menos difíciles de comprender y de aceptar racionalmente, que algunas morales. Es así porque el individuo puede percibir más fácilmente sus efectos directos sobre su bienestar personal. Toda persona normal puede ver el valor, el *bien* que se deriva de prohibir el robo y apoyar la honestidad. La virtud es un ideal, es el deseo por lo que se concibe como un bien, porque satisface un sentimiento elevado en las personas —la naturaleza espiritual del ser,

como es llamada. Pero la honestidad tiene un contenido práctico, independientemente de cualquier virtud que le pueda ser atribuida.

Las éticas son una especie de *garantía social.* Estamos obligados a adherirnos a ellas por la razón egoísta de una protección personal. Al hacerlo así como individuos, extendemos también esta protección para otros. El individuo sabe cuándo se comporta poco ético, porque difícilmente toleraría una conducta similar que se ejerciera contra él. El ladrón no aguantará que le roben sus posesiones y con eso indica su conocimiento del error básico de tal conducta.

Sin embargo, la autodisciplina y el sentido de rectitud de muchos individuos no son suficientemente fuertes para hacer que sostengan las éticas comunes. Buscan evadirlas para obtener una ventaja personal a expensas de otros. Cuando en la sociedad hay una aceptación general y un acuerdo hacia la imposición de bases éticas, entonces los violadores, cuando son descubiertos, se les castiga.

Puede haber, y, de hecho, actualmente la hay, una tendencia hacia una declinación general en la ética. Se ha puesto de moda la *tolerancia.* Veamos ésta y los efectos psicológicos que tiene sobre las éticas. Tal como lo experimentamos actualmente, la tolerancia es, en gran parte, una retrogresión de los requerimientos fundamentales de la sociedad.

Sencillamente, es el otorgamiento de una excesiva libertad al individuo. Es el centralizar los intereses del individuo en el sentido más restringido del ser, en otras palabras, fomentar la agresión instintiva y el interés propio, independientemente de cuánto se pueda abusar del bienestar de los demás. Esto, entonces, es el rompimiento de los lazos esenciales del bienestar común necesario para la continuación de la sociedad.

Se ha incorporado furtivamente un estilo pervertido de la ética, que es parte integrante de la permisividad. Esta ética pervertida, que es admirada y patrocinada, tanto en forma sutil como abiertamente, aboga por el "individualismo dinámico". Sostiene que en una sociedad compleja, donde la competencia individual es aguda, debe ejercitarse todo recurso del intelecto y de la experiencia para ganar dominio personal. Una forma más concisa de expresar esta tendencia particular es: "el fin justifica los medios".

Además, el *oportunismo* en sí es ensalzado como una virtud. En otras palabras, debe emplearse cualesquiera medios que estén a la disposición. Actualmente, aquél que alcanza un fin por cualesquiera medios, es admirado a menudo como un individuo progresista y exitoso.

El efecto que tienen sus actos sobre los demás, se pierde en la admiración por sus logros personales.

Los instintos primitivos son generalmente más fuertes que las restricciones morales de la pasión, los apetitos y los deseos. Una vez que el individuo cree que puede evitar la conducta apropiada y las éticas establecidas, y por medio de eso progresar, estará tentado grandemente a hacerlo así.

Actualmente existe el intento, como se dijo, a justificar esta disminución acerca de las éticas del individuo. Existe la afirmación de que las presiones de la actualidad, la inseguridad, la competencia de las empresas, necesitan relegar al pasado muchas éticas comunes. ¿Cuál es el peligro en todo esto? Es la eventual disolución y la completa declinación de la sociedad. Estamos presenciando su sombra que hace acto de presencia furtivamente en todos los eventos actuales. Son recuerdos nefastos de civilizaciones pasadas que, en igual forma, descartaron estas salvaguardias.

Capítulo XX

MISTERIOS DEL FENOMENO PSIQUICO

¿QUE PUEDE DECIRSE acerca del llamado fenómeno psíquico, del cual se habla tanto actualmente? Con frecuencia se hace la pregunta: ¿la *telekinesis* y la *levitación* son reales, o sólo figuraciones de la imaginación?

Al considerar el fenómeno psíquico, deseamos insistir en que no estamos relegando al reino de lo *sobrenatural* la palabra *psíquico.* Para los rosacruces no existe lo sobrenatural. No hay nada que esté fuera o más allá del campo de lo natural. Todo lo que ocurre lo hace por medio de leyes cósmicas y naturales.

Lo que el hombre puede denominar sobrenatural, es aquello que al momento es misterioso para él y para lo cual no puede encontrar una explicación natural o física. Muchas cosas que en el pasado se creía que eran sobrenaturales, ahora las consideramos supersticiones. En nuestro conocimiento más avanzado, hemos encontrado causas naturales para ellas, de las cuales estaban ignorantes las inteligencias del pasado.

En consecuencia, usamos el término *fenómeno psíquico* para significar aquello que tiene relación con las fuerzas humanas naturales que trascienden las facultades objetivas ordinarias. Existen poderes innatos y fuerzas que no son percibidas objetivamente. Por ejemplo, no consideramos que las funciones de la mente subconsciente son sobrenaturales. Sin embargo, son psíquicas debido a que su fenómeno no es físico ni material.

En cuanto a la palabra *telekinesis*, puede ser definida como el movimiento de los objetos sin la ayuda del contacto físico o de una acción mecánica a distancia. Así pues, la verdadera telekinesis podría ser ejemplificada por el movimiento de mesas u objetos en un cuarto, sin que sean tocados por manos humanas y no como resultado de cualesquiera medios mecánicos bajo la dirección de la inteligencia humana.

El fenómeno atribuido a la telekinesis, ¿ha sido observado realmente por investigadores inteligentes con un entrenamiento científico? Uno de los principales coleccionistas de historias relacionadas con el fenómeno psíquico de este tipo, y un investigador eminente, fue el Dr. Charles Richet.

El Dr. Richet colaboró en el campo de la investigación psíquica con hombres prominentes tales como Sir William Crookes, un notable físico

y químico. Adquirió renombre en su investigación sobre la electricidad y fue el inventor del tubo Crookes, predecesor de la bombilla eléctrica y el tubo o válvula de la radio moderna.

Es apropiado relatar unos cuantos de los muchos fenómenos investigados por este hombre eminente, expuestos en la obra clásica del Dr. Richet sobre este particular. Cita la investigación del Juez John W. Edwards de una Corte Suprema: "Había recurrido a todo expediente que pudiera tener en mente, para descubrir el fraude y para tomar precauciones en contra de un engaño... He visto una mesa de caoba, con un pilar central y con una lámpara sobre ella, elevarse por lo menos veinticinco centímetros por sobre el suelo, a pesar de los esfuerzos de quienes trataban de impedirlo....

"He visto una silla de caoba voltearse sobre sus lados y moverse de aquí para allá a lo largo del suelo, sin haber sido tocada por nadie, en un cuarto en donde estaban sentadas por lo menos una docena de personas, sin que ninguna de ellas fuera tocada por la silla. A menudo se detenía a pocos centímetros de mí, moviéndose tan rápidamente que, si no se hubiera detenido, me habría golpeado la pierna".

Existen también las investigaciones de un Profesor Thury de la Universidad de Génova. En un panfleto escrito por él, dice: "Dos personas, la

Sra. de Gasparin y la Sra. Dorat, hicieron girar sobre sí misma una pequeña mesa, sin tocarla. La mesa se volteaba y se balanceaba, mientras una de ellas mantenía sus manos aproximadamente a tres centímentros de su superficie. Yo vi el espacio entre las manos y la mesa durante todo el tiempo y estoy seguro de que, durante las cuatro o cinco revoluciones que hizo, no hubo contacto... de ninguna clase... no hay ninguna duda posible".

¿Podrían introducirse en tal demostración el engaño, el fraude deliberado y la supercheria? Muchas veces los investigadores del fenómeno psíquico han descubierto medios fraudulentos. El Dr. H. Spencer Lewis fue uno de los primeros oficiales ejecutivos de la Sociedad de Investigaciones Psíquicas de Nueva York a principios del siglo. Junto con sus colegas, que estaban compuestos de científicos, reporteros, profesores universitarios e investigadores serios del fenómeno psíquico, asistió a muchas de esas demostraciones, llamadas sesiones.

Los ignorantes y crédulos que asistían a tales sesiones, eran engañados a menudo por medio de artificios hábiles. Los miembros de la Sociedad de Investigaciones Psíquicas, ha relatado el Dr. Lewis, con frecuencia eran escépticos, pero, debido a que eran investigadores del conocimiento, conservaban una mente liberal. Muchos de los fenómenos, admitían

abiertamente, no se debían a ninguna fuerza, pero eran obviamente el resultado de una fuerza que no podía ser explicada sobre fundamentos físicos.

¿Qué precauciones fueron tomadas durante tales investigaciones, para prevenir cualquier fraude en el movimiento aparente de mesas pesadas o de otros objetos en un cuarto, sin ningún contacto real con ellos? Se relata que los médiums a menudo tenían atadas sus manos y pies, y, que en otras ocasiones, eran sostenidos por los miembros del grupo investigador. Otros métodos consistían en atar cuerdas en las manos de los médiums, mientras las otras puntas de dichas cuerdas eran sostenidas por los investigadores.

Sir William Crookes explica un método científico que utilizó en una demostración de telekinesis, el movimiento de objetos pesados por medio de poderes psíquicos. El tenía una tabla pesada balanceándose sobre un borde fino como la hoja de un cuchillo. Encima de esta tabla se hallaba pegada una báscula que, a su vez, estaba conectada a un punzón, de forma que produjera una gráfica con cualquier movimiento de la escala. El médium fue colocado a una distancia de un metro aproximadamente de la tabla. Todos pudieron observar que él hizo que la tabla se moviera de arriba a abajo suavemente sobre el borde, por medio de su voluntad. Aun cuando el

movimiento era muy lento, su intensidad fue registrada en la gráfica.

La Universidad Rose-Croix en San José, California, como lo hacen otras instituciones de enseñanzas, dirige investigaciones y cursos en *parapsicología.* El planteamiento de los temas es con el uso de modernos instrumentos científicos, así como hipótesis teóricas. Estos temas, desde luego, significan investigación dentro de los poderes psíquicos del hombre. Un curso similar, en donde se llevaron a cabo experimentos con telekinesis, ante un gran número de estudiantes, fue dado hace algunos años en los cursos de invierno. Puesto que yo participé en estas clases, usaré el pronombre personal al describir estos experimentos.

Fue colocada una gran mesa-librero de nogal sobre el piso del anfiteatro del salón de clases. Recuerdo que pesaba aproximadamente veinticinco kilos. Primero, presioné firmemente los dedos de ambas manos contra la superficie de la mesa. Pedí que quienes se encontraban presentes permanecieran pasivos. Les solicité que no intentaran ayudarme mentalmente en ninguna forma. Previamente, traté de experimentar varias veces ante grupos muy pequeños, logrando diferentes grados de éxito.

Luego me concentré en la mesa, con el deseo de que se moviera hacia mí y que se deslizara en

cualquiera dirección que yo escogiera. Después de tres o cuatro minutos de intensa concentración, se desarrolló un estado emocional. En otras palabras, presentí una sensación de excitación y alborozo. Entonces, la mesa pareció cambiar, es decir, se hizo casi vibrante al tacto.

Realmente podía aligerar la presión de mis dedos sobre la mesa, debido a que ésta parecía adherirse a ellos como con un adhesivo de alguna especie. En ese momento, comprendí que yo tenía el mando sobre ésta. Podía moverla lenta o rápidamente y deslizarla a lo largo del suelo, como si lo hiciese sobre el hielo. En mi propio parecer, nunca se separó de la superficie del suelo, aunque algunos de los observadores dijeron que una de sus patas pareció elevarse una fracción de centímetros.

Después de tal demostración, me sentí sumamente fatigado, como si hubiera pasado a través de una severa prueba emocional. Después de unos momentos, al tratar de experimentar de nuevo sobre la telekinesis, no tuve éxito. Atribuí este fracaso subsecuente a dos cosas: primero, la fatiga temporal debida a la intensa concentración, y, por último, a la distracción causada por la gran audiencia. Aunque estuvieron quietos y atentos, sentí el impacto de sus pensamientos durante los experimentos, siendo este un factor perturbador.

En experimentos previos, con sólo dos o tres

personas presentes, mis esfuerzos fueron más exitosos, es decir, los resultados fueron efectuados más fácil y rápidamente. En estos otros experimentos, tres personas se pararon en las otras esquinas de la mesa. Todos presionaron firmemente los dedos de ambas manos sobre la superficie. Cuando se alcanzó éxito, la mesa se movió suave y fácilmente en mi dirección, después de algunas sacudidas preliminares.

Los otros tenían que seguirla rápidamente, para mantener sus dedos sobre la superficie. Sin embargo, después que la mesa estuvo en movimiento, el quitar sus dedos no tuvo ningún efecto sobre el fenómeno. Parecería que, si una de las personas era capaz de manifestar la fuerza, eso era suficiente: un número mayor de personas, al menos en nuestros experimentos, eran más un obstáculo que una ayuda.

Existen ciertos tipos de telekinesis diferentes al movimiento de objetos. Estos consisten en *ruidos* y *golpes*. El Dr. Stanhope Speer, un físico inglés, citó en la obra de Richet su investigación de este tipo particular de fenómeno, diciendo: "A menudo escuchamos toques en la puerta, en algún mueble y en la pared, a cierta distancia de la mesa ante la cual estábamos sentados. Estos no podían ser producidos por ningún medio humano (físico). Me aseguré de esto por todos los métodos posibles".

Este fenómeno ha sido asociado a veces con el que es llamado popularmente "casas encantadas". En ellas se han escuchado ruidosas cuarteaduras en las paredes y lo que suena como toques en la puerta y crujidos en los suelos y en el techo. Un examen cuidadoso de los lugares indicados, no muestra grietas o cuarteaduras que podrían haber originado tales ruidos. Más a menudo, tales condiciones ocurren sólo cuando determinadas personas habitan en esas casas.

Hace pocos años, ocurrió uno de estos fenómenos en una casa de Oakland, California. En la prensa diaria se dieron detalles acerca de estas circunstancias. Se dijo que las sillas se movían por sí solas a través de la habitación, las ventanas se abrían súbitamente, las puertas se cerraban y se oía como si tiraran piedras al techo, cuando no había absolutamente ninguna causa física observable que ocasionara tales acontecimientos.

Esperando un fraude, los científicos de las universidades cercanas hicieron cuidadosas investigaciones, sin que pudieran encontrar nada que revelara lo que era denominado "causas naturales". Los investigadores escépticos llegaron a la conclusión de que todo era el resultado de algún truco engañoso. Sin embargo, esa explicación fue enteramente inadecuada. El fraude nunca fue probado. Si hubiera existido en esto una forma engañosa que estos observadores

preparados no pudieron percibir, no fue ciertamente para el crédito de su inteligencia o habilidad.

¿Cuáles son las teorías que han sido desarrolladas como una explicación para la telekinesis? Una aclaración ridícula hecha por un investigador fue que, cuando varias personas están reunidas en una habitación, el ruido de las cuarteaduras es debido al "crujir de las articulaciones de las rodillas". En cuanto al movimiento de los objetos por el toque de las manos, se ha teorizado que es debido a la contracción consciente o inconsciente de los músculos, causando el atraer o alejar los objetos. Se asume que el individuo que ha entrado en un estado de semitrance, no está consciente de la presión que está ejerciendo sobre los objetos. Además, indican que un objeto inestable, tal como una mesa en perfecto equilibrio, podría ser movida fácilmente por medio de la contracción muscular.

En estas suposiciones, se ha dicho también que las emociones variantes de la mente subconsciente son transformadas en reacciones musculares momentáneas. La mesa, entonces, al moverse parece una entidad inteligente. Se mueve positivamente en una dirección, o puede vibrar como si vacilara, haciendo un movimiento

en otra dirección, cambiando luego y retornando a su posición normal.

Otros han admitido que, en alguna forma que no pueden comprender, pueden producirse "vibraciones mecánicas en la materia a cierta distancia y sin el contacto con un humano". En otras palabras, los poderes e inteligencia innatos, pueden actuar sobre la materia inanimada. Se acepta, además, que la presencia de ciertas personas es usualmente necesaria para tal fenómeno.

¿Cuál es nuestra opinión? Consideramos que hay *causas naturales* definidas para tal fenómeno; que es psíquico sólo en el sentido de que se trata de poderes subliminales que no se comprenden, ni son usados por el hombre. Parecería que ciertos seres humanos, bajo una tensión emocional que ellos inducen en sí mismos, pueden radiar una energía o una fuerza, que puede afectar la atracción gravitacional de cosas materiales. Este fenómeno humano puede disminuir la gravedad sobre un objeto, así que su peso es materialmente reducido, o, por el momento, está "ingrávido".

En nuestros experimentos en la Universidad Rose-Croix, al concluir las clases de invierno, intentamos unir una báscula a un objeto que iba a ser elevado, para determinar su peso antes de moverlo durante el experimento con la telekinesis. Sin embargo, éste terminó antes de

que se alcanzara cualquier conclusión. Nuestra opinión subsecuente es que un objeto, bajo la influencia de la fuerza "psíquica", puede tener menos peso que en circunstancias normales. Esto podría indicar que el fenómeno afecta la estructura molecular del objeto, en cuanto a lo que se relaciona con la gravedad. Si fuera posible probar esto concluyentemente, podría ser de gran importancia para el misterio de la levitación.

Capítulo XXI

LA REENCARNACION ¿HECHO O FANTASIA?

MILLONES DE SERES en el mundo abrigan la creencia en el renacimiento. En sus variaciones, este concepto es quizás una de las doctrinas religiosas sostenidas en forma casi universal. Sin lugar a dudas, es tan antigua como la creencia en la inmortalidad. Algunas sectas religiosas degradan la idea de la reencarnación, porque no es compatible con sus propias interpretaciones, o porque es desaprobada por sus teólogos.

Empero, la doctrina de la reencarnación contiene postulados tan verosímiles como los de otras creencias en una vida después de ésta. La mayoría de las doctrinas religiosas se funda en la *fe* y en la experiencia personal. No están en la misma categoría que las leyes empíricas de la ciencia, las cuales son demostrables. En consecuencia, dos doctrinas pueden tener una exigencia igual sobre las creencias del hombre, si cada una se acepta por la fe y no por la evidencia objetiva.

La idea de la continuidad de la vida después de

la muerte, ha intrigado la imaginación del hombre desde los anales más antiguos que se conocen: el constante misterio de la vida ha desafiado la mente humana. El impulso instintivo para sobrevivir, ha causado tanto el temor a la muerte, como la esperanza de la inmortalidad.

El concepto antiguo de la dualidad del hombre —la asociación del aire y del aliento con un espíritu intangible— sugiere que un elemento del hombre sobrevive a la aparente destrucción de su cuerpo. Pero, ¿en dónde y cómo sobrevivirá esta entidad incorpórea, invisible, de la dualidad del hombre, si la fuerza animadora relacionada al aliento desaparece con la muerte?

Sin embargo, no existe ninguna evidencia de que esta entidad se destruye. A las mentes primitivas les fue fácil creer que, tal vez, esta entidad inmanente volaba como pájaro con alas invisibles, hacia otro reino por encima de las nubes. O quizás entraba a un mundo inferior por debajo de la tierra, tal como el sol parece hacerlo cada día por el occidente. De hecho, las primeras formas que se le dieron al alma, por ejemplo el *Ba* de los egipcios, era la de un pájaro.

¿Qué es lo que constituye esta vida después de la muerte? Lo que eran esas experiencias después de la vida, variaba de acuerdo a la cultura de las diferentes civilizaciones. Algunos partidarios suponían que la siguiente vida es un verdadero

paraíso, como lo piensan algunos devotos religiosos en la actualidad. La entrada del hombre a este paraíso, desde luego, sería determinado por el hecho de haber observado un cierto código moral en la tierra, y tales creencias por lo general requerían que el alma fuese juzgada primero por su conducta.

Ordinariamente, el paraíso era un lugar de placeres extáticos, similares a los de la Tierra, pero más intensos y dentro de las restricciones morales de la secta religiosa en particular. Las labores tediosas y comunes y el sufrimiento de la Tierra, quedaban excluidas de este paraíso de otro mundo. A la inversa, el pecador quedaba condenado a una religión donde se le impondrían todas las torturas que la mente humana puede imaginar.

En el *Corán,* se promete al musulmán devoto una vida en un mundo donde puede descansar sobre un lecho de seda y estar rodeado de doncellas extraordinariamente hermosas, cuyos ojos son como "perlas ocultas". Y a pesar de que al musulmán se le prohiben las bebidas embriagantes en esta vida, en la otra podrá beber vinos que no le causarán jaquecas ni le confundirán la mente.

Junto con el concepto de la continuación de la vida después de la muerte, se halla la creencia en

el renacer en cierta forma en la Tierra. Cómo fue que esta idea nació entre los pueblos primitivos, es algo en lo que sólo se puede especular, según los antropólogos, etnólogos y filósofos. En el reino vegetal existen todas las indicaciones de una resurrección o renacimiento. Algunas especies parecen marchitarse y morir, para después volver a nacer o a revivir en un período posterior.

El equinoccio vernal en el Hemisferio Norte marca la época en que la vida vegetal se renueva, tras la apariencia estéril y moribunda de la naturaleza invernal. Tal vez el hombre también renace para vivir entre los mortales, pero poseyendo alguna otra forma. Por lo menos, parece que la naturaleza nos lo sugiere.

Desde el punto de vista psicológico, el deseo de volver a vivir entre nuestras amistades y familia, preservando los métodos de vida familiares que habíamos disfrutado, tendría desde luego un atractivo tan fuerte, como la promesa de una vida en otro mundo que jamás se ha experimentado en forma personal. Un examen superficial de la historia respecto a este tema, nos revela que la creencia en una reencarnación en la tierra, ha sido aceptada por millones de seres a través de los siglos.

En la actualidad, las palabras *reencarnación, transmigración,* y *metamorfosis,* son intercambiadas en forma común y errónea. De hecho,

existe una diferencia técnica importante entre sus significados. La doctrina de la transmigración supone la posibilidad de que, después de la muerte, el alma del hombre podrá entrar en una planta, ave, reptil o en un toro; en realidad, en cualquier cosa animada.

Sin embargo, en dondequiera que la transmigración ha sido una doctrina religiosa, ha estado gobernada por ciertas leyes sobrenaturales supuestas: la forma que toma el alma al encarnar, dependerá de su desarrollo personal, y la experiencia que se obtendrá estará cifrada en la forma que se da al alma o en los castigos que se le impongan. Por lo general, la transmigración del alma a un animal, ha sido aceptado como un acto de regresión.

Los pueblos primitivos son observadores perspicaces de la vida y conducta animal, debido a que es contigua a su propia forma de vivir. Suponen cierta similitud entre las características de los animales y la conducta de los humanos. Para la mente primitiva, entonces, existía un lazo o relación con respecto a la personalidad humana que se debía a la ley de la similitud. En consecuencia, no era difícil para ciertas mentes el pensar que una especie de cosas vivientes en particular, poseyesen almas de humanos que habían pasado a formar parte de ellos en el momento de la muerte.

Los egipcios tenían tres ideas tocante a la personalidad humana después de la muerte. Una era la unión mística con Dios; la segunda, la transmigración a un animal; y la tercera, la metamorfosis o la entrada voluntaria del alma en cualquier otro cuerpo. En la concepción de la unión mística, el alma regresaba a sumergirse en Dios. Se convertía en *uno* con la Esencia Divina.

Encontramos en esta idea una expresión muy antigua, que prevalece en muchas de las enseñanzas esotéricas de la actualidad, del tipo superior de panteísmo místico. En el famoso *Libro de los Muertos*, una colección de liturgias religiosas y descripciones de la vida después de la muerte, hallamos frases como: "Yo soy Ra (un dios)" o, "Yo soy Thoth". Se creía que cuando el alma se unía con Dios, era una apoteosis completa; esa absorción confería al alma un poder divino, igual que el Dios.

Algunos egiptólogos dudan respecto a qué tanto creían los egipcios en la *transmigración*, o el paso del alma hacia los animales. Algunas de las inscripciones en las tumbas parecen implicar el tema de la transmigración. Varias de las escenas muestran a egipcios arreando cerdos ante un dios, para que los juzgase como si éstos poseyesen un alma racional.

Por otra parte, existen ejemplos de metamorfosis —la creencia de que los humanos

intentan transformarse en otros cuerpos vivientes. También hay indicaciones de que los egipcios creían que los objetos inanimados podrían transformarse en objetos vivos, como la metamorfosis de un modelo hecho de cera, en un cocodrilo de verdad.

El *Libro de los Muertos* contiene varios capítulos de fórmulas mágicas, dándole al muerto el poder para transformarse en lo que desea —un halcón, un dios, una flor o un reptil: "Yo soy una golondrina; yo soy la golondrina. Yo soy el Ave Escorpión (o el ave blanca), la hija de Ra".

Puesto que la civilización egipcia cubrió un período de miles de años, su cultura prosperó y decayó en épocas distintas. Los conceptos religiosos prevalentes a lo largo de un período de civilización tan grande, fueron tanto primitivos como representantes de una abstracción avanzada. Como en muchos lugares en la actualidad, las creencias politeístas vulgares y el animismo, acompañaban a las creencias místicas y filosóficas iluminadas.

Teóricamente, el budismo no enseña la existencia de la reencarnación, ni, de hecho, el alma del hombre. Sin embargo, se refiere a la "corriente de existencia". La doctrina budista puede aceptar una renovación continua de nacimientos. Esta "rotación de la rueda", o renacer, depende de la obras del hombre en la

tierra. El renacimiento, en el sentido estricto de la interpretación budista de la palabra, es realmente un acto de retribución, un castigo por no haber alcanzado cierto estado de conciencia y ciertos valores morales.

El renacer es un acto retributivo del *karma*, la consecuencia de ciertas obras humanas. Por lo tanto, el budismo se conforma a la doctrina de la reencarnación. De hecho, en algunas de sus obras el budismo nos relata cómo ciertas personas se acuerdan de sus vidas pasadas. Se nos cuenta que Buda dijo que esta rememoración, era uno de los logros sobrehumanos característicos de la santidad budista.

Los antiguos celtas tenían una creencia definitiva en la reencarnación, pero no en el sentido verdadero de la palabra transmigración. Se pensaba que, después de la muerte, el alma esperaba su reencarnación: continuaba viviendo durante este intervalo, pero en una forma muy diferente a la de la Tierra. Tras ese período de espera y purificación, el alma pasaba a otro cuerpo humano. Los druidas creyeron tan firmemente que el hombre reencarnaba en otro cuerpo humano, que sus ceremonias funerarias requerían que se quemasen y se enterrasen con el muerto las cosas que podía utilizar en esta nueva vida.

Existe un tipo de misticismo judeo-esotérico, que incluye referencias que pueden interpretarse

como relacionadas a la reencarnación. Se piensa que estas ideas son sincréticas, es decir, que se tomaron de enseñanzas egipcias e hindúes más antiguas. Parece que este misticismo está basado en las siguientes abstracciones: "Dios es el creador de todo; por lo tanto, las almas son Su creación. Pero, ¿continúa Dios el acto de la creación? ¿Crea las almas tan pronto nacen los hombres?"

Este sistema de pensamiento sostiene que Dios no crea nuevas almas. Cesó la creación al final del sexto día. Se implica que, tras una determinada peregrinación en el paraíso, las almas de los muertos retornan al mundo inferior. Sin embargo, en este sistema de pensamiento parece haber, además, una reserva de *almas nonatas*. En un principio, Dios creó más almas que cuerpos. Este paraíso al que se dirigen las almas tras la muerte, es una especie de mundo en el que existe una percepción de la gloria de lo Divino. Allí permanecen con las almas que han sido creadas, pero que todavía no han nacido. También se dice que "al ascender al cielo, Moisés ve a las almas de los grandes y de los piadosos y de quienes vivieron en la tierra... y de los que vendrán a la vida en lo futuro".

Herodoto, el famoso historiador griego, dice que los griegos (Pitágoras, por ejemplo) obtuvieron de los egipcios sus ideas de la

reencarnación y transmigración. La escuela órfica de Grecia enseñó que el alma está aprisionada en el cuerpo, como si fuese un calabozo. Continuará regresando al encierro terrenal hasta que alcance finalmente la virtud de la perfección. Platón, en sus *Diálogos*, hizo referencia a este concepto.

El mito de Perséfone, la hija de Deméter, nos dice que al noveno año, ella regresaba almas a la tierra procedentes de los infiernos, cuando ya se les había purificado. Después de tres encarnaciones sobre la Tierra, continuaban una existencia inmortal "en la isla de los bienaventurados". Se cuenta que un alma purificada dijo: "Volé fuera de la rueda fatigante y dolorosa; pasé con pies ansiosos al círculo deseado". La rueda se refiere a la mística rueda de la fortuna. Su revolución simboliza el ciclo de vidas sucesivas; la terminación es el fin de las encarnaciones.

Heráclides del Ponto dijo que a Pitágoras se le había permitido guardar en la memoria sus encarnaciones anteriores. Se cuenta que esto lo demostró en una ocasión, cuando visitaba la ciudad de Argos con motivo de las fiestas en honor a Hera. Allí, Pitágoras identificó como suyo el escudo de *Euforbus*, quien había muerto ante las murallas de Troya.

En escritos antiguos, también se indica que Pitágoras aparentemente creía en la

transmigración. En una ocasión, apiadándose de un perro al que azotaban, exclamó: "No lo azotéis más, pues su alma es la de mi amigo; lo reconocí cuando escuché su voz". Pitágoras también afirmó que la esencia del alma se halla en los animales, pero en tanto que su raciocinio es inadecuado, se impide su actividad.

Platón afirma que quienes no pueden emanciparse del peso de las cosas corporales, no pueden elevarse hasta los elementos puros de arriba. Se les arrastra hasta los infiernos, donde viven como apariciones. Después, sus almas vuelven a quedar prisioneras en algún cuerpo, el mismo ser sensual transmigrado a animales inferiores, como los lobos, chacales, etc. Quienes carecen de virtudes filosóficas, pero viven vidas respetables, se convierten en abejas, o inclusive en hombres, en su próxima existencia. Sólo quienes se dedican a la filosofía y a la razón elevada —lo que en el hombre se considera divino— quedan completamente exentos de futuras encarnaciones.

Los cristianos ortodoxos con mucha frecuencia aborrecen la creencia de la reencarnación, tal vez porque no están familiarizados con el tema, o por un prejuicio de dogma religioso. Con todo propósito, o de alguna otra forma, la identifican con la transmigración y la metamorfosis. No obstante, existen varias alusiones en la Biblia, que

sólo se podrían comprender adecuadamente en términos de la reencarnación del alma. Esas citas son demasiado numerosas como para anotarlas aquí; sin embargo, en su excelente libro: *Las Mansiones del Alma,* un tratado acerca de la reencarnación, el Dr. H. Spencer Lewis cita muchas de ellas.

Para muchas personas inteligentes, la doctrina de la reencarnación parece estar más de acuerdo con lo que ellas consideran *la justicia divina.* Para ellas, el renacer brinda la oportunidad para que el hombre expíe sus errores adecuadamente —o pecados, si así los quiere llamar. Para tales pensadores, la reencarnación es un principio lleno de compasión, que permite al hombre algo más que un corto plazo de vida mortal, en el cual debe aprender a alcanzar la armonía con las leyes cósmicas y divinas. Se sostiene que, si las verdades espirituales son más profundas y más importantes que el conocimiento mortal, las almas deben recibir un lapso mayor para aprender, que el que se le provee a la mente mortal.

En verdad, la creencia en la reencarnación no hace desmerecer el desarrollo del sentido moral o de la apreciación de los valores espirituales, como tampoco disminuye la unidad mística del hombre con lo que él considera que es la causa inicial e infinita. La acusación de que no se le puede

demostrar —algo que con frecuencia se asesta contra la doctrina de la reencarnación— podría, en igual forma, ser expuesta por personajes pervertidos, contrarios a la creencia de que el alma existe en un paraíso o en un estado celestial por toda una eternidad. Hay peritos tradicionales y eclesiásticos en pro y en contra de todas las diferentes *concepciones humanas* de la inmortalidad del alma.

Capítulo XXII

LA METAFISICA Y LA CIENCIA

¿ES ANTICUADA LA metafísica y está completamente reemplazada por la ciencia? En esta era moderna de empirismo y de materialismo, ¿ya no proveen medios de conocimiento la abstracción y el razonamiento puro?

En el Siglo V A.C., el sofista Protágoras expuso la inseguridad de los sentidos como una fuente de verdadero conocimiento. Aún más, sostuvo que todo lo llamado verdad, está relacionado con el concepto de los individuos. Cada hombre es "la medida de todas las cosas". Es decir, no hay verdad absoluta. Por ejemplo, las virtudes no son universales, sino relativas a la época en que existen y a las costumbres de la gente, por lo que pueden aun variar de una generación a otra y de un país a otro.

Los sofistas no fueron los únicos en negar la infalibilidad de los sentidos. Lo hicieron también Sócrates, Platón, Aristóteles, los estoicos y otras escuelas. Sin embargo, generalmente se afirmó que había un conocimiento universal, una especie

de sabiduría innata, que podría originarse en el ser interno o alma, como fue generalmente conocido. Se mantuvo que la razón era la vara con la que se medía y determinaba esta verdad.

Si un concepto era evidente por sí mismo, parecía indudable y no podía ser refutado por un argumento lógico, entonces se pensaba que era un conocimiento absoluto. En este respecto, la creencia y la opinión también entraban en la categoría del conocimiento si sus conclusiones tenían el apoyo de la razón, o, por lo menos, si no podían ser refutados de otra manera.

Pirrón, fundador de la escuela del escepticismo (Siglo IV A.C.), declaró que no era posible que la mente humana supiera la verdadera naturaleza de la realidad. Injurió a todas las filosofías que declaraban enseñar un conocimiento absoluto. El hombre no puede saber nada con seguridad, dijo. Como los sofistas y los de otras escuelas, indicó también que la percepción era un medio falso del conocimiento. Los sentidos son perfectos y varían en cada hombre en las sensaciones que proveen y en las imágenes que forman en la mente. Dos hombres pueden mirar a un mismo objeto distante y dar diferentes conclusiones de su naturaleza.

Sin embargo, Pirrón no estuvo completamente de acuerdo con las doctrinas de los sofistas. No negó que podría existir una verdad universal y

absoluta; más bien, aseguró que no le pertenecía a la mente humana comprender esto. Se ha dicho que el razonamiento persuasivo de los argumentos de Platón, forzaron a los escépticos a pronunciarse a favor de la probabilidad; en otras palabras, era *probable* que existiera un conocimiento absoluto sin que el hombre lo supiera. El argumento de Platón en contra de los escépticos fue que éstos afirmaron con toda entereza la *inexistencia* de una verdad absoluta. Es decir, las declaraciones negativas de los escépticos igualaban a una realidad positiva, con lo cual contradecían su propio argumento.

Se debe comprender que en la llamada era clásica de la filosofía, en los tiempos de la antigua Grecia, la ciencia se encontraba a lo más en un estado embrionario. En las mentes de los hombres era sólo el principio de una separación entre los fenómenos naturales y los actos determinativos de los dioses. Generalmente se concede a Tales la primera crítica de los dioses, como siendo la primera causa de todos los fenómenos naturales. En este período de ausencia de la ciencia del espíritu, o sea, de la observación exacta, de la experimentación, de la investigación de las causas naturales y también la falta de aparatos, contribuyeron a que la razón fuera la clave del conocimiento.

El razonamiento silogístico, o *lógica,* fue

desarrollado a un alto grado. Se aceptaba como conocimiento absoluto a lo que se comprendía claramente y para lo cual no existía contradicción racional equivalente. Para la mayoría de los primeros filósofos y también para muchos de los siglos posteriores, el razonamiento fue una cualidad divina. La mente fue declarada como un atributo del alma y la razón se consideró como su sinónimo. Siglos después, Kant expuso un conocimiento *a priori* que todos los hombres poseían. Este era ciertas verdades universales innatas que todos los hombres llegaban a comprender. "Por medio del conocimiento *a priori,* debemos por lo tanto,... comprender, que no hay conocimiento que sea independiente de esta o aquella experiencia, pero sí existe aquél que es absolutamente independiente de *todas* las experiencias".

Alrededor del año 900 de la Era Cristiana, cuando la iluminación personal estaba en su nivel más bajo, los filósofos escolásticos de la iglesia dependían casi totalmente de la persuasión dialéctica. Las enseñanzas de Aristóteles fueron consideradas como el epítome del conocimiento y las cuales no se podían superar. El método aristotélico de la lógica fue usado por estos escolásticos, hasta el punto de perder el tiempo con respecto a cualquier tema. Si podían desarrollar una proposición que no podía ser

refutada era aceptada como verdad absoluta. Por consiguiente, daba por resultado sólo una repetición de estas conclusiones lógicas acerca de los mismos temas. No hubo intento de someterlos a la prueba de la investigación material cuando se trataba de fenómenos físicos.

La era de la ciencia puso fin a la seguridad absoluta de la razón como prueba de la verdad. Se sostiene que la era moderna de la ciencia empezó verdaderamente con Francis Bacon, quien declaró que no era necesario depender sólo del método deductivo del razonamiento; es decir, no es suficiente empezar sólo con un concepto general y luego tratar de encontrar hechos verdaderos que lo apoyen. Bacon afirmó: "Hasta donde se puedan obtener de la inflexibilidad y firmeza de la mente, las teorías, opiniones e ideas comunes, deberían ser descartadas totalmente y la comprensión debería empezar de nuevo clara y justamente con detalles..." Estos pormenores a los cuales se refiere Bacon con respecto a su método *inductivo*, pertenecen a las cosas que pueden ser percibidas, examinadas y medidas individualmente y analizadas por lo que parecen ser sus verdaderas cualidades. Del estudio de estos detalles, el hombre observa las causas del fenómeno y aprende las leyes por medio de las cuales se manifiestan con una regularidad evidente.

En general, los métodos empíricos de la ciencia

en nuestra era tecnológica, están cimentados en esta filosofía de Bacon. Esta parece acabar con la confianza final de la sola tradición, de los conceptos racionales, de las obras de la razón, así como también con las creencias y opiniones, aunque estén profundamente apoyados por toda la lógica. En la primera deliberación, ésto parecería ser atávico, es decir, una reversión a la confianza total de sólo los sentidos, pero al practicarlo, fue rechazado hace mucho tiempo por varias escuelas clásicas de filosofía.

La filosofía de la ciencia, si podemos llamarla así, es la que afirma lo que nuestros sentidos nos confirman como realidad y los cuales debemos aceptar a menos que ellos mismos refuten después esas experiencias. Es decir, vivimos en un mundo físico, un mundo transmitido por las impresiones de nuestros sentidos, y estos, a su vez, producen nuestras sensaciones. Estamos forzados a reaccionar y responder a estas sensaciones y experiencias para sobrevivir. Si negáramos que todo lo que percibimos tiene alguna forma de realidad, no sobreviviríamos las condiciones de nuestro medio ambiente. Nuestra experiencia de la realidad es sólo *relativa.* Utilizamos nuestros sentidos, pero no tenemos la seguridad de que nuestras interpretaciones de los estímulos percibidos —o sea, lo que vemos, oímos sentimos y así sucesivamente— sean duplicados exactos de la realidad.

En su verdadera naturaleza clásica, la *metafísica* está compuesta de tres materias básicas de investigación por medio de la razón. Estas son: la *ontología,* la naturaleza del ser o la realidad; la *epistemología,* la naturaleza del conocimiento; y también lo que podemos denominar con un sentido amplio, la *psicología.* En la última categoría, la metafísica se relaciona con los problemas morales y éticos de la sociedad, temas que no tienen propiedades físicas. Sin embargo, muchas de las conclusiones lógicas acerca de ellos, están en vigor actualmente. En otras palabras, aunque estos temas clásicos se han traído a la atención de las ciencias psicológicas de hoy, muchas de estas proposiciones del pasado prevalecen aún y no son refutadas. También en el campo de la epistemología o teoría del conocimiento, muchos de los conceptos tradicionales y metafísicos retan a la ciencia moderna para refutar esas postulaciones. El *discernimiento* de algunos de los primeros metafísicos es extraordinario.

Sin embargo, la metafísica usa el *método deductivo*, o sea, por medio del razonamiento se llega a una idea o concepto general. Este método consta de conceptos que no son probables desde el punto de vista científico, no importa cuán plausibles puedan parecer. Por este motivo, muchos de los jóvenes de hoy, que tienen su

doctorado en las ciencias, suelen burlarse de la metafísica como si fuera nada más que una forma de ejercicio mental.

No obstante, tiene que haber un *principio* en la búsqueda del conocimiento, aun si éste es sólo relativo, y en otra década o centuria se considere deficiente. ¿Qué es lo que uno busca? ¿Qué es lo que requiere aclaración? En su búsqueda, la ciencia empieza con los pormenores básicos y continúa en su investigación, de acuerdo a su método inductivo empírico. Sin embargo, debe haber una razón para la clase de conocimiento que se busca. ¿Se trata de comprender la función de un fenómeno? ¿Se quiere desaprobar una tradición, una teoría o una creencia no verificada?

En el motivo, propósito o incentivo, si se le desea llamar así, es donde la *metafísica* continúa jugando su parte. Como analogía, los astrónomos y astrofísicos están deseosos de llegar a una idea de cómo empezó el gran universo, ¡y hasta si hubo un principio! El razonamiento acerca de si el cosmos tuvo un principio y cuál podría ser la naturaleza de tal causa, es una *abstración metafísica.* Es un tópico de pura deducción.

Por sí mismo, este razonamiento sólo podría lograr una conclusión racional satisfactoria, que pudiera ser completamente falsa *y* quizás la ciencia la desaprobaría fácilmente después. Sin embargo, su gran potencia y valor es que señala

un rumbo a la ciencia para que prosiga. Estimula la imaginación y conduce al hombre a un campo de exploración en donde sólo la ciencia puede funcionar.*

Podemos asumir que hoy existen dos clases de científicos: aquellos cuyos conocimientos y habilidades están dedicados a la aplicación de las leyes naturales para algún fin práctico: el otro tipo de científicos se encuentran ocupados en la ciencia especulativa o más comúnmente llamada "ciencia pura". Podemos decir que éstos están interesados principalmente en las leyes de los fenómenos, de sus causas, de sus efectos, sin tener en cuenta cómo podrán ser utilizados subsiguientemente para algún proyecto conveniente.

Con esta última clase de científicos, *el espíritu de la metafísica se mantiene vivo.* Se puede decir que Albert Einstein fue un metafísico científico y desdeñó a aquellos metafísicos que permanecían absortos en sus propios pensamientos dentro de sus capullos, sin nunca intentar exponer sus ideas al mundo.

La búsqueda y la adquisición de conocimiento perderán sus incentivos si alguna vez se niega a la metafísica su expresión e influencia. La metafísica puede ser, y es, fuerza invisible de la dinámica especulación científica e investigadora de nuestro tiempo.

*Ver el Capítulo 1

Capítulo XXIII

¿QUE ES LO QUE CONSTITUYE PROGRESO?

POR REGLA GENERAL, determinamos el progreso de la humanidad comparando sus logros en los diversos períodos históricos. Filosóficamente, sin embargo, la naturaleza del progreso es más extensa, digamos, que la mera comparación de los artefactos usados por las civilizaciones antiguas y los productos modernos. Uno debe tener una comprensión de qué es lo que constituye el progreso. La simple substitución de la palabra "progreso", por "avance", "adelanto", "desarrollo", no es una explicación suficiente. El tema debe enfocarse desde el punto de vista semántico. En otras palabras, ¿qué dio origen a la idea de progresar? ¿Cuál experiencia que el hombre ha tenido, o tiene, es la que se relaciona a la palabra progreso? ¿A qué categoría tienen que pertenecer el pensamiento y las acciones humanas para que se les llame progreso?

Para iniciar un análisis del progreso, propongamos una definición simple. Diremos que el progreso es la obtención del *fin deseado.*

Así pues, cualquier modificación en el pensamiento o acto de un objeto o circunstancia existente, por otro que se considera como una mejora, parecería ajustarse a esta definición. La definición que hemos propuesto, se refiere a un "fin deseado". Supongamos que una persona tiene un libro cuyas cubiertas se manchan fácilmente y desea remediar esa situación. Eventualmente, se le ocurre forrarlo de plástico, lo que demuestra ser satisfactorio. Entonces, esto sería progreso. Otro ejemplo: las botellas redondas dentro de los refrigeradores desperdician espacio, así que se busca una solución. Se inventan botellas cuadradas; ese mejoramiento satisface el deseo de hallar una solución. En estos ejemplos se obtiene el fin deseado, el contenido supuesto del progreso.

Advertimos, sin embargo, que al obtener el fin deseado, siempre predomina otra condición. Nuestro acto casi siempre nos parece que es unidireccional, y, además, se le considera *relativamente* ascendente. Existe un movimiento que parte de lo que se concibe como una cualidad o estado inferior o *menor*, a otro superior o mejor. Una tendencia de nuestro estado actual a otro menor, no se considera progreso debido a un factor, es decir, el *deseo*. En otras palabras, uno nunca desea un empeoramiento, una regresión del estado actual. Nadie lucha por un fin de menor

calidad. En consecuencia, si eventualmente se experimenta una condición que nos parece inferior, nunca será progreso porque no se deseó.

El progreso necesariamente tiene que ser primero un logro individual, antes de que pueda ser colectivo o de grupo. El individuo tiene que llegar a la conclusión personal que le indica qué rumbo llevan los cambios en su pensamiento y en sus actos. ¿Estos cambios son ascendentes o descendentes? No habrá progreso para un individuo, a no ser que aquél se ajuste a un determinado fin superior preconcebido que, el susodicho, desea alcanzar.

Como analogía subsecuente, supongamos que una persona cree en la libertad de competencia individual. Piensa que uno debe avanzar en la vida básicamente mediante su propia iniciativa. Ahora bien, este individuo se ve arrollado por una corriente de políticas socialistas estatales. El estado le garantiza su bienestar y el de los otros, haciendo caso omiso del esfuerzo o capacidad del individuo. No importa cuáles sean los cambios que el estado realice para el mejoramiento de este individuo, él, en realidad, no obtiene un progreso *personal*. Esto se debe a que él no se ha dirigido rumbo a lo que él concibe como un fin superior.

Otra analogía similar corrobora este principio. Una villa en California, una colonia famosa de artistas, fue escogida por ellos debido a su

ubicación pintoresca e inspiradora. El gobierno local está compuesto de varias clases de artistas. Su deseo es que esta villa mantenga su apariencia rústica: aceras de madera, calles sin pavimento y pintorescas lámparas de gas. La oficialía del condado y del estado se oponen a este punto de vista; insisten en modernizar, con todo el sentido de la palabra. Pero esa modernización no se considera como progreso por los artistas que viven en la villa. No es progreso porque no constituye una tendencia en dirección a lo que ellos conciben como un fin superior.

¿Qué diríamos si alguien acepta una situación o un objeto como progreso, sin que él o ella lo hayan concebido por anticipado? Supongamos que inventa un dispositivo que subsecuentemente es aclamado por muchas personas como símbolo de progreso. ¿Cómo determinaron, quienes aceptaron este invento, que es un progreso? Aquél artefacto o situación que ellos proclamaron eventualmente como progreso, no es un producto de sus propias mentes.

Esas personas se dieron cuenta de que era necesario hacer comparaciones entre el nuevo dispositivo y lo que le antecedía, desde el punto de vista de la ventaja. Diremos, como ejemplo, que "A" es lo que ha sido y que "B", por contraste, es lo nuevo, lo diferente. ¿Cuál de los dos es mejor desde el punto de vista de la *ventaja?* ¿Es "A", lo

antiguo, o "B", lo nuevo? Si es esto último, lo nuevo, entonces obviamente, hubo una progresión. Es un movimiento ascendente, relativamente hablando, que parte del estado anterior y comparativamente inferior, hacia uno nuevo o superior. Ahora bien, en ese sentido, el habernos dado cuenta, el haber percibido subsecuentemente la ventaja existente, equivale a haberla percibido en forma previa, y, después, dirigirnos a ella para alcanzarla. En otras palabras, sea que uno concibe una ventaja y después la logra, o la reconozca y acepte más tarde, en ambos casos se ha mostrado el progreso.

El progreso más importante de la civilización es de este tipo. Es la aceptación subsecuente de las ventajas. La mayoría de los hombres no conciben ideales u objetos que trascienden el pasado, y hacia el cual han dirigido todos sus esfuerzos físicos o mentales. El juicio de la mayoría de los hombres ha sido de tipo *a posteriori;* es decir, la aceptación *subsecuente* de las condiciones o ideas que representan el progreso.

Si el progreso es el desplazamiento de un estado u objeto inferior por otro superior, ¿qué es lo que genera la diferencia cualitativa? ¿Qué es lo que ocasiona que una experiencia parezca ser más valiosa que otra, y, por ende, se le llame progreso? La respuesta radica en el interés propio. Todos los valores están relacionados a este interés propio

(egoísmo). Todos obramos con el fin de obtener lo que consideramos nos será más satisfactorio y placentero en alguna forma. Sin embargo, no toda la satisfacción es de carácter sensual; también existen las satisfacciones morales y mentales. Por lo tanto, toda acción determinada está diseñada para realzar el interés personal —diseñada para hacer que ese acto o acción nos resulte más satisfactorio.

La acción que constituye el progreso puede ser *positiva* o *negativa*. El aspecto negativo de la acción consiste en deshacernos de lo que deseamos, lo que nos irrita o lo que nos desagrada. En el caso negativo, el individuo anticipa un fin hacia el cual deberá dirigirse —un fin que le permitirá librarse de tales distraciones. Las acciones negativas del progreso también pueden consistir en la substitución de una condición existente, por otra que nos dé mayor placer o felicidad.

Un ejemplo es el deseo de tener salud. Los enfermos tienen el ideal de la salud, que consiste en librarse del dolor y las molestias. En consecuencia, cualquier tendencia del pensamiento o de los actos hacia esa dirección, es progreso para ese individuo. Nuevamente, quien se empeña por librarse de los abusos de la tiranía, está invocando el progreso en forma negativa. Es la eliminación de un estado desagradable por un

objetivo que se considera superior. Es esta tendencia hacia un estado superior como se determina el progreso.

El enfoque positivo del progreso, es la multiplicación e incremento de la naturaleza del interés propio de uno. Uno puede estar satisfecho con la calidad o tipo de interés propio que posee. Mas la cantidad de interés puede ser insuficiente. La satisfacción más grande que se desea, el engrandecimiento de la misma, se convierte en el ideal, el objetivo que debe alcanzarse. Cuando finalmente se realiza, entonces el individuo la concibe como progreso. Ese es el caso de la riqueza. El progreso se realiza cuando la cantidad excede el total de lo poseído actualmente. Aún otro ejemplo del enfoque positivo hacia el progreso, es el conocimiento. El hombre de letras desea adquirir nuevos conocimientos para satisfacer su sed de aprendizaje. Anhela incrementar su satisfacción intelectual.

No hemos utilizado la frase "enfoque *negativo* al progreso" en un sentido menospreciativo, pues, evidentemente, la remoción de algo para obtener una ventaja, es igual de efectiva que el incremento de una ventaja que ya se tenía.

Reduzcamos estos últimos principios a factores sencillos:

A. Toda experiencia debe evaluarse desde el punto de vista de la satisfacción personal.

B. Toda satisfacción cae dentro de dos categorías generales: calidad y cantidad.

C. El método con el que se obtiene esta satisfacción puede ser negativo o positivo.

D. El método negativo rechaza la cualidad indeseable o reduce la cantidad indeseable.

E. La forma positiva de satisfacción del progreso, es la adquisición de una nueva cualidad o el incremento de una que ya se tiene.

Debe ser patente que la insatisfacción respecto a las cosas, condiciones, o estado actual de uno, es la causa que motiva el progreso. Como ya se dijo, no tiene ninguna importancia el que uno conciba personalmente la circunstancia superior o el que uno la acepte cuando otra persona nos la demuestra. Sin embargo, el hombre que permanezca satisfecho relativamente cuando sus asuntos y su vida diaria no estén cambiando, no estará realizando *ningún progreso*. Ese hombre sería un necio. Aun el individuo que no desea sino paz personal, es decir, la abstinencia de las distracciones, establece un fin para sí mismo, el cual, si lo obtiene, es progreso.

La vida no es inmóvil de por sí; más bien es dinámica. A la vida no le importan nada las sensibilidades y los valores particulares establecidos por el hombre. Al decir vida, nos

referimos a los factores ambientales y naturales en general. Estas circunstancias nos empujan toscamente y nos apremian a todos. Desear la paz es oponerse a lo indeseable y procurar lo que nos favorece. Mas se trata nuevamente de *calidad* y *cantidad* tanto en el aspecto negativo, como en el positivo; quien obra con el fin de obtener el ideal de la paz, se aleja en forma progresiva del estado de confusión indeseado.

Y ahora, viene la pregunta: ¿puede obtener un progreso falso la humanidad? El progreso absoluto es la obtención de un fin deseado que se considera superior. Como ya dijimos previamente, si el fin alcanzado llega a resultar que no es superior, entonces, no ha habido progreso en realidad. Para mayor explicación, supongamos que poseemos algo a lo que llamamos "A", pero que en realidad deseamos obtener "B". Creemos que "B" nos dará mayor felicidad. Intentamos obtener "B", y, eventualmente, lo logramos. Sin embargo, entonces nos damos cuenta de que "B" no es lo que consideramos con anticipación. Carece de la cualidad anhelada. En consecuencia, a pesar de que hemos obtenido "B", no hemos progresado. No experimentamos el estado trascendental que habíamos anticipado. No hemos tenido un movimiento ascendente más allá del estado actual de nuestra satisfacción.

Existen varios tipos de progreso. Los hombres se ponen metas para ellos mismos. Las alcanzan; satisfacen sus deseos. Los fines que han logrado trascienden su estado anterior. Mas, ¿cuáles son los tipos de progreso más grandes? ¿Hay algún criterio absoluto, uno que es en sí el mejor, y por el cual se puedan juzgar todas las cosas? Desde luego, en términos de cantidad, algunos tipos de progreso obviamente sobrepasan a otros; por ejemplo, supongamos que los fines anhelados son la riqueza, el poder o la fama. Queda claro que quienes logren esos fines en grado superlativo, habrán obtenido el mayor de los progresos en esas categorías.

La calidad, como dijimos, también está relacionada a la satisfacción personal que uno deriva de la naturaleza de una situación u objeto. Muy frecuentemente la calidad es algo individual. Es pertinente a las variaciones en los deseos e inclinaciones del individuo. Cada uno de nosotros tiene sus colores, piezas musicales y aromas favoritos. Estas preferencias son el resultado de pequeñas diferencias orgánicas en nuestro organismo y diversas influencias ambientales. Aún así, existe una similitud suficiente en nuestra naturaleza física, mental y emocional, que nos obliga a responder en forma similar ante ciertos factores. Hablando en forma específica, hay cosas cuya calidad o cantidad, cuando las alcanzamos,

todos las aceptamos más o menos igual, como muestras de progreso.

Consideremos un ejemplo más: durante el período de las grandes glaciaciones, cuando las masas de hielo ártico se extendieron, los hombres prehistóricos emigraron hacia el sur en grandes conjuntos para huir del frío, cada vez más crudo. Todos estos hombres por igual, buscaban un clima más templado. El encontrar ese clima era considerado por todos ellos como progreso. Nuevamente, también en esa época, los hombres primitivos, alejados de sus congéneres sobre la superficie de la Tierra, llegaban finalmente a considerar en una forma semejante que el *afilar* era un método superior al configurar el pedernal, si se le comparaba al método de percusión o de golpe. Otros hombres en zonas alejadas de la Tierra, descubrieron y aceptaron el arado como un progreso sobre el azadón.

La sociedad también condiciona al hombre a que acepte que ciertos actos y costumbres son símbolos de progreso. Cuando un individuo se explaya en esas prácticas, piensa que ha progresado. La religión también enuncia decretos particulares de conducta, diciendo que son inspirados en forma divina. Quienes aceptan estos mandatos o los ponen en vigor, en oposición a otros deseos, se ufanan de haber progresado. Como ejemplo subsecuente, cumplir con las

virtudes fundamentales, como son la verdad, la justicia, la templanza y la fortaleza, se considera una forma superior de vivir. Así pues, se trata de una tendencia ascendente partiendo de una conducta opuesta.

La sociedad también ha reconocido que la disminución del trabajo y el incremento de los goces, que no ponen en peligro la vida del individuo, son cualidades que sirven para determinar el progreso. El incremento del saber, de manera que extienda el concepto que tiene el hombre de la realidad y que nos provea una mayor eficiencia en el vivir, es otra cualidad que la sociedad proclama como progreso. Es un elemento aceptado mediante el cual se mide el progreso.

Una civilización puede perseguir una de estas cualidades a tal grado que, en comparación con otros pueblos, parecerá haber logrado un gran progreso. Por ejemplo, el antiguo Egipto excedió a otras civilizaciones contemporáneas en el cultivo de la estética y en el amor a la belleza. Esto tuvo su expresión principalmente en su arte, arquitectura, literatura y religión. La civilización griega se distinguió en forma intelectual, su progreso fue en filosofía y en el idealismo. La civilización romana progresó más que ninguna otra en la obtención de un gobierno eficaz y de un poderío militar. La civilización hindú logró un

progreso religioso y moral extraordinario, en comparación a naciones contemporáneas.

No obstante, la perspectiva del tiempo nos ha mostrado las fallas de cada una de estas civilizaciones. Nos revela la concentración en una cualidad general y el descuido y abuso de otras. El progreso tiene que ser una extensión y un refinamiento de todos los poderes y atributos de los humanos. Si el desarrollo físico es bueno, por ejemplo, entonces el tener buena salud y una gran fortaleza, desde luego, son un progreso. Si el crecimiento intelectual es una ventaja, entonces, es obvio que el incremento de la sabiduría es un progreso. Si la paz y la dicha de las personas son virtudes, entonces el desarrollarlas también es progreso. El omitir una de éstas es evitar el potencial completo del hombre.

Si se les permitiese a todos los hombres buscar afanosamente estas cualidades de su naturaleza en una forma ilimitada, tal vez podrían alcanzar un gran progreso personal: mas una dedicación sin restricciones a sus tendencias, acabaría por producirles una serie de conflictos entre sí. Las objetivizaciones de los placeres son distintas. Lo que un hombre hace para obtener la dicha, puede causarle molestias a otro. Los hombres no son iguales con respecto a la forma en que satisfacen sus deseos. Los débiles sufrirían a manos de los fuertes, que actuarían sin restricciones. No

obstante, está búsqueda sin trabas de nuestras tendencias es innata; forma parte de la naturaleza orgánica del hombre.

El hombre también se ha convertido en un animal social. Ha creado a la sociedad como un instrumento para ayudarle a progresar. Hace posible realizaciones y deleites que van más allá de la capacidad del individuo. Por tanto, en la sociedad hay una virtud, una cualidad en sí misma, que se reconoce por los hombres inteligentes. Si no se mantiene esta cualidad, si no se conserva la sociedad, no puede haber un progreso verdadero. Esta verdadera cualidad de la sociedad es la garantía de que este grado podrá incrementarse, siempre y cuando ningún otro individuo quede despojado de un derecho similar.

Este, entonces, debe ser el *ideal* de la verdadera sociedad: revisar los poderes y facultades de los hombres para que cada uno pueda darse cuenta de la totalidad de su ser. La civilización que hace esto, está progresando verdaderamente. Podría decirse que una civilización ha progresado más allá que otras, sólo en la medida en que su gente ha avanzado en forma colectiva y armoniosa.

Capítulo XXIV

¿COMO DEBERIAMOS CONSIDERAR LA MUERTE?

HAN EXISTIDO TANTOS hechos, mitos y supersticiones relacionados con el fenómeno de la muerte, como los ha habido para con lo que a la vida concierne. No obstante la obvia cesación de las funciones de la vida que ocurre en el momento de la muerte, el hombre ha deseado concebirla como si fuera la continuación de otra vida, pero con algunas modificaciones de esta existencia mortal. Existen dos causas probables para asociar una vida futura con la muerte. Primero, hay ciertas cualidades o atributos asociados con el fenómeno de la vida, que no fueron comprensibles para el hombre primitivo. Era patente que la *respiración* y la *vida* están asociadas entre sí. En otras palabras, el respirar era una función natural en el hombre y en los animales.

Este algo que se separa del hombre, ¿se desvanecía completamente? ¿Era destruido al final de la vida física? El hombre primitivo identificó la respiración con el aire, el viento, una fuerza aparentemente viable. En las tormentas, el

viento agita los árboles, dobla sus ramas y bate el mar, haciendo que grandes cantidades de agua se muevan con furia. En consecuencia, a la naturaleza del aire se le concedieron los atributos de la fuerza, el poder y la acción. Cuando una cosa viviente expiraba, sólo lo hacía su envoltura; su cuerpo era el que moría. Se asumió que la cualidad que le daba vida —el aire— se fusionaba con la fuente de donde se suponía había venido.

Pero aunque el aire era ubicuo, existiendo aparentemente en todas partes, el hombre no se contentaba con perder su individualidad en el viento. Por lo tanto, asumió que el aliento o *pneuma* como la llamaron los griegos, retenía las características que tuvo cuando estaba confinada en el cuerpo. No tenía una existencia corpórea, sino una vaporosa o etérea.

Otra causa contribuyente a la creencia en la vida después de la muerte es, principalmente, biológica y psicológica. Es el impulso innato que tenemos para vivir, *para ser*. Cada célula del organismo humano tiene este impulso exclusivo para sobrevivir y continuar su naturaleza y función. Colectivamente, el hombre desea vivir, es decir, si está funcionando como un humano normal. Teme al estado que significará la terminación del ego, del "yo". De hecho, la mayoría de las personas hasta encuentran inconcebible pensar que la mente, con su

fenómeno enigmático y su campo de experiencia, puedan cesar absolutamente de ser. Prefieren creer que los elementos intangibles de su ser, tales como la consciencia y el conocimiento de sí mismos, son los medios por los cuales continuarán viviendo. La forma y expresión que estos medios tomarán en otra existencia, varían desde luego de acuerdo a cómo puedan representarlos la experiencia y la imaginación humanas.

Se espera que la vida después de la muerte será definida en términos que correspondan a las cualidades y condiciones experimentadas en la Tierra. Uno de los conceptos más difíciles de comprender para el hombre, es el de una mente sin cuerpo, es decir, una autoconsciencia que no tiene forma física ni substancia. Cuando el hombre piensa comúnmente en sí mismo, no es sólo de su autoconsciencia, no es exclusivamente los sentimientos del *Yo soy* —también visualiza este *yo soy* como un ser revestido en la estructura moral que le es familiar, la individualidad y la personalidad que son similares a sus experiencias objetivas y hábitos.

Al hombre no sólo le gusta atribuir al ser que después de la muerte tendrá todos sus atributos y características físicos, sino que también los atribuye a su idea de Dios. Jenófanes, filósofo

griego (aprox. ¿570?-¿475?), relata esta debilidad humana en una forma impresionante:

"Los etíopes dicen que sus dioses tienen nariz respingona y la piel negra, y los tracianos que los suyos tienen los ojos azules y el pelo rojo... si los bueyes y los caballos tuvieran manos y desearan dibujar con ellas o hacer las obras de arte que hacen los hombres, entonces los caballos dibujarían las figuras de sus dioses como caballos y los bueyes como bueyes y harían sus cuerpos basados en el modelo de los propios".

Por lo tanto, si esos creyentes piensan en la sobrevivencia después de la muerte, aunque no hubiera una condición de exacta correspondencia del cuerpo mortal, sería considerado en cierto modo como si fuera una imagen de él. En otras palabras, podría parecer similar, aunque de una substancia o especie diferente al ser físico.

La persona religiosa ortodoxa, a menudo está temerosa de no llenar las metas que se le requieren para merecer una vida feliz en el mundo por venir. En consecuencia, millones de personas están aterrorizadas por esos pensamientos al aproximarse a la muerte. Si uno debe creer que existen un cielo y un infierno —o sus equivalentes en otros términos— entonces. sólo hay un recurso y éste es observar consistentemente aquella conducta que su religión le asegura le proveerá una aceptación celestial. Luego,

tranquiliza su mente, se siente conforme, y su conciencia se aclara. El creyente se convence a sí mismo, por medio de la sugestión, que está exento de un castigo en la otra vida.

En este juicio, el cielo y el infierno existen realmente dentro de la conciencia humana. Podemos crear un infierno para nosotros mismos, en nuestros temores de culpa real o imaginaria. Por otra parte, podemos tener un sentimiento de rectitud que hemos conformado a cualquier código que hayamos aceptado, y eso crea aquí y ahora una euforia, una sensación de bienestar, que es un "cielo mental".

Otro temor a la muerte, es el pensamiento de que uno no ha cumplido con sus obligaciones hacia sus seres amados. En otras palabras, ¿ha sostenido apropiadamente a su familia o la ha abandonado? ¿Este acercamiento a la muerte se convertirá en un autocastigo mental? La misma sensación de culpabilidad puede originarse al comprender que uno ha rehuido toda su vida lo que deberían haber sido sus deberes morales. Cuando la muerte se aproxima, uno puede sentir que no hay tiempo para rectificar tales errores, y con eso aumenta el tormento mental.

Esta autocensura puede ser vencida por una *autopurificación*, es decir, esforzándose lo mejor posible por cumplir con las responsabilidades, hacer frente a las obligaciones, especialmente

cuando éstas afectan personalmente a otros. Hasta que eso no sea cumplido al momento en que se aproxima la transición, si uno ha hecho lo mejor de acuerdo a su consciencia, entonces no hay angustia mental.

La reencarnación, como una doctrina que es fundamental en muchas religiones alrededor del mundo y que tiene millones de adherentes, refuerza el deseo innato del hombre por una vida eterna. Sin embargo, está muy lejos de afirmar que sólo hay inmortalidad en otro campo de existencia, sino que también provee a sus devotos con una seguridad de *renacer sobre la tierra*. Para muchas personas, entonces, es hasta más consolador que el sólo pensar en residir eternamente en un reino etéreo. Ella proveería una vez más la existencia mortal, física, después de un intervalo de existencia inmaterial.

Con respecto a la justificación o verificación de la doctrina de la reencarnación, tiene implicado tanto crédito y fe como cualquiera afirmación de la vida eterna venidera. Frecuentemente la Biblia es citada e interpretada por algunos, como prueba de que después de la muerte el hombre habitará en un tipo de paraíso. Por otra parte, otras autoridades exegéticas manifiestan que la Biblia, sin duda alguna, no proclama la existencia celestial eterna como otras teologías lo hacen. Los que creen en la reencarnación no sólo citan la

Biblia para apoyar sus creencias, sino que se refieren también a otra antigua literatura, que es considerada igualmente sagrada por una gran multitud y hace que la reencarnación sea una doctrina fundamental, basada en la fe.

La palabra *transición*, como es empleada por los rosacruces, alude a la muerte no como una cesación del ser humano, sino como un *cambio* a otra existencia trascendente. Categóricamente, los rosacruces consideran esta transición como si uno estuviera pasando de una cámara a otra. Sin embargo, se dan cuenta de que el cambio no sólo es de lugar o tiempo, sino también en la forma de autoconsciencia, es decir, la realización de la existencia que uno tendrá. Ellos afirman que este estado consciente, si hay esa clase de fenómeno, es completamente diferente a todo lo que el hombre ha experimentado aquí, como mortal. Se dice que es casi inexplicable; las palabras no pueden describir adecuadamente un estado de existencia para el cual no hay comparación terrenal. Se manifiesta que el ser existe, pero en una cualidad y en una naturaleza que es diferente a cualquier imagen visualizada por la mente mortal.

Esto no quiere decir que el ser pierda su identidad sumergiéndose completamente en el estrato universal llamado Cosmos. Más bien, tiene una nueva sensación de *unidad* con toda la realidad, la cual es una experiencia que está

desapareciendo entre la humanidad y sólo muy pocos logran. A pesar de esta unidad después de la transición, se sostiene no obstante que hay una retención de la individualidad. Una analogía podrían ser las olas del mar o las ondas sobre la superficie de un estanque. No se pueden separar de la masa del agua, porque dependen y forman parte de ella; sin embargo, tienen identidad. Existen como un fenómeno individual: cada ola se diferencía en algún grado de las demás; con todo, ninguna está separada del elemento común.

Desafortunadamente, han aparecido ideas erróneas en lo referente a la concepción rosacruz de la transición y su relación con las emociones humanas. Cuando uno está acongojado por la muerte de un ser querido, algunas veces hay quienes dicen, debido a su malentendido: "No debe estar triste, debe alegrarse porque ha pasado a un reino más elevado". La naturaleza emotiva del hombre está tan arraigada en su estructura, como lo está su intelecto, por medio del cual formula sus doctrinas y filosofía. Este *sentimiento* del hombre no puede ser truncado por el solo hecho de aceptar la creencia de la reencarnación. Existe la realidad del cuerpo físico, un compañero mortal que termina con la muerte. Eventualmente, éste puede ser sustituido por un sentimiento más elevado, pero es natural que uno sienta por lo menos una gran pérdida temporal al acabarse la íntima relación física.

Como analogía, cuando un ser querido va a hacer un viaje largo o tiene que ausentarse por mucho tiempo, su partida causa mucha tristeza a los que lo estiman. Esto es así aunque se sabe que la persona que se va aún vivirá y eventualmente regresará. Por consiguiente, ¿por qué entonces no debe haber pesar por la desaparición física del cuerpo durante la muerte? Hay una última reunión de la consciencia entre los vivos y aquellos que han pasado por la transición. La imagen del que partió es guardada como reliquia en la memoria de los que quedan vivos. Con el tiempo, esto apacigua la pérdida traumática del ser físico.

¿Cómo es entonces que debemos considerar la transición? En este respecto, no puede existir norma intelectual o emocional para toda la humanidad. Cada ser será atraído por la idea que está de acuerdo con su razonamiento, con su naturaleza emocional y con todo lo que más le satisface. Algunos conceptos de la muerte y de la vida venidera parecen irracionales, ilógicos y no dan una idea clara, ofendiendo la razón e inteligencia de algunas personas. Otras opiniones parecerán chocantes o no tienen esencia espiritual para otras personas. Cada creyente tratará de buscar experiencias, cuentos o reseñas que le parecerán confirmar su creencia. Mientras más haga esto el individuo, mayor será la

separación entre lo que cree y lo que creen los demás.

Si a cada uno se le solicita establecer una filosofía personal de la vida, que parezca estar más de acuerdo con la naturaleza de la felicidad que desea tener, asimismo, cada uno debe observar la muerte en la forma que esté más de acuerdo con un sentimiento interno de paz. Es natural temer a la muerte, debido al impulso instintivo de sobrevivir, inherente en cada uno de nosotros. Sin embargo, es erróneo temer a la consecuencia *posterior* a la muerte. Para muchas personas, lo que piensan que les va a suceder después de la muerte, les causa un temor más profundo que la muerte misma.

¿Cuáles son los temores de la muerte? ¿Son la pérdida de los seres queridos, posesiones y fama? O, ¿un miedo a lo desconocido, debido a las diversas inseguridades incrementadas por la religión y la filosofía? Solamente los vivos pueden afligirse, porque en la muerte no existe nada por lo cual entristecerse.

Validivar

LA LUZ DEL ENTENDIMIENTO

El valor del conocimiento no está sólo en percibir, sino en comprender correctamente lo que sabemos. La luz del conocimiento viene de la investigación personal, es decir, de objetar y desafiar lo que comúnmente hemos aceptado como conocimiento. Este libro, **Alquimia Mental**, le ayudará a examinar las ideas que ha aceptado hasta ahora, para que tenga una comprensión verdadera de ellas.

SIRVASE VER LOS TITULOS DE ESTOS CAPITULOS

Cada uno de los temas de los capítulos que aparecen es una interrogante que se presenta en la mente de toda persona reflexiva. ¿Cual punto de vista tiene usted acerca de ellos? ¿Cuál es verdaderamente su conocimiento acerca de estos temas? El objeto de este libro es suprimir el misterio que hay acerca de ellos y explicarlos en una forma informativa y útil.

